

3 1761 08695998 8

CERVANTES

---

DON QUIJOTE

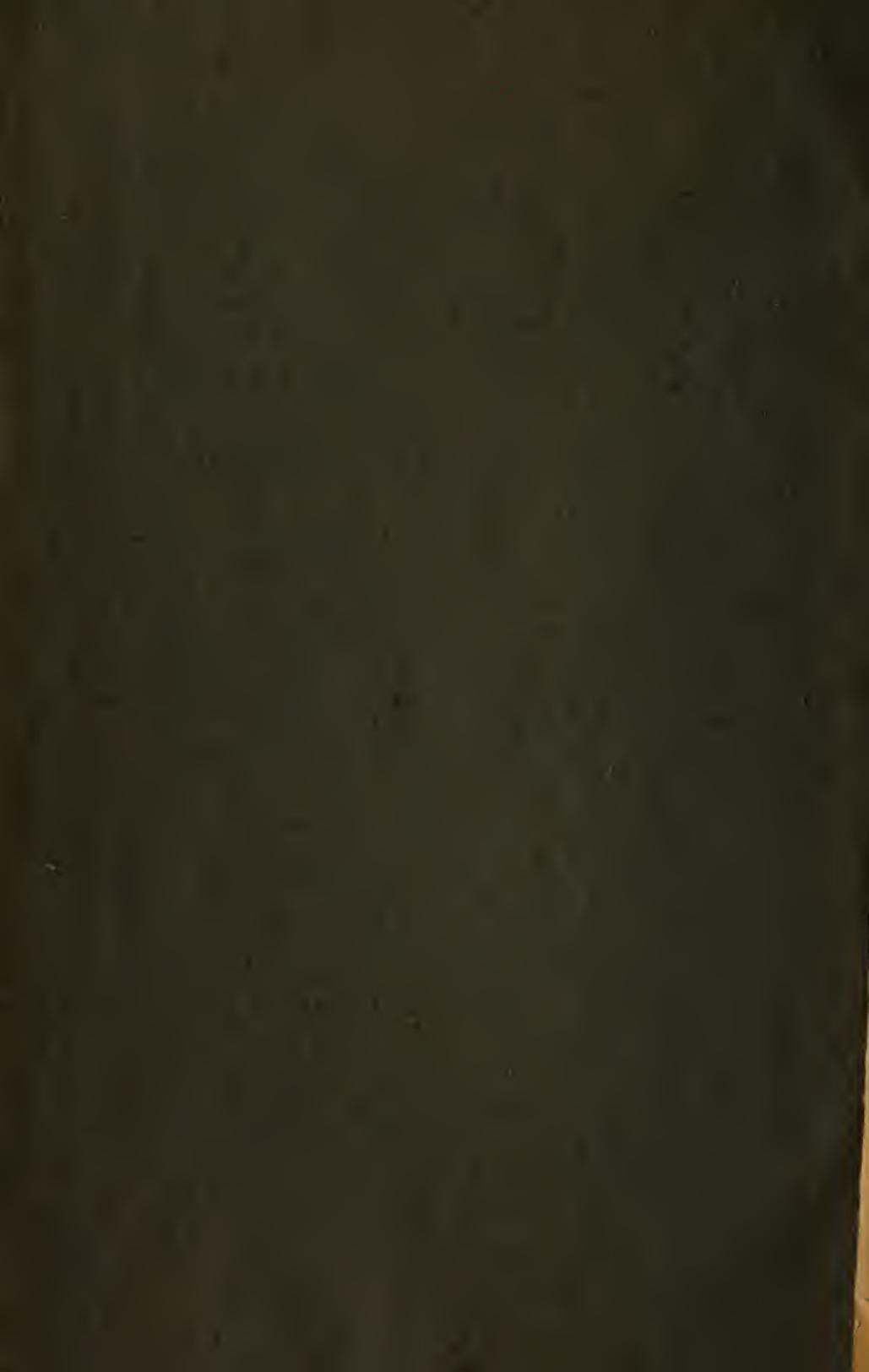
DE LA

MANCHA

UNIVERSITY  
OF  
TORONTO  
LIBRARY







192A

BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA DE LA JUVENTUD

VOL. III.

EL INGENIOSO HIDALGO  
DON QUIJOTE  
DE LA MANCHA

POR  
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EDICIÓN EN QUE SE HAN TENIDO PRESENTES LAS MEJORES  
PUBLICADAS HASTA AHORA  
CON NOTAS DE LOS COMENTADORES MÁS INSIGNES DE ESTA OBRA  
ARREGLADA

PARA TODA CLASE DE PERSONAS  
Y EN ESPECIAL PARA USO DE LOS COLEGIOS

POR  
D. DOMINGO ABEJA.

TOMO III

in

66694  
10/20/05

SARRIÁ-BARCELONA  
TIPOGRAFÍA Y LIBRERÍA SALESIANAS.

1897



---

ES PROPIEDAD

---

# DON QUIJOTE DE LA MANCHA

---

## PARTE SEGUNDA

---

### CAPÍTULO XXX

De lo que le avino á Don Quijote con una cazadora.

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que de él se quitaba era quitárselo á él de la niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra, se pusieron á caballo y se apartaron del famoso río. Don Quijote sepultado en los pensamientos de sus aventuras y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecía que estaba lejos de tenerle; porque magüer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las más eran disparates; y buscaba ocasión de que, sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un día se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él pensado tenía.

Sucedió, pues, que otro día al poner del sol y al salir de una selva, tendió Don Quijote la vista por un

verde prado, y en lo último de él vió gente, y llegándose cerca, conoció que eran cazadores de altanería <sup>1</sup>. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén, ó hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y un sillón de plata. Venía la señora así mismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venía transformada en ella. En la mano izquierda traía un azor <sup>2</sup>, señal que dió á entender á Don Quijote ser aquella alguna gran señora que debía serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad; y así dijo á Sancho:

—Corre, hijo Sancho, y dí á aquella señora del palafrén y del azor que yo, el *Caballero de los Leones*, beso sus manos; y que si su grandeza me da licencia, se las iré á besar y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare. Y mira, Sancho, cómo hablas, ten cuenta de no encajar algún refrán de los tuyos en tu embajada.

—¡Hallado os le habéis el encajador <sup>3</sup>, respondió Sancho. ¡Á mí con eso! Sí que no es esta la vez primera que he llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida.

—Si no fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó Don Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo menos en mi poder.

1 Cazadores de altanería, ó cetrería que es lo mismo, es el arte de cazar las aves de alto vuelo con otras adiestradas para este ejercicio, las cuales hacían en el aire lo que los galgos, podencos, perdigueros, sabnesos y lebreles hacen en tierra.

2 Ave de presa del mismo género que el gavián.

3 La palabra *encajador*, de que usa el texto, es de las *fácilmente formables*: género de riqueza propio del idioma castellano, y fuente de un abundancia que no cabe en los límites y esfera de un diccionario. CLEMENCÍN.

—Así es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena; quiero decir, que á mí no hay que decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcanza un poco.

—Yo lo creo, Sancho, dijo Don Quijote, vé en buena hora y Dios te guíe.

Partió Sancho de carrera, sacando de su paso el Rucio, y llegó donde la cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo:

—Ilustre señora, aquel caballero que allí se parece, llamado el *Caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy su escudero, á quien llaman en su casa Sancho Panza. Este tal *Caballero de los Leones* que no ha mucho que se llamaba *el de la Triste Figura*, envía por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que, con su propósito y beneplácito y consentimiento, él venga á poner en obra su deseo, que no es otro según él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería; que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro y él recibirá señaladísima merced y contento.

—Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden. Levantaos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es *el de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia no es justo que esté de hinojos; levantaos, amigo, y decid á vuestro señor que venga mucho en hora buena á servirse de mí y del Duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos.

Levantóse Sancho admirado, así de la gracia de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesía, y

más de lo que le había dicho, que tenía noticia de su señor *el caballero de la Triste Figura* y que sino le había llamado *el de los Leones*, debía ser por habérsele puesto tan nuevamente.

Preguntóle la Duquesa (cuyo título aún no se sabe)<sup>1</sup>:

—Decidme, hermano escudero, este vuestro señor ¿no es uno de quien anda impresa una historia que se llama del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que tiene por señora, á una tal Dulcinea del Toboso?

—El mismo es, señora, respondió Sancho, y aquel escudero suyo que anda ó debe de andar en tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa.

—De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la Duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor que él sea el bien llegado y el bien venido á estos mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera.

Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le había dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su gran donaire y cortesía.

1 D. Juan Antonio Pellicer combinando con su acostumbrada erudición las circunstancias de lugar y de tiempo que se expresan en el QUIJOTE con otras noticias históricas, conjetura que Cervantes designó en estos sucesos á D. Carlos de Borja y á Doña María de Aragón, Duquesa de Villahermosa, y que el castillo ó quinta, teatro de tantas aventuras como allí acaecieron, fué el palacio de Buenavía, que edificó el Duque D. Juan de Aragón, primo del Rey Católico, en las inmediaciones de la villa de Pedrola, residencia ordinaria de los señores de aquel estado.

Don Quijote se gallardeó <sup>1</sup> en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió <sup>2</sup> á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la Duquesa, la cual, haciendo llamar al Duque su marido, le contó, en tanto que Don Quijote llegaba, toda la embajada suya; y los dos, por haber leído la primera parte de esta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de Don Quijote, con grandísimo gusto y con deseo de conocerle le atendían, con presupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los días que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habían leído, y aun les eran muy aficionados.

En esto llegó Don Quijote, alzada la visera, y dando muestras de apearse, acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado que al apearse del Rucio, se le asió un pie en una soga de la albarda, de tal modo que no fué posible desenredarle; antes quedó colgado de él con la boca y los pechos en el suelo. Don Quijote, que no tenía en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho había llegado á tenersele, descargó de golpe el cuerpo y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debía de estar mal cinchado; y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho que aun todavía <sup>3</sup> tenía el pie en

1 Esto es, empezó á hacer ademanes de ligereza y agilidad sobre la silla, como si fuese un airoso y ligero jinete.

2 *Arremeter* significa aquí que D. Quijote metió las espuelas á Rocinante y le incitó á correr aquel espacio que había hasta los Duques con vigor y lozanía.

3 Pleonasma.

la corma <sup>1</sup>. El Duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á Don Quijote mal trecho de la caída; y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el Duque no lo consintió en ninguna manera, antes apeándose de su caballo, fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole:

—A mí me pesa, señor *Caballero de la Triste Figura*, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos.

—El que yo he tenido en veros, valeroso príncipe, respondió Don Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero mejor desata la lengua para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caído ó levantado, á pie ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la Duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la gracia y universal princesa de la cortesía.

—Pasito, mi señor Don Quijote de la Mancha, dijo el Duque, que adonde está mi señora Dulcinea del Toboso, no es razón que se alaben otras bizarrías.

Ya estaba á esta sazón libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, antes que su amo respondiese, dijo:

—No se puede negar, sino afirmar, que es muy biza-

1 Cierta instrumento de madera que se ata á la pierna de un animal, para que no pueda andar facilmente. Aquí se aplica metafóricamente este nombre á la sogá que no dejaba andar á Sancho.

rra mi señora Dulcinea del Toboso, pero donde menos se piensa, se levanta la liebre; que yo he oído decir que esto que llaman naturaleza es como un alcaller <sup>1</sup> que hace vasos de barro; y el que hace un vaso hermoso, también puede hacer dos y tres y ciento; y no digo más. Volvióse Don Quijote á la Duquesa y dijo:

—Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más hablador ni más gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero si algunos días quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí. Á lo que respondió la Duquesa:

—Que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor Don Quijote, como vuesamerced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto.

—Y hablador, añadió Don Quijote.

—Tanto que mejor, dijo el Duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran *Caballero de la Triste Figura*...

—*De los Leones*, ha decir vuestra alteza, dijo Sancho; que ya no hay triste figura ni figurón.

—Sea *de los Leones*, prosiguió el Duque. Digo que venga el señor *Caballero de los Leones* á un castillo mío que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la Duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan.

1 Palabra poco usada que significa lo mismo que *alfarero*, fabricante de vasijas y piezas de barro. También significa la oficina ó *alfar* donde se fabrican.

Ya en esto Sancho había aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante; y subiendo en él Don Quijote y el Duque en un hermoso caballo, pusieron á la Duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la Duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oír sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres, é hizo cuarto en la conversación, con gran gusto de la Duquesa y del Duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andando.

## CAPÍTULO XXXI

Que trata de muchas y grandes cosas.

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho, viéndose á su parecer en privanza de la Duquesa, porque se le figuraba que había de hallar en su castillo lo que en casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida; y así tomaba la ocasión por la melena <sup>1</sup> en esto del regalarse cada y cuando se le ofrecía. Cuenta, pues, la historia, que antes que á la casa de placer ó castillo llegasen, se adelantó el Duque y dió orden á todos sus criados del modo que habían de tratar á Don Quijote; el cual, como llegó á las puertas del castillo, al instante salieron de él dos lacayos ó palafreneros vestidos hasta los pies de una ropa que llaman de levantar de finísimo raso de carmesí, y cogiendo á Don Quijote en brazos sin ser oído ni visto <sup>2</sup>, le dijeron:

—Vaya la vuestra grandeza á apear á mi señora la Duquesa.

Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos

1 Alusión á la pintura que comúnmente se hace de la ocasión y que Fedro hizo en estos versos:

Calvus, comosa fronte; nudo corpore  
 Quem si occuparis, teneas; clapsum semel  
 Non ipse possit Jupiter reprehendere,  
 Occasionem rerum significat brevem.

2 Esto es, con mucha presteza, con tal velocidad que no hay lugar para verlo ni oirlo.

entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfía de la Duquesa, y no quiso descender ó bajar del palafrén sino en los brazos del Duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin salió el Duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos doncellas y echaron sobre los hombros á Don Quijote un gran mantón de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces:

—¡Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes!; y todos ó los más derramaban pomos de aguas olorosas sobre Don Quijote y sobre los Duques: de todo lo cual se admiraba Don Quijote, y aquel fué el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos.

Sancho, desamparando el Rucio, se cosió con la Duquesa y se entró en el castillo: y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña<sup>1</sup> que con otras á recibir á la Duquesa había salido, y con voz baja le dijo:

—Señora González, ó como es su gracia<sup>2</sup> de vuesa merced...

—Doña Rodríguez de Grijalba me llamo, respondió

1 Por lo común las dueñas de las casas de los grandes eran viudas respetables de alguna edad, encargadas de la dirección de las criadas ó camareras jóvenes, y otras veces era la dueña el aya ó institutriz de las señoritas de la casa. Su traje era serio con toca y manto. En palacio había variás clases de dueñas encargadas de atribuciones particulares.

2 *Gracia* significa lo mismo que nombre de persona.

la dueña, ¿qué es lo que mandáis hermano? A lo que respondió Sancho:

—Querría que vuesa merced me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno Rucio mío, vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras.

—Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trajo; tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas de esta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas.

—Pues, en verdad, respondió Sancho, que he oído decir á mi señor, que es zahorí <sup>1</sup> de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, *que damas curaban dél y dueñas de su rocino* <sup>2</sup>, y que en el particular de mi asno, que no le trocara yo con el rocín de Lanzarote.

—Hermano, si sois juglar <sup>3</sup>, replicó la dueña, guar-

<sup>1</sup> Persona á la que se supone la imaginaria virtud de descubrir todo lo que está oculto y aún escondido debajo tierra.

<sup>2</sup> El romance de que se tomaron estas palabras dice:

Nunca fuera caballero  
De damas tan bien servido,  
Como fuera Lanzarote,  
Cuando de Bretaña vino,  
Que damas curaban dél,  
Doncellas de su rocino.

<sup>3</sup> *Juglar* es palabra derivada de la latina *jocularis* y se aplicaba á las personas cuya profesión era divertir á los demás con sus dichos jocosos, como los bufones, ó con sus habilidades, co-

dad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os pague, que de mí no podréis llevar sino una higa:

—Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quínola<sup>1</sup> de sus años por punto menos.

—Bellaco, dijo la dueña toda ya encendida en cólera, si soy vieja ó no, á Dios daré cuenta, que no á vos, harto de ajos; y esto dijo con voz tan alta que lo oyó la Duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada, y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quien las había.

—Aquí las hé, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé donde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote y unas dueñas á su rocino; y sobre todo, por buen término me ha llamado vieja.

—Eso tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, más que cuántas pudieran decirme; y hablando con Sancho le dijo:

mo los cantores y músicos. Los griegos y romanos tuvieron ya sus *juglares*. En el triunfo de Escipión el Africano los reyes y generales vencidos caminaban delante del carro cargados de cadenas y con la cabeza caída en señal de esclavitud, y dos ó tres *juglares* igualmente encadenados y vestidos de magníficas ropas remedaban sus mismos gestos á estos desgraciados cautivos para divertir al pueblo, lo que demuestra, como dice un sabio, que estos decantados romanos tenían unos sentimientos indignos de los hombres.

1 Metáfora tomada de cierto juego de naipes, en el que se dice *hacer quínola* cuando se tiene cierto número de cartas, cada una de su palo, y con lo que Sancho da á entender á la dueña Rodríguez que, para hacer quínola en cuanto á la vejez, ó llegar á los años de esta, no le faltaría ninguno. **ARRIETA.**

—Advertid, Sancho amigo, que doña Rodríguez es muy moza, y que aquellas tocas más las trae por auto-ridad y por la usanza que por los años.

—Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto; sólo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podía encomendarle á persona más caritativa que á la señora doña Rodríguez.

Don Quijote, que todo lo oía le dijo:

—¿Pláticas son estas, Sancho, para este lugar?

—Señor, respondió Sancho, cada uno ha de hablar de su menester dondequiera que estuviere: aquí se me acordó del Rucio, y aquí hablé de él, y si en la caballeriza se me acordara, allí hablara. À lo que dijo el Duque:

—Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada; al Rucio se le dará recado á pedir de boca y descuide Sancho que se le tratará como á su misma persona.

Con estos razonamientos, gustosos á todos, si no á Don Quijote, llegaron á lo alto, y entraron á Don Quijote en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado, seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del Duque y de la Duquesa de lo que habían de hacer y de como habían de tratar á Don Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó Don Quijote después de desarmado en sus estrechos gregüescos y su jubón de camuza; seco, alto, tendido por las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra; figura, que á no tener cuenta las doncellas que le servían, con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habían dado) reventaran riendo.

Encerrándose luego Don Quijote con Sancho en una cuadra <sup>1</sup> donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió una camisa, y viéndose sólo con Sancho, le dijo:

—Dime, truhán moderno y majadero antiguo, ¿parecete bien deshonorar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¡Tiempos eran aquellos para acordarte del Rucio? ó ¿señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes y que no descubras la hilaza, de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira ¡pecador de ti! que en tanto más es tenido el señor cuanto tiene más honrados y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes y los demás hombres, es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de ti, y malaventurado de mí, que si ven que eres un grosero villano ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy un echacuervos <sup>2</sup>, ó algún caballero de mohatra <sup>3</sup>? No, no, Sancho amigo, huye, huye de estos inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapie cae y da en truhán desgraciado. Enfrena la lengua, considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado á parte donde con

1 *Cuadra* es una de las palabras que ha envilecido el uso: antes se aplicaba á las salas de los palacios y castillos, y ahora sólo se dice de las caballerizas.

2 *Echacuervos* se llaman, según dice Covarrubias, los que con embelecós y mentiras engañan los simples por vender sus ungüentos, aceites, yerbas, piedras y otras cosas que traen que dicen tener grandes virtudes naturales.

3 Esto es algún caballero de farsa, tramposo, embrollón, que hace tratos usurarios ó de mohatra, y por tanto despreciable.

el favor de Dios y el valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda.

Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca y morderse la lengua, antes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal que nunca por él se descubriría quien ellos eran.

Vistióse Don Quijote, púsose su tahalí con su espada, echóse el mantón de escarlata á cuestras, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en ala tantas á una parte como á la otra, y todas con aderezo de darle aguamanos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes <sup>1</sup> con el maestresala <sup>2</sup>, para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogieronle en medio, y lleno de pompa y majestad, le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con sólo cuatro servicios.

La Duquesa y el Duque salieron á la puerta de la sa-

1 Los grandes de España hacían ostentación de multitud de criados; y de los pajes los había de dos clases, unos se llamaban pajes de sala y otros pajes de cámara. Los pajes de sala no entraban en la cámara de su señor, y si comía en ella, llevaban la comida hasta la puerta y allí la entregaban á los otros pajes, volviéndose después á la sala que era su ordinaria residencia. Los de cámara asistían á su amo cuando se hallaba en su cámara ó comía en ella, pero ni unos ni otros traían daga ni espada, ni, si el señor estaba en la casa, traían capa ni sombrero.

2 El maestresala era uno de los oficios más principales de las casas de los grandes, y el jefe y maestro de los pajes, á quienes enseñaba el modo de servir, el ceremonial de las frecuentes reverencias y genuflexiones, las reglas de la buena crianza y las del bien hablar, ejerciendo sobre ellos un absoluto dominio, hasta azotarlos, si el caso lo requería. BASTÚS.

la á recibirle, y con ellos un grave eclesiástico <sup>1</sup>, de estos que gobiernan las casas de los príncipes; de estos que, como no nacen príncipes, no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; de estos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; de estos que, queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables. De estos tales, digo, debía ser el grave religioso que con los Duques salió á recibir á Don Quijote.

Hiciéronse mil cortesés comedimientos, y finalmente cogiendo á Don Quijote en medio se fueron á sentar á la mesa. Convidó el Duque á Don Quijote con la cabecera, y aunque él lo rehusó, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El Eclesiástico se sentó frontero, y el Duque y la Duquesa á los dos lados.

—Á todo esto estaba presente Sancho, embobado y atónito de la honra que á su señor aquellos príncipes le hacían; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el Duque y Don Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo:

—Si sus mercedes me dan licencia, les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca de esto de los asientos.

<sup>1</sup> Algunos han creído ver en esta una sátira que á determinada persona dirigía Cervantes; á ello se opone la protesta que hizo el autor de que en sus alusiones satíricas no miró á persona particular, ni tiró, como se dice, á ventana conocida, lo que confirma en los siguientes versos de su *Viaje del Parnaso*:

Nunca voló la humilde pluma mía  
 Por la región satírica: bajeza,  
 Que á infames premios y desgracias guía.

—Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando Don Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que había de decir alguna necesidad.

Miróle Sancho y entendióle, y dijo:

—No tema vuesa merced, señor mío, que yo me desmande y que diga cosa, que no venga muy á pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuesa merced me dió sobre el hablar mucho ó poco, bien ó mal.

—Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió Don Quijote; dí lo que quisieres, como lo digas presto.

—Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad que mi señor Don Quijote que está presente, no me dejará mentir.

—Por mí, replicó Don Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir.

—Tan mirado y remirado lo tengo, dijo Sancho, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra.

—Bien será, dijo Don Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí este tonto, que dirá mil patochadas.

—Por vida del Duque, dijo la Duquesa, que no se ha de apartar de mí Sancho un punto; quiérole mucho, porque sé que es muy discreto.

—Discretos días, dijo Sancho, viva vuestra santidad, por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no le haya <sup>1</sup>; y el cuento que quiero decir es este: convidó un hidalgo de mi pueblo, muy rico y principal, porque

<sup>1</sup> Expresión confusa que equivale á esta otra: *por el buen concepto que de mí tiene, aunque en mí no haya merito para ello.* CLEMENCIS.

venía de los Alamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fué hija de Don Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura <sup>1</sup>, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor Don Quijote se halló también en ella, de donde salió herido Tomasillo el Travieso, el hijo de Balbastro el herrero... ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? Dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por un hablador mentiroso.

—Hasta ahora, dijo el Eclesiástico, más os tengo por hablador que por mentiroso, pero de aquí en adelante no sé porque os tendré.

—Tú das tantos testigos, Sancho, dijo Don Quijote, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad: pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos días.

—No ha de acortar tal, dijo la Duquesa; antes por hacerme á mí placer le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis días, que si tantos fuesen, serían para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida.

—Digo, pues, señores míos, prosiguió Sancho, que

1 El suceso que aquí se apunta de la Herradura, fué uno de los marítimos más desgraciados del tiempo de Felipe II. Con noticia que hubo de que los moros trataban de embestir á Orán y Marzalquivir, D. Juan de Mendoza, General de las galeras, salió con veinte y cuatro de Malaga á socorrer aquellas plazas: sobreviniendo mal tiempo se acogió al puerto de la Herradura, ocho leguas á levante de Velezmálaga; pero continuó de tal suerte el furor de la borrasca, que naufragaron veinte y dos galeras dentro del mismo puerto, ahogándose más de cuatro mil personas, inclusa mucha gente principal y el General mismo. Esto fué en el año de 1562. lb.

este tal hidalgo, que yo conozco como a mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado.

—Adelante, hermano, dijo á esta sazón el Religioso, que camino lleváis de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo.

—A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así digo que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen paso haya su ánima, que ya es muerto, y por más señas dicen que hizo una muerte de un ángel; que no me hallé presente; que había ido por aquel tiempo á segar á Tembleque <sup>1</sup>.

—Por vida vuestra, hijo, dijo el Religioso, que volváis presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no queréis hacer más exequias, acabéis vuestro cuento.

—Es, pues, el caso, replicó Sancho, que estando los dos para sentarse á la mesa, que parece que ahora los veo más que nunca...

Gran gusto recibían los Duques del disgusto que mostraba tener el buen Religioso de la dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento, y Don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia.

—Digo así, dijo Sancho, que estando, como he dicho, para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador que presumía de cortés y bien criado, ja-

<sup>1</sup> Tembleque es á la verdad tierra de tanta mies y de tanto pan, que necesitaba de segadores forasteros.

más quiso hasta que el hidalgo, mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza diciéndole: «sentaos, majagranzas; que adondequiera que yo me sienta será vuestra cabecera;» y este es el cuento y en verdad que no ha sido traído aquí fuera de propósito.

Púsose Don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecían. Los señores disimularon la risa porque Don Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malicia de Sancho. Y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la Duquesa á Don Quijote que, qué nuevas tenía de la señora Dulcinea, y que si le había enviado aquellos días algunos presentes de gigantes y malandrines, pues no podía dejar de haber vencido muchos. A lo que Don Quijote respondió:

—Señora mía, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin, gigantes he vencido, y follo nes y malandrines le he enviado; pero ¿adónde le habían de hallar, si está encantada y vuelta en la más fea labradora que imaginarse puede?

—No sé, dijo Sancho Panza, á mí me parece la más hermosa criatura del mundo; á lo menos en la ligereza y en el brincar, bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador. A buena fe, señora Duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato.

—¿Habéisla visto vos encantada Sancho? preguntó el Duque.

—Y ¡cómo si la he visto! respondió Sancho; pues ¿quién sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio! <sup>1</sup> Tan encantada está como mi padre.

<sup>1</sup> Voz caprichosa de determinación de desprecio, inventada por Sancho para indicar lo que pensaba en la materia.

El Eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de encantos y de follones, cayó en la cuenta de que aquel debía de ser Don Quijote de la Mancha, cuya historia leía el Duque de ordinario, y él se lo había reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates: y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el Duque, le dijo:

—Vuestra excelencia, señor mío, tiene que dar cuenta á Nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este Don Quijote, ó Don Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática á Don Quijote le dijo: Y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha metido en el cerebro que sois caballero andante, y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad en buena hora y en tal se os diga, volveos á vuestra casa, y criad á vuestros hijos si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando el viento y dando que reír á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde ¡nora tal! habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de simplicidades que de vos se cuentan!

Atento estuvo Don Quijote á las razones de aquel venerable varón; y viendo que ya callaba, sin guardar

1 Venerable varón está aquí dicho irónicamente. Si esta persona del Eclesiástico tuvo original verdadero, dice Clemencín, Cervantes no acertó el modo y ocasión de zaherirle, porque absolutamente el Eclesiástico tenía razón, siendo tanto más clara la injusticia con que se le censura, cuanto su intento era el mis-

respeto á los Duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie y dijo... Pero esta respuesta capítulo por sí merece.

mo que se propuso nuestro autor al escribir el *Quijote* que fué desacreditar la lectura de los libros de caballerías. La reprensión dada á los Duques por lo que fomentaban la locura de Don Quijote era justa en el fondo: si algo había que reprender en ella no era lo infundado del motivo sino el modo con que lo hacía, pues sólo podía servir para excitar la irritación de Don Quijote.

---

## CAPÍTULO XXXII

De la respuesta que dió Don Quijote á su reprensor, con otros graves y graciosos sucesos.

Levantado, pues, en pie Don Quijote, temblando de pies á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua, dijo:

—El lugar donde estoy, y las presencias ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mí justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones sanas y bien intencionadas otras circunstancias requieren, y otros puntos piden; á lo menos el haberme reprendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien, sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador sin más ni más mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced: ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno de ella, y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay más sino á troche moche

1 Esto es, *desordenada ó desconcertadamente*, tomándolo, según

entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rodón á dar leyes á la caballería y á juzgar de los caballeros andantes? Por ventura, ¿es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo no buscando los regalos de él, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite. Caballero soy, y caballero he de morir si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios <sup>1</sup>, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos. Mis intenciones siempre las endezco á buenos fines, que son de hacer bien á todos y mal á ningun-

Covarrubias, de los leñadores cuando *tronchan* y *desmochan* los árboles, sin dejar guía ni hacer caso de las reglas que para la corta señalan las ordenanzas. CLEMENCÍN.

1 Yo he satisfecho agravios (el del muchacho Andrés), *enderezado tuertos* (el del bachiller Alonso López), *castigado insolencias* (la de los yangüeses y de los galeotes), *vencido gigantes* (los molinos de viento y los cueros de vino), y *atropellado vestiglos* (los molineros del Ebro).

no; si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que de esto trata, merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa excelentes.

—Bien, por Dios! dijo Sancho; no diga más vuesa merced, señor y amo mío, en su abono, porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más que perseverar en el mundo; y más que negando este señor como ha negado, que no ha habido en el mundo, ni los hay, caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho?

Por ventura, dijo el Eclesiástico, ¿sois vos, hermano aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula?

—Sí, soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera. Soy quien «júntate á los buenos y serás uno de ellos;» y soy yo de aquellos «no con quien naces, sino con quien paces;» y de los «quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.» Yo me he arrimado á buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo; y viva él y viva yo que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mí ínsulas que gobernar.

—No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazón el Duque, que yo, en nombre del señor Don Quijote, os mando el gobierno de una que tengo de nones <sup>1</sup>, de no pequeña calidad.

—Híncate de rodillas, Sancho, dijo Don Quijote, y besa los pies á su excelencia por la merced que te ha hecho.

Hízolo así Sancho; lo cual visto por el Eclesiástico se levantó de la mesa, mohino además, diciendo:

<sup>1</sup> Quiere decir que no hace pareja con otra, ó más bien que está descabalada ó de sobra.

—Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores. ¡Mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras! Quédese vuestra excelencia con ellos; que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mía, y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar; y sin decir más ni comer más se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques; aunque el Duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le había causado.

Acabó de reir, y dijo á Don Quijote:

—Vuesa merced, señor *Caballero de los Leones*, ha respondido por sí tan altamente que no le queda cosa por satisfacer de este, que aunque ágravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe.

—Así es, respondió Don Quijote, y la causa es que el que no puede ser agraviado, no puede agraviar á nadie. Las mujeres; los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse, aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe. La afrenta viéne de parte de quien la puede hacer, y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo: está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada y dándole de palos, pone mano á la espada y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone y no le deja salir con su intención, que es de vengarse. Este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro y dale de palos, y en dándose los huye y no espera, y

el otro le sigue y no le alcanza. Este que recibió los palos, recibió agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel<sup>1</sup>, pusiera mano á su espada y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente: agraviado porque le dieron á traición; afrentado porque el que le dió sustentó lo que había hecho, sin volver las espaldas y á pie quedo; y así yo puedo estar agraviado, mas no afrentado; porque los niños no pueden ni las mujeres suelen herir, ni tienen para qué esperar (y lo mismo los constituídos en la sacra religión), porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y así, aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo están para ofender á nadie. Y aunque poco ha dije que yo podía estar agraviado, ahora digo que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar; por las cuales razones, yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho. Sólo quisiera que esperara algún poco para darle á entender en el error en que está, en pensar y decir que no ha habido ni los hay caballeros andantes en el mundo; que si lo tal oyera Amadís ó uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien á su merced.

—Eso de seguro, dijo Sancho; cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba á bajo como una granada ó como un melón muy maduro: ¡bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas! Para mí tengo por

1 Á traición; haciendo el daño y hurtando ó retirando el cuerpo: expresión tomada del juego del trompo, en que le hace bailar el jugador retirando hacia sí y como escondiendo el cordel con que le da el impulso.

cierto que si Reinaldos de Montalbán hubiera oído estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado, que no hablara más en tres años. ¡No sino tomárase con ellos y viera como escapaba de sus manos!

Perecía de risa la Duquesa en oyendo hablar á Sancho, y en su opinión le tenía por más gracioso y por más loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron del mismo parecer.

Finalmente, Don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil, asimismado de plata, y otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta con una redonda pella de jabón napolitano<sup>1</sup>. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote, el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debía ser usanza de aquella tierra en lugar de las manos, lavar las barbas; y así tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no sólo por las barbas, más por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada de esto eran sabedores, estaban esperando en qué había de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fin-

<sup>1</sup> Era más bien una especie de pasta fina para suavizar las manos que un jabón para limpiarlas. En su composición, dice Pelli- cer, entraba jabón de Valencia ó de Chipre, salvado de trigo muy blanco, agua de cisterna en la que se cocía y otros ingredientes.

gió que se le había acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el señor Don Quijote esperaríá. Hízolo así, y quedó Don Quijote con la más extraña figura, y más para hacer reir que se pudiera imaginar.

Mirábanle todos los que presentes estaban que eran muchos, y como le veían con media vara de cuello más que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabón, fué gran maravilla y mucha discreción poder disimular la risa. Las doncellas de la burla tenían los ojos bajos sin osar mirar á sus señores: á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabían á qué acudir, si á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibían de ver á Don Quijote de aquella suerte.

Finalmente, la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á Don Quijote, y luego la que traía las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinación y reverencia, se querían ir; pero el Duque, porque Don Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole:

—Venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua.

La muchacha aguda y diligente llegó y puso la fuente al Duque como á Don Quijote, y dándose priesa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencia, se fueron. Después se supo que había jurado el Duque que si á él no lavaran como á Don Quijote, había de castigar su desenvoltura, la cual habían enmendado discretamente con haberle á él jabonado <sup>1</sup>.

1 En esta burla quizás se propuso imitar Cervantes la que sin

Estuvo atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí:

—¡Válame Dios! ¿Si será también usanza en esa tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros? porque, en Dios y en mi ánimo, que lo he bien menester, y aunque me las repasen á navaja lo tendría á más beneficio.

—¿Qué decís entre vos, Sancho? preguntó la Duquesa.

—Digo, señora, respondió él, que en las Cortes de los otros príncipes siempre he oído decir que en levantando los manteles dan agua á las manos, pero no lejía á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho; aunque también dicen que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, bien que para pasar por un lavatorio de estos antes es gusto que trabajo.

—No tengáis pena, amigo Sancho, dijo la Duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aun os metan en colada si fuere menester.

—Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo menos, que andando el tiempo, Dios dijo lo que será.

—Mirad, Maestresala, dijo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra.

El Maestresala respondió que en todo sería servido el señor Sancho, y con esto se fué á comer y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los Duques y Don Quijote hablando de muchas y diversas cosas; pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería.

duda conocería y acaeciò, casi en todo igual como lo cuenta de Don Quijote, á un hidalgo portugués en la casa del conde de Benavente.

La Duquesa rogó á Don Quijote que le delinease y describiese, pues parecía tener feliz memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso; que según lo que la fama pregonaba de su belleza, tenía por entendido que debía de ser la más bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha <sup>1</sup>.

Suspiró Don Quijote oyendo lo que la Duquesa le mandaba y dijo:

—Si yo pudiera sacar mi corazón y ponerlo ante los ojos de vuestra grandeza, aquí sobre esta mesa y en un plato, quitaría el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué exponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los míos, empresa en quien se debían ocupar los pinceles de Parrasio <sup>2</sup>, de Timantes <sup>3</sup>, y de Ape-

1 Chiste irónico de la Duquesa: afectación de ignorancia propia, siendo sólo en realidad muestra de la que se supone en los que escuchan.

2 Pintor célebre natural de Efeso, hijo y discípulo de Evenor, contemporáneo y rival de Xeuxis, que vivía unos 440 años antes de Jesucristo. La más célebre de sus obras fué el cuadro alegórico *Pueblo de Atenas*. Disputó la preeminencia en la pintura con Xeuxis. Este había pintado unas uvas con tanta naturalidad que se dice que los pájaros se engañaban bajando á picarlas, y Parrasio pintó una cortina con tanta perfección, que Xeuxis dijo al verla: *Corra V. esta cortina, veamos el cuadro que cubre*. Entonces reconocióse vencido diciendo: *Xeuxis ha engañado á los pájaros, pero Parrasio al mismo Xeuxis*.

3 Otro pintor célebre de la antigüedad vencedor que fué, en su arte, de Parrasio. Era natural de Siciona ó de Cintos, otra de las islas cicladas y vivía en el reinado de Filipo, padre de Alejandro. Sobresalía particularmente en la invención.

les <sup>1</sup>, y los buriles de Lisipo <sup>2</sup>, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla!

—¿Qué quiere decir demostina <sup>3</sup>, señor Don Quijote? preguntó la Duquesa, que es vocablo que no le he oído en todos los días de mi vida.

—Retórica *demostina*, respondió Don Quijote, es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como cicero-

1 Célebre pintor griego, hijo de Pitio, natural según unos de Cos ó de Colofonia, y según otros de Efeso. Dedicábase con tanto celo á la pintura, que no dejaba pasar día alguno sin pintar, lo que dió lugar al proverbio *nullus dies sine linea*. Merced á tanta aplicación hizo progresos extraordinarios en su arte, y llegó á superar luego á Pamfilo su maestro y á todos los demás pintores griegos. Á fin de perfeccionarse más y más en su arte, acostumbraba á exponer al público sus pinturas, y escondido detrás escuchaba para aprovecharse las críticas que de ellas se hacían. Un día manifestando un zapatero que faltaba algún requisito á la sandalia, se aprovechó de aquella observación; y al siguiente presentó ya su cuadro con la enmienda indicada; pero el zapatero, envanecido por el resultado de su observación, quiso pasar á criticar otras partes del cuadro; saliendo entonces Apeles de detrás de él le dijo: *ne sutor ultra crepidas*: zapatero á tu zapato, que ha pasado á proverbio para indicar que cada uno debe atenerse á hablar sólo de su arte, sin ascender á cosas superiores al suyo. Alejandro tenía tan alta idea de la habilidad de Apeles, que no quiso ser pintado ó retratado por ningún otro pintor.

2 Recomendable estatuario, natural de Siciona, contemporáneo de Alejandro, quien así como había prohibido que nadie sino Apeles pudiera retratarle, dispuso que sólo Lisipo pudiera hacer su estatua. Quintiliano dice que ningún escultor de la antigüedad había llegado á imitar la naturaleza con tanta verdad como Lisipo.

3 Esta pregunta de la Duquesa envuelve una discreta crítica de la palabra *demostina*, que con efecto es exótica y mal formada á pesar de que después trata de excusarla el Duque, sin duda por urbanidad y por consideración á Don Quijote, que la había usado.

niana de Cicerón, que fueron los dos mayores retóricos del mundo <sup>1</sup>.

—Así es, dijo el Duque, y habéis andado deslumbrada en la tal pregunta.

—Pero con todo eso, nos daría gran gusto el señor Don Quijote si nos la pintase, que á buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal que le tengan envidia las más hermosas.

—Sí, hiciera por cierto, respondió Don Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco ha le sucedió, que es tal que más estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas, que yendo los días pasados á besarle las manos y á recibir su bendición, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba. Halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de angel en diablo; de olorosa en pestífera; de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora; de luz en tinieblas; y finalmente, de Dulcinea del Toboso, en una villana de Sayago <sup>2</sup>.

—¡Válame Dios! dando una gran voz, dijo á este instante el Duque. ¿Quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado de él la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenía y la honestidad que le acreditaba?

<sup>1</sup> Á la verdad Demóstenes es considerado con justicia como el más excelente de los oradores griegos, y Cicerón como el primero entre los oradores romanos.

<sup>2</sup> Dice Covarrubias en el artículo *Saco* que en tierra de Zamora hay cierta gente que llaman sayagüeses, y al territorio tierra de Sayago por vestirse de esta tela basta. Y antes había dicho: *Saco* es una vestidura vil de que usan los serrarios y gente muy bárbara... De aquí entendiendo que se dijo Sayo. Indica que el mismo origen tienen las palabras sayal, sayón, sayago y sayagües. CLEMENCIN.

—¿Quién? respondió Don Quijote. ¿Quién puede ser sino algún maligno encantador de los muchos envidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para oscurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los hechos de los malos. Persegúidome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido; y en aquella parte me dañan y hieren donde ven que más lo siento; porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause.

—No hay más que decir dijo la Duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor Don Quijote de pocos días <sup>1</sup> á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes, de ella se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea; y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica que vuesa merced la engendró en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso.

—En eso hay mucho que decir, respondió Don Quijote. Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica, y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo.

<sup>1</sup> La Duquesa se refiere á la primera parte de esta historia, que no hacía pocos días que se había impreso, pues ya contaba casi diez años de fecha.

—Pero háme de dar licencia el señor Don Quijote, dijo el Duque, para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leído, de donde se infiere, que puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera de él, y que sea hermosa en el sumo grado, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras de este jaez, de quien están llenas las historias que vuesa merced bien sabe.

—A eso puedo decir, respondió Don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado; cuanto más que Dulcinea tiene un girón que la puede llevar á ser reina de corona y cetro; que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa á hacer mayores milagros se estiende; y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.

—Digo, señor Don Quijote, dijo la Duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice, va con pie de plomo <sup>1</sup>, y como suele decirse, con la sonda en la mano, y que yo desde aquí en adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al Duque mi señor si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy día, y es hermosa y principalmente nacida; y merecedora que un tal caballero como el señor Don Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo y tener algún no sé que ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la

1 Expresión metafórica, lo mismo que *con la sonda en la mano* de que usa también la Duquesa. Una y otra se dice de los que proceden lentamente, con mucha precaución y prudencia.

tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, ahechando un costal de trigo, y por más señas dicen que era rubión; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje. Á lo que respondió Don Quijote:

—Señora mía, sabrá la vuesa grandeza que todas ó las más cosas que á mí me suceden, van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen; ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algún encantador envidioso. Y como es cosa ya averiguada que todos ó los más caballeros andantes y famosos uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldán, uno de los doce pares de Francia, de quien se cuenta que no podía ser herido <sup>1</sup> sino por la planta del pie izquierdo, y que esto había de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; y así cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles,

1 Los romances castellanos atribuyeron este privilegio de Roldán á sus armas. Viendo Melisendra las armas de Gaiferos teñidas de sangre, le pregunta si está herido y Gaiferos responde:

Callede, dijo Gaiferos,  
Infanta, no digáis tal:  
Por más que fueran los mozos  
No me pueden hacer mal,  
Que estas armas y caballo  
Son de mi tío Roldán:  
Caballero que las trae  
No podía peligrar.

De otra opinión fué el autor de la historia vulgar del Emperador Carlomagno, según el cual, Roldán murió de cuatro mortales heridas que recibió en la batalla de Roncesvalles.

viendo que no le podía llagar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos y le ahogó, acordándose entonces de la muerte que dió Hércules á Anteo <sup>1</sup>, aquel feroz gigante que decían ser hijo de la Tierra: quiero inferir de lo dicho, que podría ser que yo tuviese alguna gracia de estas, no del no poder ser herido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables; ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todò el mundo no fuera poderoso á encerrarme si no fuera á fuerza de encantamentos; pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca. Y así viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea; y así creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada, se la convirtieron en villana y ocupada en tan bajo ejercicio, como es el de ahechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubión ni trigo, sino granos de perlas orientales. Y para prueba de esta verdad, quiero decir á vuestras magnitudes como viniendo poco ha por el Toboso jamás pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro día habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la más bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien ra-

1 La mitología dice que el famoso gigante Anteo, que contaba cuarenta codos de alto, era hijo de Neptuno y de la Tierra y vivía en un desierto de la Libia, en donde asesinaba á cuantos caminantes tenían la desgracia de caer en sus manos, para construir un templo con cráneos humanos. Hércules peleó con él, y le derribó tres veces, pero en vano, porque la Tierra su madre le daba nuevas fuerzas así que la tocaba. Advirtiòlo Hércules, y levantándolo del suelo lo ahogó entre sus brazos.

zonada siendo la discreción del mundo; y pues yo no estoy ni puedo estar encantado, según buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastocada, y en ella se han vengado mis enemigos, y por ella viviré yo en perpétuas lágrimas hasta verla en su pristino estado <sup>1</sup>. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del ahecho de Dulcinea; que pues á mí me la mudar on, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en Toboso, que son muchos, antiguos y muy, buenos. Á buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, en que su lugar sea famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte, quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo, y créelo todo: cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no lo trocaría con otro escudero, aunque me dicsen de añadidura una ciudad <sup>2</sup>; y así estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced, aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento, se saldría con cualquier gobierno, como el Rey con sus

1 Lo mismo que en su anterior, primitivo ó antiguo estado.

2 Expresión en que se pondera el precio de alguna cosa.

alcabalas<sup>1</sup>; y más que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad, ni muchas letras para ser uno gobernador; pues hay por ahí ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes; el toque está en que tengan buena intención y deseen acertar en todo, y que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros, y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cohecho, ni pierda derecho; y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernaré.

Á este punto llegaban de su coloquio el Duque, la Duquesa y Don Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora<sup>2</sup> entró Sancho en la sala todo asustado, con un cernadero por babador y tras él muchos mozos, ó por mejor decir, pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venía con un artesoncillo de agua que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar; seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela dabajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar.

—¿Qué es esto, hermanos? preguntó la Duquesa. ¿Qué

1 *Alcabala* es el tanto por ciento del precio de lo vendido que el vendedor paga al erario. Este tributo, que se conocía ya en tiempo de los romanos, estaba adoptado, aunque no generalmente, en Castilla en tiempo del Rey D. Alonso el Sabio; se extendió en el de D. Alonso XI, y posteriormente se perpetuó, llegando á considerarse como la renta más segura y pingüe de la corona.  
CLEMENCÍN.

2 *Á deshora* quiere decir á hora desusada ó no esperada: ordinariamente significa á hora muy avanzada de la noche.

es esto? ¿Qué queréis á ese buen hombre? ¿Cómo, y no consideráis que está electo gobernador?

Á lo que respondió el pícaro barbero:

—No quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el Duque mi señor y el señor su amo.

—Sí quiero, respondió Sancho con mucha cólera; pero quería que fuese con tohallos más limpias, con lejía más clara y con manos no tan sucias; que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él le laven con agua de ángeles <sup>1</sup> y á mí con lejía de diablos. Las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre de lavatorio que aquí se usa, peor es que de disciplinantes. Yo estoy limpio de barbas y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegare á lavarme ni á tocarme á un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos; que estas tales cirimonias y jabonaduras más parecen burlas que agasajos de huéspedes.

Perecida de risa estaba la Duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto á Don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada tohalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina; y así, haciendo una profunda reverencia á los Duques, como que les pedía licencia para hablar, con voz reposada dijo á la canalla:

—Hola, señores caballeros! vuestras mercedes dejen al

<sup>1</sup> Covarrubias después de hablar de los ungüentos antiguos añade: en lugar de estos ungüentos se han sustituido las aguas de olor y particularmente una que llamada agua de los ángeles, por estar confeccionada de diversos olores, así de las flores como del ambar destilado y otras cosas preciosas y olorosas.

mancebo y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte, si se les antojare; que mi escudero es limpio tanto como otro; y esas artesillas son para él estrechas y penantes búcaros <sup>1</sup>, tomen mi consejo y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razón de la boca Sancho, y prosiguió diciendo:

—¡No sino lléguese á hacer burla del mostrenco! que así lo sufriré, como ahora es de noche. Traigan aquí un peine ó lo que quisieren, y almohácenme <sup>2</sup> estas barbas, y si sacaren de ellas cosa que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces <sup>3</sup>.

1 Quería indicar con esto Don Quijote que su escudero Sancho Panza era persona tan principal que merecía lavarse en la fuente de plata en que habían lavado á él y al Duque, que de ninguna manera merecía ser lavado en artesillas y agua de fregar. Los *Búcaros*, eran unas vasijas de barro colorado que, mojados, dan un olor agradable y por esto servían comunmente de vasos para beber al agua. Solían traerlos de Portugal y de las Indias. *Penante* ó *penada* se llama la copa, taza y en general la vasija de boca estrecha que da el licor con pena, con dificultad y poco á poco: los búcaros se hacían así para prolongar de esta suerte el placer de los bebedores y la fragancia de la bebida.

2 Lo mismo que decir péinnenne y estríllenme con la almohaza ó estrillo como á las caballerías.

3 *Trasquilar á cruces* era cortar el pelo sin orden, cruzándose las tijeras, como antiguamente se hacía con los reos. Solo el cortar el pelo era pena muy grave entre los godos, que, como descendientes de los germanos, estimaban en mucho la cabellera. En la historia visigoda, ó de los godos españoles, se hallan varios casos de haberse impuesto esta pena á los delitos de traición: causaba infamia, ó por lo menos inhabilitaba para obtener las dignidades civiles, inclusa la real como se ve por el ejemplo de Chindasvinto, que, despojando á Tulga de la corona, le hizo cortar el cabello para imposibilitar su restablecimiento; y lo mismo sucedió con Wamba de resultas de las trazas de su sucesor Ervigio. Entre los españoles de la edad Media continuó la melena de sus ascendientes los visigodos, y después de la época

Á esta sazón sin dejar la risa, dijo la Duquesa:

—Sancho Panza tiene razón en todo cuanto ha dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere: él es limpio, y como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma<sup>1</sup>; cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza, habéis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos á traer á tal personaje y á tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas tohallas<sup>2</sup> artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero, en fin, sois malos y mal nacidos, y no podéis dejar como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que tenéis con los escuderos de los andantes caballeros.

Creyeron los apicarados ministros, y aun el Maestresala que venía con ellos, que la Duquesa hablaba de veras; y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fueron y le dejaron; el cual, viéndose fuera de peligro, se fué ó hincar de rodillas ante la Duquesa, y dijo:

—De grandes señoras grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra merced hoy me ha hecho, no puede pagarse con menos sino con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los días de mi vida

de las cruzadas se atusaban la barba, en lo que pudo influir el deseo de distinguirse de los mahometanos, que iban sin cabellera y con barbas. El Emperador Carlos V fué quien alteró esta costumbre. CLEMENCÍN.

1 Refrán con que se da á entender que prescindimos de las acciones de otros, dejando por cuenta suya las buenas ó malas resultas. ACADEMIA.

2 Ahora decimos con la misma significación *alemaniscas*, adjetivo que se aplica exclusivamente á cierta clase ó labor de mantelería, ó porque venía, ó porque fué inventada en Alemania.

en servir á tan alta señora. Labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo y de escudero sirvo; si con alguna de estas cosas puedo servir á vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar.

—Bien parece, Sancho, respondió la Duquesa, que habéis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesía: bien parece, quiero decir, que os habéis criado á los pechos del señor Don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias ó cirimonias, como vos decís. ¡Bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería y el otro por estrella de la escuderil fidelidad! Levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías, con hacer que el Duque mi señor, lo más presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno.

Con esto cesó la plática, y Don Quijote se fué á reposar la siesta; y la Duquesa pidió á Sancho que si no tenía mucha gana de dormir, viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió que, aunque era verdad que tenía por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad él procuraría con todas sus fuerzas no dormir aquel día ninguna, y vendría obediente á su mandato, y fuése.

El Duque dió nuevas órdenes como se tratase á Don Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

## CAPÍTULO XXXIII

De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

Cuenta, pues, la historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que, por cumplir su palabra, vino á ver á la Duquesa; la cual, con el gusto que tenía de oírle, le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho, de puro bien criado, no quería sentarse; pero la Duquesa le dijo que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador <sup>1</sup>. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse; y todas las doncellas y dueñas de la Duquesa le rodearon aten-

1 Escaño precioso de marfil que ganó el Cid Rui Diaz, entre otros despojos, cuando tomó á Valencia, y que había sido del Rey moro nieto de Alimamón, Rey de Toledo. En su cronica se refiere también que vuelto el Cid á Castilla, el Rey D. Alfonso le convidó á sentarse consigo, y habiéndose excusado el Cid por modestia, el Rey le mandó sentarse en su escaño. Según la expresión de la Duquesa el escaño del Cid quedó en proverbio para denotar un asiento de sumo honor. En él se colocó el cadáver del Cid, según cuenta el siguiente romance:

En San Pedro de Cardena  
Está el Cid embalsamado,  
El vencedor no vencido  
De moros y de cristianos.  
Por mando del Rey Alonso  
En un escaño está sentado...  
No parece que está muerto  
Sino vivo y muy honrado.

tas con grandísimo silencio á escuchar lo que diría; pero la Duquesa fué la que habló primero diciendo:

—Ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querría yo que el señor gobernador me absolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran Don Quijote anda ya impresa, una de las cuales dudas es que, pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea (digo á la señora Dulcinea del Toboso), ni le llevó la carta del señor Don Quijote, porque se quedó en el libro de memorias de Sierra Morena, ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta y aquello de que la halló ahechando trigo, siendo todo burla y mentira y tan en daño de la buena opinión de la sin par Dulcinea, cosas que no vienen bien con la calidad de los buenos escuderos?

A estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala levantando los doseles; y luego esto hecho, se volvió á sentar y dijo:

—Ahora, señora mía, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado; y á todo aquello que se me preguntare. Y lo primero que digo es que yo tengo á mi señor Don Quijote por loco rematado; puesto que algunas veces dice cosas que, á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podría decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato. Pues como yo tengo esto en el magín, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva piés ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis ú ocho

días <sup>1</sup>, que aun no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora Doña Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Úbeda <sup>2</sup>.

Rogóle la Duquesa que le contase aquel encantamiento ó burla; y Sancho se lo contó todo del mismo modo que había pasado de que no poco gusto recibieron los oyentes. Y prosiguiendo en su plática dijo la Duquesa:

—De lo que el buen Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oídos, que me dice: Pues Don Quijote de la Mancha, es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza, su escudero lo conoce, y con todo esto le sirve y le sigue, y va ateniendo á las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo; y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora Duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne, porque el que no sabe gobernar á sí, ¿cómo sabrá gobernar á otros?

—Por Dios señora, dijo Sancho que ese escrúpulo viene de lo lindo; pero dígame vuesa merced que hable claro ó como quisiere; que yo conozco que dice verdad; que si yo fuera discreto, días hā que había de haber dejado á mi amo; pero esta fué mi suerte, y esta mi malandanza. No puedo más, seguirle tengo; somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, soy agradecido, díome sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel;

1 Según la cuenta de D. Vicente de los Ríos, eran diez y siete los días que habían pasado desde lo del encantamiento de Dulcinea.

2 *Ir por los cerros de Úbeda se dice del que no lleva camino en lo que dice y procede por términos remotos y desproporcionados.*

y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón <sup>1</sup>, si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios; y podría ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia; que magüer tonto, se me entiende aquel refrán de «por su mal le nacieron alas á la hormiga» <sup>2</sup>; y aún podría ser que se fuese más ahina Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador. Tan buen pan hacen aquí como en Francia, y de noche todos los gatos son pardos, y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado, y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno, y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y despensero; y más calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia <sup>3</sup>, y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el Príncipe como el jornalero y no ocupa más piés de tierra el cuerpo del Papa que el del sacristán, aunque sea más alto el uno que el otro; que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar y encoger

1 Esto es la muerte, con alusión á la pala y azadón[con que suele abrir la sepultura. También se dice: *si te pica el escorpión coge la pala y azadón.*

2 Alude á que cuando este insecto se sienta con ellas se remonta por los aires y entonces suelen comérsela los pájaros, de cuyo peligro estaba más á cubierto, cuando careciendo de ellas se veía precisada á vivir escondida bajo tierra. También contiene este refrán una bella imagen de los que elevándose por la casualidad y ciega fortuna á una suerte superior á su mérito, hallan en ella la ruina que evitaran en la obscuridad.

3 Cítase al *pañó de Cuenca* como ejemplo del basto y ordinario y el *limiste de Segovia* como ejemplo del lino y delicado.

mal que nos pese, y á buenas noches, y torno á decir que si vuesa señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto <sup>1</sup>, y yo he oído decir que detrás de la cruz está el diablo, y no es oro todo lo que reluce; y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Wamba <sup>2</sup> para ser rey de España, y de entre los brocados pasatiempos y riquezas, sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trovas de los romances antiguos no mienten).

—Y ¡cómo que no mienten! dijo á esta sazón Doña Rodríguez, la dueña, que era una de las escuchantes; que un romance hay que dice que metieron al rey Rodrigo, vivo, en una tumba, llena de sapos, culebras y lagartos; y que de allí á dos días dijo el Rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baja:

Ya me comen, ya me comen <sup>3</sup>.

1 Cervantes en esta frase sacrificó lo correcto de la expresión á la rapidez de la sentencia. Según las reglas comunes debió decirse: *si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto yo sabré hacer que no se me de nada por discreto.* CLEMENCÍN.

2 Opinan algunos que el Rey Wamba, de clase humilde, fué ascendido á la primera dignidad del estado, y se le obligó á la fuerza á admitir el cetro. Sin embargo el P. Mariana en su Historia de España dice que habiéndose rebelado contra el Rey Wamba su general Paulo le envió á desafiar llenándole de injurias. *Destos baldones, añade, y destas parcialidades, según yo entiendo, procedió la fama del vulgo que hace á Wamba villano, y que subió al cetro y corona del arado y de la azada; mas sin falta es manifesto yerro que á la verdad fué y nació de la más principal nobleza de los godos, y en la corte y casa de los Reyes pasados tuvo el primer lugar en privanza y autoridad.*

3 En el romance de la penitencia del Rey D. Rodrigo de que citó este verso su tocaya Doña Rodríguez se finge que después de la batalla de Guadalete, andando por un desierto encontró á

Y según esto, mucha razón tiene este señor en decir que quiere ser más labrador que Rey, si le han de comer sabandijas.

No pudo la Duquesa tener la risa oyendo la simplici-

un ermitaño y que consultando este lo que convenía hacer con el Rey para satisfacer el mal que había hecho,

Fuéle luego revelado...  
 Que le meta en una tumba  
 Con una culebra viva,  
 Y esto tome en penitencia  
 Por el mal que hecho había...  
 El Rey desto muy gozoso  
 Luego en obra lo ponía:  
 Métese como Dios manda  
 Para allí acabar su vida...  
 El ermitaño muy santo  
 Mírale al tercer día;  
 Dice: ¿cómo os va buen Rey?  
 ¿Vais bien con la compañía?  
 Hasta ahora no me ha tocado  
 Porque Dios no lo quería:  
 Ruega por mí, el ermitaño,  
 Porque acabe bien mi vida...  
 Después vuelve el ermitaño  
 A ver si ya muerto había:  
 Hallá que estaba rezando,  
 Y que gemía y plañía.  
 Preguntóle como estaba:  
 Dios es en ayuda mía,  
 Respondió el buen Rodrigo,  
 La culebra me comía,  
 Cómeme ya....  
 El ermitaño lo esfuerza:  
 El buen Rey allí moría.

Según lo cuenta este romance, lo contaban las consejas vulgares, pero, según la verdad de la historia, D. Rodrigo murió en la batalla de Guadalete, perdiendo en ella, como lo dice Cervantes en el capítulo XL de esta segunda parte, *la vida y el reino*.

dad de su dueña, ni dejó de admirarse en oír las razones y refranes de Sancho, á quien dijo:

—Ya sabe el buen Sancho, que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo aunque le cueste la vida. El Duque mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero; y así, cumplirá la palabra de la prometida ínsula á pesar de la envidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho en buen ánimo; que cuando menos lo piense se verá sentado en la silla de la ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseché. Lo que yo le encargo es que mire como gobierna sus vasallos, advirtiéndole que todos son leales y bien nacidos.

—Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mí, tengo compasión de los pobres; y á quien cuece y amasa no le hurtes hogaza <sup>1</sup>; y á fe que no me han de echar dado falso; soy perro viejo y entiendo todo tus, tus <sup>2</sup>, y sé despabilarme á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas <sup>3</sup> ante los ojos, porque sé donde me aprieta el zapato; dígolo, porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad <sup>4</sup>, y los malos ni pie ni entrada. Y paréceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podría ser que á quince días

1 Proverbio que se denota que al experimentado y práctico en alguna cosa no se le engaña en ella facilmente.

2 Quiere decir que al experimentado y cuerdo es muy difícil engañarle.

3 Dase, en general, el nombre de musarañas á los bichos, insectos y sabandijas, y suele aplicarse á ciertas nubecillas que á las personas de vista débil se les figura andar por el aire.

4 Es decir, mano y cabida.

de gobernador me comiese las manos tras el oficio <sup>1</sup>, y supiese más de él que de la labor del campo en que me he criado.

—Vos tenéis razón, Sancho, dijo la Duquesa, que nadie nace enseñado y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo á la plática que poco ha tratábamos del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta, y más averiguada, que aquella imaginación que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocía, debía de ser por estar encantada, todo fué invención de alguno de los encantadores que al señor Don Quijote persiguen; porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina, era y es Dulcinea del Toboso, y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado, y no hay poner más duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos. Y sepa el señor Sancho Panza que también tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente, sin enredos ni máquinas; y créame, Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada, y cuando menos nos pensemos la habemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive.

—Bien puede ser todo eso, dijo Sancho Panza, y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesinos, donde dice que vió á la se-

<sup>1</sup> *Correrse las manos tras alguna cosa.* Frase metafórica y familiar que denota el gusto como se come algún manjar sin dejarse nada. Dícese también de cualquier otra cosa de mucho gusto, como el juego, etc.

ñora Dulcinea del Toboso en el mismo traje y hábito que yo dije que la había visto cuando la encanté por sólo mi gusto; y todo debió de ser al revés como vuesa merced, señora mía, dice: porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco que con tan flaca y magra persuasión como la mía creyese una cosa tan fuera de todo término. Pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores. Yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor Don Quijote, y no con intención de ofenderle; y si ha salido al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones.

—Así es la verdad, dijo la Duquesa: pero dígame ahora, Sancho, que es esto que dice de la cueva de Montesinos, que gustaría saberlo.

Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la Duquesa, dijo:

—De este suceso se puede inferir que, pues el gran Don Quijote dice que vió allí á la misma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos.

—Eso digo yo, dijo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño será, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos. Verdad sea que la que yo ví fué una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué; y si aquella era Dulcinea, no ha de estar á mi cuenta ni ha de correr por mí, ó

sobre ello ; morena! No sino ándese á cada triquete conmigo á dime y diréte, Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó y Sancho volvió <sup>1</sup>; como si Sancho fuese algún quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza, el que anda ya en libros por ese mundo adelante, según me dijo Sansón Carrasco, que, por lo menos, es persona bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir: sino es cuando se les antoja y les viene muy á cuento; así que, no hay para que nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y según oí decir á mi señor: «más vale el buen nombre que las muchas riquezas», encágenme ese gobierno y verán maravillas; que quien ha sido buen escudero será buen gobernador.

—Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho, dijo la Duquesa, son sentencias catonianas, ó por lo menos sacadas de las mismas entrañas del mismo Miguel Verino, que *florentibus occidit annis* <sup>2</sup>. En fin, hablando á

1 Ejemplo admirable de la figura repetición. La presente me parece tan natural, que estoy creyendo que cuando Cervantes la escribía no pensaba en ella. Es verdad, que lo mismo sucede con una infinidad del pasajes de QUIJOTE, en los que á mi imaginación se representa la naturaleza dictando y Cervantes sirviéndole de amanuense. La naturalidad en mi concepto es en lo que más sobresale Cervantes y con lo que no tiene igual: su naturalidad es tanta, que si no se lee con muchísima atención, se le pasan á uno por alto los primores de muchos lugares en punto de elocución. CABRERA.

2 Miguel Verini, florentín, fué hijo de Ugolino Verini, grande amigo del filósofo platónico Marsilo Ficino, que floreció en la época, tan brillante para las letras, de los príncipes de la casa de Médicis. Miguel heredó de su padre la gracia de versificar en lengua latina, en que compuso una colección de dísticos, que contienen máximas y reglas muy juiciosas acerca de las costumbres de los niños. Murió de edad de 47 años, en el de 1483. CLEMENCIN.

su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor.

—En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed, bien podría ser, porque no tengo nada de hipócrita; bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo y cuando me lo dan por no parecer ó melindroso ó mal criado; que á un brindis de un amigo, ¿qué corazón ha de haber tan de mármol que no haga la razón? Pero aunque las calzo, no las ensucio; cuanto más que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino <sup>1</sup>, si dan por ella un ojo.

—Yo lo creo así, respondió la Duquesa; y por ahora váyase Sancho á reposar, que después hablaremos más largo, y daremos orden como vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno.

De nuevo besó las manos Sancho á la Duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su Rucio, porque era la lumbre de sus ojos.

—¿Qué Rucio es éste? preguntó la Duquesa.

—Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre, le suelo llamar el Rucio, y á esta señora dueña le rogué, cuando entré en este castillo, tu-

En los primeros versos de un epigrama que en su honor compuso Angel Policiano dice:

Verinus Michaël florentibus occidit annis  
Moribus ambiguum major an ingenio.

Esto es, Miguel Verini, murió en la flor de sus años, dejando en duda si fué más admirable en sus costumbres ó en su ingenio.

1 Como si dijese una *limosna de vino*, puesto que *elemosyna*, de donde se deriva, significa en griego, conmisericordia ó misericordia.

viese cuenta con él, y azoróse de manera como si le hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo de ser más propio y natural de las dueñas pensar jumentos que autorizar las salas. ¡Oh válame Dios! y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar.

—Sería algún villano, dijo doña Rodríguez, la dueña que si él fuera hidalgo y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la luna.

—Ahora bien, dijo la Duquesa, no haya más, calle doña Rodríguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del Rucio, que por ser alhaja de Sancho, le pondré yo sobre las niñas de mis ojos.

—En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho; que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él ni yo somos dignos de estar sólo un momento, y así lo consentiría yo como darme de puñaladas; que aunque dice mi señor que en las cortesías antes se ha de perder por carta de más que de menos, en las jumentiles y asininas se ha de ir con el compás en la mano y con medido término.

—Llévele, dijo la Duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quiere, y aun jubilarle del trabajo.

—No piense vuesa merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, dijo Sancho que yo he visto ir más de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mío no sería cosa nueva.

Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa y el contento, y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al Duque de lo que con él había pasado; y entre los dos dieron traza y orden de hacer una burla á Don Quijote, que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contiene.

## CAPÍTULO XXXIV

Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas de este libro.

Grande era el gusto que recibían el Duque y la Duquesa de la conversación de Don Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intención que tenían de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que Don Quijote ya les había contado de la cueva de Montesinos <sup>1</sup>, para hacerle una que fuese famosa; porque de lo que más la Duquesa se admiraba, era que la simplicidad de Sancho fuese tanta que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio; y así habiendo dado orden á sus criados de todo lo que habían de hacer, de allí á seis días le llevaron á caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores, como pudiera llevar un rey coronado.

Diéronle á Don Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero Don Quijote no se lo quiso poner diciendo que otro día había de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podía

1 No fué D. Quijote, sino Sancho, el que contó la aventura de la cueva de Montesinos, y la contó solo á la Duquesa.

llevar consigo guardaropas ni reposterías. Sancho sí tomó el que le dieron, con intención de venderle en la primera ocasión que pudiese.

Llegado, pues, el esperado día, armóse Don Quijote, vistióse Sancho, y encima de su Rucio, que no le quiso dejar, aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y Don Quijote, de puro cortés y comedido, tomó la rienda de su palafrén, aunque el Duque no quería consentirlo; y finalmente, llegaron á un bosque, que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podían oirse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas.

Apeóse la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos, se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos jabalíes. Apeóse asimismo el Duque y Don Quijote, y pusiéronse á sus lados. Sancho se puso detrás de todos sin apearse del Rucio, á quien no osaba desamparar, porque no le sucediese algún desmán; y apenas habían sentado el pie puéstose en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hacia ellos venía un desmesurado jabalí, crugiendo dientes y colmillos, y arrojando espuma por la boca; y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle Don Quijote. Lo mismo hizo el Duque con su venablo, pero á todos se adelantara la Duquesa, si el Duque no se lo estorbara.

Sólo Sancho en viendo al valiente animal, desamparó al Rucio y dió á correr cuanto pudo; y procurando

subirse sobre una alta encina, no fué posible; antes, estando ya á la mitad de ella asido de una rama, pugnando <sup>1</sup> subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo, se quedó en el aire asido de un gancho de la encina sin poder llegar al suelo y viéndose así y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba, le podía alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oían y no le veían, creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchilladas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza Don Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le había conocido, vióle pendiente de la encina y la cabeza abajo, y el Rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad; y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al Rucio, ni al Rucio sin ver á Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban. .

Llegó Don Quijote y descolgó á Sancho el cual, viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma; que pensó tenía en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre una acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto, le llevaron, como en señal de victoriosos despojos, á unas grandes tiendas de campaña, que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden, y la comida aderezada, tan suntuosa y grande que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificiencia de quien la daba.

1 Falta quizás la partícula *por*.

Sancho mostrando las llagas á la Duquesa de su roto vestido, dijo:

—Si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo; yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo os puede quitar la vida; yo me acuerdo haber oído cantar un romance antiguo, que dice:

De los osos seas comido,  
Como Favila el nombrado.

—Ese fué un rey godo, dijo Don Quijote, que yendo á caza de montería le comió un oso <sup>1</sup>.

—Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querría yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros, á trueco de un gusto que parece que no le había de ser, pues consiste en matar un animal que no ha cometido delito alguno.

—Antes os engañáis, Sancho, respondió el Duque, porque el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes, que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra: hay en ella stratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo; padécense en ella fríos grandísimos y calores intolerables; menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa, y en resolución, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de mu-

1 Favila fué hijo y sucesor de D. Pelayo: habiendo levantado sus monteros uno de estos terribles animales, y lisonjeándose de matarle y rendirle por sí solo, mas confiado en su valor y esfuerzo de lo que fuera justo, pereció entre sus garras por los años 739 de Jesucristo.

chos; y lo mejor que él tiene es que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que también es sólo para reyes y grandes señores. Así que, ¡oh Sancho! mudad de opinión, y cuando seáis gobernador, ocupáos en la caza y veréis como os vale un pan por ciento.

—Eso no, respondió Sancho; el buen gobernador la pierna quebrada y en casa. ¡Bueno sería que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose! ¡Así enhoramala andaría el gobierno! Mía fe, señor, la caza y los pasatiempos más han de ser para los holgazanes que para los gobernadores; en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado <sup>1</sup>, las pascuas, y á los bolos, los Domingos y fiestas; que esas cazas ni cazos no dicen con mi condición ni hacen con mi conciencia.

—Plega á Dios, Sancho, que así sea; porque del dicho al hecho hay gran trecho.

—Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas; y más vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga; y tripas llevan piés, que no piés á tripas <sup>2</sup>, quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intención, sin duda gobernaré mejor que un gerifalte. ¡No sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no!

—¡Bendito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho bendito! dijo Don Quijote, y cuándo será el día, como otras muchas veces te he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada!

1 Juego de naipes conocido ya en Castilla á principio del siglo XVI.

2 Significa este refrán que la fatiga, especialmente la del caminante no se puede soportar sin el competente alimento.

Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores míos, que les molestará las almas, no sólo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traídos tan á sazón y tan á tiempo, cuanto le dé Dios á él la salud, ó á mí si los quisiera escuchar.

—Los refranes de Sancho Panza, dijo la Duquesa, puesto que son más que los del Comendador griego <sup>1</sup>, no por eso son menos de estimar por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con más sazón acomodados.

Con estos y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el día y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro oscuro, que trajo consigo, ayudó mucho á la intención de los Duques; y así como comenzó á anoecer, un poco más adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardía, y luego se oyeron por aquí y por allí, por acá y por acullá, infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como

1 Llamábase Fernán Nuñez de Guzmán, de la nobilísima casa de los Guzmanes: era también conocido por el *Pinciano*, por haber nacido en Valladolid que algunos tienen por el *Pincia*, de los romanos. Fué Comendador de la Orden de Santiago y anteponiendo el estudio á toda otra profesión, enseñó griego, latín y retórica en la Universidad de Salamanca, y por esto era aún más conocido por el *Comendador griego*. Fué en su tiempo uno de los mayores filósofos de Europa. Era de genio festivo y sazonado; y en su vejez se dedicó á juntar muchos refranes ó adagios castellanos con intención de imprimirlos explicados; pero impidiósele la muerte el año de 1553. Los publicó otro, no con la mayor elección. PELLICER.

de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos, casi cegaron y atronaron los ojos y los oídos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilíes <sup>1</sup>, al uso de moros cuando entran en las batallas; sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífanos; casi todos á un tiempo, tan continuo y tan aprisa que no tuviera sentido el que no quedara sin él al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el Duque, suspendióse la Duquesa, admiróse Don Quijote, tembló Sancho Panza y finalmente hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron.

Con el temor les cogió el silencio, y un postillón en traje de demonio les pasó por delante, tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un hueco y espantoso son despedía.

—Hola, hermano correo, dijo el Duque, ¿quién sois? ¿adónde váis? ¿y qué gente de guerra es la que por este bosque atraviesa? Á lo que respondió el correo con voz horrisona y desentonada:

—Yo soy el diablo; voy á buscar á Don Quijote de la Mancha; la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante trae á la sin par Dulcinea del Toboso; encantada viene con el gallardo francés Montesinos, á dar orden á Don Quijote de cómo ha de ser desencantada la tal señora.

—Si vos fuérades diablo, como decís y como vuestra

1 No son instrumentos bélicos sino aclamaciones ó preces para animarse al combate invocando el favor de Dios ó de *Atá*, como ellos dicen, y de aquí el nombre de *lelilies*. Es el *Santiago y cierra España* de los Españoles.

figura muestra, ya hubierais conocido al tal caballero Don Quijote de la Mancha, pues le tenéis delante.

—En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello porque tengo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venía se me olvidaba.

—Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque á no serlo no jurara en «Dios y en su conciencia». Ahora, yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente.

Luego el demonio, sin apearse, encaminando la vista á Don Quijote, dijo:

—A tí, el *Caballero de los Leones* (que entre las garras de ellos te vea yo) me envía el desgraciado, pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, á causa de que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para más mi venida no ha de ser más mi estada; los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores: y en diciendo esto, tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fué sin esperar respuesta de ninguno.

Renovóse la admiración en todos, especialmente en Sancho y Don Quijote; en Sancho, de ver que, á despecho de la verdad, querían que estuviese encantada Dulcinea; en Don Quijote, por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que había pasado en la cueva de Montesinos; y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le dijo:

—¿Piensa vuesa merced esperar, señor Don Quijote?

—Pues ¡no! respondió él: aquí esperaré intrépido y fuerte si me viniese á embestir todo el infierno.

—Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flandes, dijo Sancho.

En esto se cerró más la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren <sup>1</sup>. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad otra que las aumentó todas; que fué que parecía verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas; porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lelilíes agarenos. Finalmente las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo el temeroso ruido de los carros formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que Don Quijote se valiese de todo su corazón para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la Duquesa, la cual le recibió en ella, y á gran priesa mandó que le echasen agua en el ros-

<sup>1</sup> Meteoro frecuente en {que inflamadas algunas materias de las que nadan en la atmósfera por alguna corriente de electricidad, ó por otras causas, propagan rápidamente la inflamación mientras hallan materia susceptible de ella. CLEMENCÍN.

tro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto.

Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros; en cada cuerno traían atada y encendida una gran hacha de cera, y encima del carro venía hecho un asiento alto, sobre el cual venía sentado un venerable viejo con una barba más blanca que la misma nieve, y tan luenga que le pasaba de la cintura: su vestidura era una ropa larga de negro bocací <sup>1</sup>, que por venir el carro lleno de infinitas luces, se podía bien divisar y discernir todo lo que en él venía. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros, que Sancho, habiéndolos visto una vez, cerró los ojos para no verlos otra.

Llegando, pues, el carro á igualar el puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie dando una gran voz, dijo:

—Yo soy el sábio Lirgandeo <sup>2</sup>; y pasó el carro adelante sin hablar más palabra.

Tras este pasó otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el cual haciendo que el carro se detuviese, con voz no menos grave que el otro, dijo:

—Yo soy el sábio Alquife <sup>3</sup>, el gran amigo de Urganda la Desconocida.

Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venía sentado en el trono no era viejo como

1 Tela falsa, dice Covarrubias, de lienzo teñido de diversos colores y bruñido.

2 Era hijo tercero de Oriverxes, Rey de Persia y Soldán de Babilonia.

3 Sábido de gran fama, gran mágico sobre todos los de su tiempo y marido de Urganda la Desconocida.

los demás, sino hombrón, robusto y de mala catadura, el cual al llegar levantándose en pie cómo los otros, dijo con voz más ronca y más endiablada:

—Yo soy Arcalaus <sup>1</sup> el encantador, enemigo mortal de Amadís de Gaula y de toda su parentela; y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros y cesó el ruido de sus ruedas; y luego se oyó otro, no ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró y lo tuvo á buena señal, y así dijo á la Duquesa de quien ni un punto ni un paso se apartaba <sup>2</sup>:

—Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.

—Tampoco donde hay luces y claridad, respondió la Duquesa. Á lo que replicó Sancho:

—Luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podría ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas.

—Ello dirá, dijo Don Quijote, que todo lo escuchaba, y dijo bien, como se muestra en el capítulo siguiente.

1 Señor del Castillo de Valderín donde tenía presos á muchos caballeros.

2 Debía irse de más á menos, y no al contrario, porque después de decir que no se apartaba *un punto*, es una insulsa frialdad decir que no se apartaba *un paso*. CLEMENCÍN.

## CAPÍTULO XXXV

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quijote del desancanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos.

Al compás de la agradable música vieron que hacia ellos venía un carro de los que llaman triunfales <sup>1</sup>, tirado de seis mulas pardas, encubiertas, empero de lienzo blanco, y sobre cada una venía un disciplinante de luz, asimismo vestidos de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces, y aun tres, mayor que los pasados, y los lados frente de él ocupaban otros doce disciplinantes, albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venía una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacían, si no rica, á lo menos vis-

<sup>1</sup> Los carros triunfales tenían una forma redonda; el triunfador estaba en pie derecho, y conducía el mismo los caballos. Estos mismos servían para otras ceremonias: en ellos se llevaban las imágenes de los dioses en los días de suplicación ó rogativas: en ellos se ponían las estatuas de aquellos á quienes se hacían los honores de la apoteosis; y los mismos servían también para las familias ilustres que asistían á la fiesta. Los consules al encargarse del mando eran igualmente conducidos en estos carros tirados por dos caballos. En tiempo de los consules los carros eran dorados: bajo los emperadores de marfil y también de oro: se bañaban algunas veces con sangre para darles un cierto aire marcial. BASTÚS.

tosamente vestida; traía el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que, sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubría un agraciada rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete; junto á ella venía una figura vestida de una ropa, de las que llaman rozagantes <sup>1</sup>, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los Duques y de Don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban, y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada y fea, de que Don Quijote recibió pesadumbre y Sancho miedo, y los Duques hicieron algún sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y lengua no muy despierta, comenzó á decir de esta manera:

Yo soy Merlín, aquel que las historias  
 Dicen, que tuve por mi padre al diablo;  
 (Mentira autorizada de los tiempos),  
 Príncipe de la mágica, y monarca  
 Y archivo de la ciencia zoroástrica <sup>2</sup>,  
 Émulo á las edades <sup>3</sup> y á los siglos,  
 Que solapar pretenden las hazañas  
 De los andantes bravos caballeros,  
 Á quien yo tuve y tengo gran cariño.

1 Esto es vestido largo, anchuroso y espléndido.

2 Lo mismo que magia, de cuya ciencia es considerado Zoroastro como su inventor.

3 Quiere decir enemigo de las edades enemigas de los caballeros andantes. *Émulo de* se dice más que *émulo á*.

Y puesto que es de los encantadores,  
 De los magos, ó mágicos contino  
 Dura la condición, áspera y fuerte,  
 La mía es tierna, blanda y amorosa,  
 Y amiga de hacer bien á todas gentes.  
 En las cavernas lóbregas de Dite <sup>1</sup>,  
 Donde estaba mi alma entretenida  
 En formar ciertos rombos y caracteres  
 Llegó la voz doliente de la bella  
 Y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamento y su desgracia  
 Y su transformación de gentil dama  
 En rústica aldeana: condólíme,  
 Y encerrando mi espíritu en el hueco  
 De esta espantosa y fiera notomía,  
 Después de haber revuelto cien mil libros  
 Desta mi conciencia endemoniada y torpe,  
 Vengo á dar el remedio que conviene  
 Á tamaño dolor, á mal tamaño.

¡Oh tú, gloria y honor de cuantos visten  
 Las túnicas de acero y de diamante,  
 Luz y farol, sendero, norte y guía  
 De aquellos que dejando el torpe sueño  
 Y las ociosas plumas, se acomodan  
 Á usar el ejercicio intolerable  
 De las sangrientas y pesadas armas!

A tí digo ¡oh varón, como se debe  
 Por jamás <sup>2</sup> alabado; á tí, valiente

<sup>1</sup> Nombre poético de Plutón, dios de los infiernos. Dábase también en algunas ocasiones el de Dite á Júpiter.

<sup>2</sup> La palabra *jamás* por si sola ordinariamente tiene la significación de *nunca*, aquí significa *siempre*, y en esta acepción la han usado algunos escritores castellanos.

Juntamente y discreto Don Quijote,  
 De la Mancha esplendor, de España estrella!  
 Que para recobrar su estado primo <sup>1</sup>  
 La sin par Dulcinea del Toboso,  
 Es menester que Sancho tu escudero  
 Se dé tres mil azotes y trescientos  
 En ambas sus valientes posaderas  
 Al aire descubiertas, y de modo  
 Que le escuezan, le amarguen y le enfaden.  
 Y en esto se resuelven todos cuantos  
 De su desgracia han sido los autores;  
 Y á esto es mi venida, mis señores.

—¡Voto á tal! dijo á esta sazón Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres, como tres puñaladas. ¡Gracioso modo de desencantar! Yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Por Dios, que si el señor Merlín no ha hallado otra manera de desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura.

—Tomaros he yo, dijo Don Quijote, don villano, har-to de ajos, y amarraros he de un árbol; y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan á tres mil y trescientos tirones; y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo cual Merlín dijo:

—No ha de ser así, porque los azotes que ha de recibir el buen Sancho han de ser por su voluntad y no por la fuerza y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado, pero permítesele que si el quiere redimir su vejación por la mitad de este vapulamien-

1 Primero.

to, puede dejar que se lo dé ajena mano, aunque sea algo pesada.

—Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho, á mí no me ha de tocar ninguna mano. ¿Qué parentesco tengo yo por ventura con la señora Dulcinea del Toboso para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo sí, que es parte suya, se puede y debe azotarse por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencantamiento; pero ¿azotarme yo? Abernuncio.

Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pie la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlín venía, quitándose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que á todos pareció más que demasíadamente hermoso; y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada <sup>1</sup>, hablando derechamente con Sancho Panza, dijo:

—¡Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas y apederaladas! Si te mandaran, ladrón, desuellacaras, que te arrojaras de una torre alta al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras; si te persuadieran que mataras á tu mujer y á tus hijos con algún truculento y agudo alfange, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trescientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruín que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva<sup>2</sup>, espanta á todas las entrañas pia-

1 El adjetivo *adamada* no se deriva del verbo *adamar*, amar con pasión, en cuya significación se halla usado en el Quijote, sino de *dama*, lo que es propio de dama.

2 Verbo activo anticuado que significa *pasmar*, *aturdir*. Úsase también como recíproco.

dosas de los que escuchan, y aún las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon ¡oh miserable y endurecido animal! pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en la niña de estos míos, y veráslos llorar hilo á hilo y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por mis mejillas. Muévate socarrón y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mía, que aún se está en el diez y... de los años, pues tengo diez y nueve y no llego á veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es virtud particular que me ha hecho el señor Merlín, que está presente, sólo para que te enternezca mi suerte. Date, date en esas carnazas, bestión indómito, y saca de harón <sup>1</sup> ese brío que á sólo á comer y más comer te inclina. Y si por mí no quieres ablandarte ni reducirte á un razonable término, hazlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo, digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.

Tentóse, oyendo esto, la garganta Don Quijote, y dijo, volviéndose al Duque:

—Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta.

—¿Qué decís vos á esto, Sancho? preguntó la Duquesa.

<sup>1</sup> Lo mismo que: deja de ser perezoso, ámate, avivate, apresurate. Haron, dice Covarrubias se llama al tardo y perezoso. Bestia harona es la que anda muy despacio y con flema.

—Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abrenuncio.

—Abrenuncio, habéis de decir, Sancho, y no como decís, dijo el Duque.

—Déjeme, vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy ahora para mirar en sotilezas ni en letras más ó menos; porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querría yo saber de la señora mi señora doña Dulcinea del Toboso, adonde aprendió el modo de rogar que tiene; viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestión indómito, con una tiramira <sup>1</sup> de malos nombres que el diablo los sufra. Por ventura ¿son mis carnes de bronce? ó ¿vame á mí algo en que se desencante ó no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores, y de escaarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo el refrán que dice por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que más vale una toma que dos te daré! Pues, el señor mi amo, que debía de traerme la mano por el cerro <sup>2</sup> y halagarme para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, dice que si me coge ¡me amarrará desnudo á un árbol y me doblará la parada de los azotes! Y habían de considerar estos lastimados señores que no solamente piden que se azote un escu-

1 Lista, cáfila ó retahila de apodos. ARRIETA. Se usa frecuentemente por serie continuada de muchas cosas seguidas ó añadidas unas á otras. ACADEMIA.

2 Como á las caballerías para halagarlas y amansarlas, de donde se tomó la metáfora.

dero, sino un gobernador, como quien dice: bebe con guindas <sup>1</sup>. Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar, y á saber pedir, y á tener crianza; que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventado de pena por ver mi sayo verde roto, y ¡vienen á pedirme que me azote por mi voluntad, estando ella tan agena de ello como de volverme cacique <sup>2</sup>!

—Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el Duque, que si no os ablandais más que una breva madura, que no habéis de empuñar el gobierno. ¡Bueno sería que yo enviase á mis insulanos <sup>3</sup> un gobernador cruel de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiales y antiguos encantadores y sábios! En resolución, Sancho, ó vos habéis de ser azotado, ó os han de azotar, ó no habéis de ser gobernador.

—Señor, respondió Sancho, ¿no se me darían dos días de término para pensar lo que está mejor?

—No, en ninguna manera, dijo Merlín. Aquí en este instante y en este lugar, ha de quedar asentado lo que ha de ser de este negocio. Ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su rústico estado de labradora, ó ya, en el ser que está, será llevada á los Elíseos Campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo.

—Ea, buen Sancho, dijo la Duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habéis comido del

1 Es decir, no solo beber, sino bebe una cosa desagradable o agría, como es el licor que se saca de la guinda.

2 En lengua mejicana equivalía á señor de vasallos, y después del descubrimiento se usó como sinónimo de caudillo, etc.

3 Palabra anticuada por *isleños*.

señor Don Quijote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condición y por sus altas caballerías. Dad el sí de esta azotaina, y váyase el temor para mezquino; que un buen corazón quebranta buena ventura, como vos bien sabéis.

Á estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlín, le preguntó:

—Dígame vuesa merced, señor Merlín, cuando llegó aquí el diablo correo dió á mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venía á dar orden de que la señora Dulcinea del Toboso se desencantase; y hasta ahora no hemos visto á Montesinos ni á sus semejanzas. Á lo cual respondió Merlín:

—El diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mío; porque Montesinos se está en su cueva atendiendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar. Si os debe algo ó tenéis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos más quisiéredes; y por ahora acabad de dar el sí de esta disciplina; y creedme que será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis: para el cuerpo, porque yo sé que sois de compleción sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre.

—Muchos médicos hay en el mundo; hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho, pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trescientos azotes, con condición que me los tengo de dar cada y cuando yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los días ni en el

tiempo; y yo procuraré salir de la deuda lo más presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea del Toboso, pues, según parece, al revés de lo que pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser también condición de que no he de estar obligado á sacarme sangre con la disciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Item, que si me errare en el número, el señor Merlín, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran.

—De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlín, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea; y vendrá á buscar, como agradecida al buen Sancho, y á darle gracias, y aún premios por la buena obra. Así que, no hay de que tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza.

—Ea, á la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi malaventura: digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas.

Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimías, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces y Don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La Duquesa y el Duque y todos los circunstantes, dieron muestras de haber recibido grandísimo contento, y el carro comenzó á caminar; y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los Duques, é hizo una gran reverencia á Sancho.

Y ya en esto se venía á más andar el alba alegre y risueña; las florecillas de los campos se descollaban y se

erguían, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los ríos que los esperaban. La tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales de que el día que á la aurora venía pisando las faldas, había de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de haber conseguido su intención tan discreta y felicemente, se volvieron á su castillo con presupuesto de segundar sus burlas, que para ellos no había veras que más gusto les diesen.

---

## CAPÍTULO XXXVI

Donde se cuenta la extraña y jamás imaginada aventura de la dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza.

Tenía un mayordomo el Duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlín, y acomodó todo el aparato para la aventura pasada, compuso los versos, é hizo que un paje hiciese á Dulcinea. Finalmente, con intervención de sus señores ordenó otra del más gracioso y extraño artificio que puede imaginarse.

Preguntó la Duquesa á Sanchò otro día si había comenzado la tarea de la penitencia que había de hacer por el desencanto de Dulcinea.

Díjole que sí, y que aquella noche se había dado cinco azotes.

Preguntóle la Duquesa que con qué se los había dado. Respondió que con la mano.

—Eso, respondió la Duquesa, más es darse de palmadas que de azotes; yo tengo para mí que el sabio Merlín no estará contento con tanta blandura. Menester será que el buen Sancho haga alguna disciplina de abrojos, ó de las de canelones, que se dejan sentir porque la letra con sangre entra<sup>1</sup>; y no se ha de dar tan bara-

<sup>1</sup> Refrán que da á entender el trabajo y fatiga que se necesita emplear para saber ó adelantar en alguna cosa. Por lo demás, la fea imagen que representa la ópinión dominante al tiempo de

ta la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea, por tan poco precio. Á lo que respondió Sancho:

—Déme vuestra señoría alguna disciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me due la demasiado; porque hago saber á vuesa merced, que aunque soy rústico, mis carnes tienen más de algodón que de esparto, y no será bien que yo me descrie <sup>1</sup> por el provecho ageno.

—Sea en buena hora, respondió la Duquesa: yo os daré mañana una disciplina que os venga muy al justo y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que respondió Sancho:

—Sepa vuestra alteza, señora mía de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi mujer Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido después que me aparté de ella; aquí la tengo en el seno, que no le falta más que ponerle el sobrescrito. Querría que vuestra discreción la leyese, porque me parece que va conforme á lo de gobernador, digo, al modo que han de escribir los gobernadores.

—Y ¿quién la notó? preguntó la Duquesa.

—¿Quién la había de notar sino yo ¡pecador de mí! respondió Sancho.

—¿Y escribístela vos? dijo la Duquesa.

—Ni por pienso, respondió Sancho; porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar.

su introducción en la lengua castellana sobre la necesidad de emplear en la instrucción de los niños el castigo de azotes, y que sacasen sangre; opinión que aun encuentra acogida en algunos dómínes y pedantes. CLEMENCÍN.

<sup>1</sup> Desmejorarse por desear o hacer con mucho ahinco alguna cosa.

—Veámosla, dijo la Duquesa, que á buen seguro que vos mostráis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio.

Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la Duquesa, vió que decía de esta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA Á TERESA PANZA SU MUJER.

«Si buenos azotes me daban bien caballero me iba, y si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mía, por ahora; otra vez lo sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche que es lo que hace al caso, porque todo otro andar es andar á gatas. Mujer de un gobernador eres, mira si te roerá nadie los zancajos. Ahí te envío un vestido verde de cazador, que me dió mi señora la Duquesa; acomódale de modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra hija. Don Quijote, mi amo, según he oído decir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sabio Merlín ha echado mano de mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo. Con tres mil y trescientos azotes, menos cinco que me he de dar, quedará desencantada. No dirás de esto nada á nadie, porque pon lo tuyo en concejo <sup>1</sup>, y unos dirán que es blanco y otros que es negro. De aquí á pocos días me partiré al gobierno, adonde voy con gran deseo de hacer dineros <sup>2</sup>, porque me han dicho que

1 Concejo es la reunión de los vecinos del pueblo.

2 En esto como en toda la carta deja ver Sancho su carácter compuesto de sandez y codicia.

todos los gobernadores nuevos van con este mismo deseo; tomaréle el pulso, y avisaréte si has de venir á estar conmigo ó no. El Rucio está bueno, y se te encomienda mucho, y no le pienso dejar aunque me llevarán á ser gran Turco <sup>1</sup>. La Duquesa mi señora te besa mil veces la manos; vuélvele el retorno con dos mil, que no hay cosa que menos cueste ni valga más barata, según dice mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos, como la de marras <sup>2</sup>; pero no te dé pena, Teresa mía, que en salvo está el que repica <sup>3</sup>, y todo saldrá en la colada del gobierno; sino que me ha dado gran pena que me dicen que si una vez le pruebo me tengo que comer las manos tras él; y si así fuere no me costaría muy barato, aunque los estropeados y mancos ya se tienen su calongía en la limosna que piden; así que, por una vía ó por otra, tú has de ser rica y de buenaventura. Dios te la dé, como puede, y á mí me guarde para servirte. De este castillo á 20 de Julio de 1614.»

Tu marido, el Gobernador

*Sancho Panza.*

En acabando la Duquesa de leer la carta, dijo á Sancho:

—En dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador: la una, en decir ó dar á entender que este

1 Gran Sultán.

2 Lo mismo que como la de antes. La voz árabe *marras* corresponde al adverbio latino *olim*, en otro tiempo.

3 Refrán en que se representa á los que en lo alto de las torres tocan las campanas á rebato, para excitar, ó mientras duran las asonadas y conmociones populares.

gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar sabiendo él (que no lo puede negar), que cuando el Duque mi señor se lo prometió no se soñaba haber azotes en el mundo; la otra es que se muestra muy codicioso; y no querría que orégano fuese <sup>1</sup>, porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada.

—Yo no lo digo por tanto, señora, respondió Sancho, y si á vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla y hacer otra nueva; y podría ser que fuese peor si me lo dejan á mi caletre.

—No, no, replicó la Duquesa, buena está esta; quiero que el Duque la vea.

Con esto se fueron á un jardín donde habían de comer aquel día. Mostró la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y después de alzados los manteles, y después de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversación de Sancho, á deshora se oyó el son tristísimo de un pífano y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente Don Quijote, que no cabía en su asiento de puro alborotado. De Sancho no hay que decir, sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio, que era el lado ó faldas de la Duquesa; porque real y verdaderamente el son que se escuchaba era tristísimo y melancólico. Y estando todos así suspensos, vieron entrar por el jardín adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido que les arrastraba por el suelo; estos venían tocando dos grandes

1 Alusión del refrán *quiera Dios que orégano sea y que no se nos vuelva algarabea*, con que suele manifestarse el recelo de que suceda lo contrario de lo que se expresa ó desea.

tambores, asimismo cubiertos de negro; á su lado venía el pífano negro y pizmiento como los demás. Seguía á los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido con una negrísima loba, cuya falda era asimismo desahogada de grande. Por encima de la loba lo ceñía y atravesaba un ancho tahalí, de quien pendía un desmesurado alfanje de guarniciones y vaina negra. Venía cubierto el rostro con un trasparente velo negro por quien se entreparecía una longuísima barba, blanca como la nieve. Movía el paso, al son de los tambores, con mucha gravedad y reposo<sup>1</sup>. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento, pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron.

Llegó, pues, con el espacio y prosopopeya<sup>2</sup> referida á hincarse de rodillas ante el Duque, que en pie con todos los demás que allí estaban le atendía. Pero el Duque no consintió que hablara hasta que se levantase. Hízolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pie, alzó el antifáz del rostro é hizo patente la más horrenda, la más larga, la más blanca y más poblada barba que hasta entonces humanos ojos habían visto; y luego desencajó y arrancó del pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el Duque, dijo:

—Altísimo y poderoso señor: á mí me llaman Trifal-

1 Bella y armoniosa expresión, que corresponde grandemente á la idea que representa. *Mover con reposo*: véase cómo con palabras usuales se pueden formar frases originales y nuevas que engalanan admirablemente el lenguaje. *Reposo*, no es aquí quietud, sino movimiento despacioso y sosegado. CLEMENCIN.

2 Palabra que en el estilo grave y sublime, tiene muy distinta significación que en el familiar y burlesco. Allí significa una figura retórica; aquí afectación de gravedad ceremoniosa y pausada.

dñ 1, el de la barba blanca; soy escudero de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la dueña Dolorida, de parte de la cual traigo á vuestra grandeza una embajada, y es, que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar y decirle su cuita, que es una de las más nuevas y más admirables que el más cuitado pensamiento del orbe puede haber pensado; y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamás vencido caballero Don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene á pie y sin desayunarse desde el reino de Candaya 2, hasta este vuestro estado; cosa que se puede y debe tener por milagro ó á fuerza de encantamento: ella queda á la puerta de esta fortaleza ó casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije.

Y tosió luego, manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del Duque, que fué:

—Ya, buen escudero Trifaldín de la blanca barba, ha muchos días que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la condesa de Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la dueña Dolorida. Bien podéis, estupendo escudero, decirle que éntre, y que aquí está el valiente caballero Don Quijote de la Mancha, de cuya condición generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda; y asimismo le podréis decir de mi parte, que si mi favor le fuere necesario no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á dársele el ser caballero, á quien es anejo y concerniente favorecer á to-

1 Nombre ridículo tomado, á imitación de las costumbres caballerescas, del de su señora la condesa Trifaldi.

2 Reino imaginario de que se hace mención en los libros de caballerías.

da suerte de mujeres, en especial á las dueñas viudas menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoría. Oyendo lo cual Trifaldín, inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífano y tambores señal que tocasen, al mismo son y al mismo paso que había entrado se volvió á salir del jardín dejando á todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el Duque á Don Quijote le dijo:

—En fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir la luz del valor y de la virtud. Digo esto, porque apenas ha seis días que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen á buscar de lueñas<sup>1</sup> y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino á pie y en ayunas, los tristes, los afligidos confiados de que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuittas y trabajos, merced á vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra.

—Quisiera yo, señor Duque, respondió Don Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro día mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo; tocara, por lo menos con la mano, que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas enormes no van á buscar su remedio á las casas de los letrados, ni á las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar ni al perezoso cortesano, que antes busca nuevas para refe-

1 Voz anticuada que significa lo mismo que *luengas y lejanas tierras*.

rirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban <sup>1</sup>. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se hallan mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desmán y trabajo que en este honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere; que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolución de mi animoso espíritu.

<sup>1</sup> Hablando Salustio de los romanos en su *De conjuratione Catilinae*, dice que no tuvieron los romanos tanta copia de escritores como los griegos, porque *prudentissimus quisque maxime negotiosus erat, ingenio nemo sine corpore exercebat; optimus quisque facere, quam dicere, sua ab aliis bene facta laudari, quam ipse aliorum narrare, malebat.*

## CAPÍTULO XXXVII

Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida.

En extremo se holgaron el Duque y la Duquesa de ver cuan bien iba respondiendo á su intención Don Quijote; y á esta sazón Sancho dijo:

—No quería yo que esta señora dueña pusiese algún tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he oído decir á un boticario toledano, que hablaba como un jilguero, que donde interviniesen dueñas, no podía suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y que mal estaba con ellas el tal boticario! De lo que yo saco que, pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes de cualquiera calidad y condición que sean, ¿qué serán las que sean doloridas, como han dicho que es esta condesa Tresfaldas ó Trescolas? que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas todo es uno.

—Calla, Sancho amigo, dijo Don Quijote, que pues esta señora, de tan lueñas tierras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenía en su número; cuanto más que esta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas, será sirviendo á reinas y á emperatrices, que en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas. Á lo que respondió doña Rodríguez que se halló presente:

—Dueñas tiene mi señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas si la fortuna quisiera; pero allá van las leyes do quieren reyes, y nadie diga mal

de las dueñas, y más de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda, y quien á nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano <sup>1</sup>.

—Con todo eso, respondió Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, según mi barbero, cuánto será mejor no menear el arroz, aunque se pegue <sup>2</sup>.

—Siempre los escuderos, respondió doña Rodriguez, son enemigos nuestros, que, como son duendes de antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles <sup>3</sup>, que mal que les pese, hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre y cubramos con un velo monjil nuestras delicadas ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en día de procesión. Á fe, que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender, no sólo á los presentes, sino á todo el mundo, cómo no hay virtud que no se encierre en una dueña.

—Yo creo, dijo la Duquesa, que mi buena doña Rodriguez tiene razón y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demás dueñas, para confundir la mala opinión de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. Á lo que repondió Sancho:

1 Esto es; los que hablan mal de las dueñas, teman no les llegue su vez de que se hable mal de ellos ó cosa semejante.

2 Alusión á la expresión familiar: *peor es meneallo*.

3 Llama *leños movibles* á los escuderos porque solían ser viejos y pesados.

—Después que tengo humos de gobernador, se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay un cabrahigo <sup>1</sup>.

Adelante pasaran con el coloquio dueñesco, si no oyeran que el pífano y los tambores volvían á sonar, por donde entendieron que lo dueña Dolorida entraba. Preguntó la Duquesa al Duque si sería bien ir á recibirla pues era condesa, y persona principal.

—Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho, antes que el Duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recibirla; pero por lo de la dueña, soy de parecer que no se muevan un paso.

—¿Quién te mete á tí en eso, Sancho? dijo Don Quijote.

—¿Quién, Señor, respondió Sancho; yo me meto, que puedo meterme, como escudero que he aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía, y en estas cosas, según he oído decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de más como por carta de menos; y al buen entendedor pocas palabras.

—Así es como dice Sancho, dijo el Duque; veremos el talle de la condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe.

En esto entraron los tambores y el pífano, como la vez primera. Y aquí con este breve capítulo dió fin el autor, y comenzó el otro <sup>2</sup>; siguiendo la misma aventura que es una de las más notables de la historia.

1 Expresión equivalente á *no se me da un bledo, un pito, etc.*

2 Debió decirse: *aquí dió fin el autor á este breve capítulo y comenzó el otro, etc.*; pues de lo contrario ¿á qué había dado fin el autor?

## CAPÍTULO XXXVIII

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la dueña Dolorida.

Detrás de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardín adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles <sup>1</sup> anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí <sup>2</sup>, tan luengas, que sólo el ribete del monjil descubrían. Tras ellas venía la condesa Trifaldi, á quien traía de la mano el escudero Trifaldín de la barba blanca, vestida de finísima y negra bayeta; la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes, asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres acutos <sup>3</sup> que las tres puntas formaban, por lo cual creyeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se debía de llamar la *Condesa Trifaldi*, como si dijéramos la *Condesa de las Tres faldas*, y así dice Benengeli que fué verdad, y que su propio apellido se llama la *Condesa Lobuna*, á causa de que se criaban en su condado muchos lobos; y que si, como eran lobos fuesen zorras, la llamaran la *Condesa Zorruna*, por ser costumbre de aquellas partes tomar los señores le denomi-

1 Túnica propia de monja.

2 Una especie de lienzo fino que estaba más en uso antes que se generalizara el percal.

3 Palabra latina por *agudos*.

nación de sus nombres de la cosa ó cosas en que más sus estados abundan; empero esta Condesa, por favorecer la novedad de su falda, dejó el *Lobuna* y tomó el *Trifaldi*.

Venían las doce dueñas y la señora á paso de procesión, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de Trifaldín, sino tan apretados que ninguna cosa se traslucía. Así como acabó de parecer el dueñesco escuadrón, el Duque, la Duquesa y Don Quijote se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procesión miraban. Pasaron las doce dueñas é hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó, sin dejarla de la mano Trifaldín. Viendo lo cual el Duque, la Duquesa y Don Quijote, se adelantaron obra de doce pasos á recibirla.

Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo:

—Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado... digo á esta su criada; porque, según soy de dolorida <sup>1</sup>, no acertaré á responder <sup>2</sup> á lo que debo, á causa que mi extraña y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé á donde; y debe de ser muy lejos, pues cuánto más le busco menos le hallo.

—Sin él estaría, respondió el Duque, señora Condesa, el que no descubriese vuestra persona por vuestro valor, el cual, sin más ver, es merecedor de toda la nata cortesía, y de toda la flor de las bien criadas cere-

1 Por *según estoy*. En efecto, el verbo *ser* atribuye una cualidad á la persona, mas el verbo *estar* indica la situación actual de la misma, y esta es lo que más hubo de querer expresar Cervantes. CLEMENCÍN.

2 *Responder* aquí no es *contestar* ó *preguntar*.

monias: y levantándola de la mano la llevó á asentar en una silla junto á la Duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible hasta que de su grado y voluntad se descubrieron.

Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quien le había de romper, y fué la dueña Dolorida con estas palabras:

—Confiada estoy, señor poderosísimo, ilustrísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerorísimos pechos acogimiento, no menos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal que es bastante á enternecer los mármoles, y á ablandar los diamantes y á molificar los aceros de los más endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga á la plaza de vuestros oídos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabedora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero Don Quijote de la Manchísima y su escuderísimo Panza. El Panza, antes que otro respondiese, dijo:

—Sancho, aquí está, y el Don Quijotísimo asimismo; y así, podréis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis, que todos estamos prontos y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos.

En esto se levantó Don Quijote, y encaminando sus razones á la Dolorida dueña, dijo:

—Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algún valor ó fuerzas de algún andante caballero, aquí están las mías, que aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy Don Quijote de la Mancha,

cuyo asunto <sup>1</sup> es acudir á toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no habéis menester, señora, captar benevolencias ni buscar preámbulos sino á la llana y sin rodeos decir vuestros males, que oídos os escuchan que sabrán, sino remediarlos, dolerse de ellos.

Oyendo lo cual la Dolorida dueña, hizo señal de querer arrojarle á los pies de Don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decía:

—Ante estos pies y piernas me arrojó, oh caballero invicto, por ser lo que son basas y columnas de la andante caballería. Estos pies quiero besar de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡Oh valeroso andante, cuyas verdaderas hazañas dejan atrás y oscurecen las fabulosas de los Amadisés, Esplandianes y Belianises!

Y dejando á Don Quijote, se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos, le dijo:

—¡Oh tú, el más leal escudero que jamás sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, más luengo en bondad que la barba de Trifaldín, mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte que en servir al gran Don Quijote, sirves en cifra á toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote, por lo que debes á tu bondad fidelísima, me seas buen intercesor con tu dueño, para que luego favorezca á esta humildísima y desdichadísima condesa. Á lo que respondió Sancho:

—De que sea mi bondad, señora mía tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi

<sup>1</sup> Oficio, profesión.

alma cuando de esta vida vaya, que es lo que importa; que de las barbas de acá poco ó nada me curo; pero sin esas socaliñas y plegarias, yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y más ahora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere. Vuesa merced desembaúle su cuita y cuéntenosla, y deje hacer; que todos nos entenderemos.

Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que habían tomado el pulso á tal aventura y alababan entre sí la agudeza y disimulación de la Trifaldi, la cual, volviéndose á sentar dijo:

—Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más allá del cabo Comorín, fué señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron á la infanta Antonomasia, heredera del reino; la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo días y viniendo días la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, tan discreta como bella, y era la más bella del mundo, y lo es, si ya los hados envidiosos y las parcas<sup>1</sup> endurecidas no la han cortado la estambre de la vida. Pero no habrán; que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la

1 Las Parcas eran divinidades infernales. Presidían al nacimiento y vida de los hombres, y eran tres, Cloto, Lachesis y Atropos. Cloto, la más joven de las tres, presidía al nacimiento del hombre y tenía una rueca en la mano. Lachesis hilaba los días de la vida, y Atropos la mayor de las tres hermanas, cortaba con las tijeras el hilo de la vida, de donde vino el:

*Cloto colum retinet, Lachesis net, Atropos occat.*

tierra, como sería llevarse en agraz el racimo del más hermoso veduño del suelo. Prendóse de ella un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales un caballero particular, que en la corte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio; porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacía hablar, y más que era poeta y gran bailarín, y sabía hacer una jaula de pájaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad; que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire, y todas sus gracias y habilidades fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladrón desuellacaras no usara del remedio de rendirme á mí primero. Lo que me hizo postrar y dar conmigo por el suelo, fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caía á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo decían:

De la dulce mi enemiga  
Nace un mal que al alma hiere  
Y por más tormento quiere,  
Que se sienta y no se diga <sup>1</sup>.

Parecióme la trova de perlas, y su voz de almibar, y

1 Traducción de una copla italiana de Serafín Aquilano, que dice:

*Dalla dolce mia nemica  
Nasce un duol ch'esser non suole;  
E per piú tormento vuole  
Che si senta e non si dica.*

después acá (digo desde entonces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos) he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habían de desterrar los poetas, como aconsejaba Platón, á lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del marqués de Mantua, que entretienen y hacen llorar á los niños y á las mujeres, sino unas agudezas que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida  
Que no te sienta venir,  
Porque el placer del morir  
No me torne á dar la vida.

Y de este jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. Pués ¡qué, cuando se humillan á componer un género de verso que en Candaya se usaba entonces, á quien ellos llamaban seguidillas! Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores míos, que los tales trovadores, con justo título los debían desterrar á las islas de los lagartos <sup>1</sup>. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban y las bobas que los creen; y si yo fuera la buena dueña que debía, no me habían de mover sus trasnochados conceptos, ni había de creer ser verdad aquel decir: *vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quédome*, con otros imposibles de esta ralea, de que están sus escritos llenos. Pues ¡qué, cuando pro-

<sup>1</sup> Se dice de las islas deshabitadas y desiertas.

meten el Fénix de Arabia, la corona de Ariadna <sup>1</sup>, los caballos del Sol, del Sur las perlas, de Tíbar el oro, y de Pancaya <sup>2</sup> el bálsamo? Aquí es donde ellos alargan más la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan ni pueden cumplir.

Pero ¿dónde me divierto <sup>3</sup>? ¡Ay de mí desdichada! ¿Qué locura ó qué desatino me lleva á contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mías! ¡Ay de mí, otra vez, sin ventura! que no me rindieron los versos, ni me ablandaron las músicas, sino mi simplicidad; mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de Don Clavijo, que este es el nombre del referido caballero.

Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser Don Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino.

1 Nombre de una constelación en que fué convertida Ariadna.

2 Región de la Arabia Feliz, célebre por los aromas que produce, de quien cantó Virgilio en el 11 libro de las Geórgicas:

*Totaque thuriferis Panchaia pinguis arenis.*

3 Divertirse no significa recrearse, sino apartarse del primer propósito.

## CAPÍTULO XXXIX

Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia.

El matrimonio se hizo, pero con tanto disgusto de la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que dentro de tres días la enterramos.

—Debió de morir sin duda, dijo Sancho.

—Claro está, respondió Trifaldín, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas.

—Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado creyendo ser muerto; y parecíame á mí que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse antes que á morir; que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la Infanta que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algún paje suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, según he oído decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentil hombre y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad, que, aunque fué necedad, no fué tan grande como se piensa; porque según las reglas de mi señor, que está presente, y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los obispos, se pueden hacer de los caballeros (y más si son andantes) los reyes y los emperadores.

—Razón tienes, Sancho, dijo Don Quijote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura

está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida que á mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo de esta hasta aquí dulce historia.

—Y ¡cómo si queda lo amargo! respondió la Condesa; ¡y tan amargo que en su comparación son dulces las tueras <sup>1</sup>, y sabrosas las adelfas <sup>2</sup>!

Muerta, pues, la Reina, y no desmayada, la enterramos; y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el último vale, cuando *¿quis talia fando* <sup>3</sup> *temperet a lacrymis?* puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la Reina el gigante Malambruno, primo cormano <sup>4</sup> de Maguncia, que, junto con ser cruel, era encantador; el cual, con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de Don Clavijo, y por despecho de la demasía de Antonomasia, los dejó encantados sobre la

1 Tuera es el fruto de la coloquintida, calabacilla sumamente amarga.

2 Arbusto hermoso, con hojas semejantes á las del laurel y flores de color de rosa. Es mortífero para algunos animales.

3 Pasaje del libro II. de la Eneida, en que Virgilio dice:

*Quis talia fando*

Mirmidonum, Dolopumve, aut duri miles Ulixis  
*Temperet a lacrymis?...*

Que D. Tomás de Iriarte tradujo en estos versos:

¿Pues qué soldado habrá del duro Ulises  
Qué Mirmidon ó Dólope que pueda,  
Al recordarlas contener el llanto?

Y el poeta Neogradradino lo traduce en estos otros:

Mas ¿quién, ya que scenaz de Ulises fuera,  
Si á tan largo dolor velos levanto,  
Qué Mirmidon, qué Dólope lo oyera  
Sin dar, á su pesar, tributo en llanto?

4 Lo mismo que primo hermano.

misma sepultura: á ella convertida en una jimia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido; y entre los dos está un padrón, así mismo de metal, y en él escritas en lengua siríaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en castellana, encierran esta sentencia: *No cobrarán ambos su primera forma, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo á las manos en singular batalla; que para sólo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura.*

Hecho esto, sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje; y asiéndome á mí por los cabellos hizo finta <sup>1</sup> de querer segarme la gola <sup>2</sup> y cortarme á cercén la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, <sup>3</sup> quedé mohína en todo extremo; pero con todo me esforcé lo más que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecución de tan riguroso castigo. Finalmente hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron estas que están presentes; y después de haber exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando á todas la culpa que yo sola tenía, dijo que no quería con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas que nos diesen una muerte civil y continúa; y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas que se nos abrían los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de

1 Italianismo, por aparentó, fingió, hizo ademán.

2 *Segar* del latín, *secare*, cortar. *Gola*, voz italiana, es lo mismo que cuello.

3 Alusión á los salmos: 76. *Turbatus sum, et non sum locutus y 21 et lingua mea adhaesit faucibus meis.*

agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis.

Y luego la Dolorida y las demás dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venían, y descubrieron los rostros, todos poblados de barbas, cuales rubias, cuales negras, cuales blancas y cuales albarrazadas <sup>1</sup>, de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados Don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes. Y la Trifaldi prosiguió:

—De esta manera nos castigó aquel follón y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza de estas cerdas; que ¡pluguiera al cielo que antes con su desmesurado alfanje nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre! porque, si entramos en cuenta, señores míos (y esto que voy á decir ahora, lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideración de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos como artistas; y así, lo diré sin lágrimas); digo, pues, que ¿adónde podrá ir una dueña con barbas? ¿Qué padre ó qué madre se dolerá de ella? ¿Quién la dará ayuda? Pues aun cuando tiene la tez lisa, y el rostro martirizado con mil suertes de menjurjes y mudas, apenas halla quien bien la quiera, ¿qué hará cuando descubra hecho un bosque su rostro? ¡Oh dueñas y compañeras mías! en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron; y diciendo esto, dió muestras de desmayarse.

1 Blanquecinas.

## CAPÍTULO XL

De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia.

Real y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como ésta, deben mostrarse agradecidos á Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas <sup>1</sup> de ella, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas <sup>2</sup>, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celebérrimo! ¡oh Don Quijote dichoso! ¡oh Dulcinea famosa! ¡oh Sancho Panza gracioso! Todos juntos, y cada uno por sí, viváis siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice, pues, la historia, que así como Sancho vió desmayada á la Dolorida, dijo:

—Á fe que jamás he oído ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. ¡Válgame Barrabás, por no malde-

<sup>1</sup> Voz tomada de la música, y son en ella unas notas que ocupan en el compás unos espacios muy pequeños, como el mismo nombre lo da á entender. Aquí es lo mismo que: *las particularidades más menudas*.

<sup>2</sup> Se sobreentiende *preguntas*, porque esto es á lo que se responde. Este período es un modelo de lenguaje rápido y nervioso.

cirte, por encantador y gigante Malambruno! y ¿no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras sino el barbarlas? ¿Cómo! y ¿no fuera mejor, y á ellas les estuviera más á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio arriba aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape.

—Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos; y así hemos tomado algunas de nosotras por medio ahorrativo de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra; que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello, y á pulir las cejas, y hacer otros menurjes tocantes á mujeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamás quisimos admitirlas; y si por el señor Don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura.

—Yo me pelaría las mías, dijo Don Quijote, en tierra de moros <sup>1</sup>, si no remediase las vuestras.

Á este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo:

—El retintín de esta promesa, valeroso caballero en medio de mi desmayo llegó á mis oídos, y ha sido parte para que yo de él vuelva y cobre todos mis sentidos; y así de nuevo os suplico, andante ínclito, y señor indomable, que vuestra graciosa promesa se convierta en obra.

<sup>1</sup> Haedo en su *Topografía* escribe respecto á esto lo siguiente: *Muchos moros se dejan crecer las barbas, y dan por razón que rapar la barba es de ganapanes y bellacos, y lo mismo dicen del que no trae turbante.*

—Por mí no quedará, respondió Don Quijote: ved, señora, qué es lo que tengo que hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros.

—Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos más ó menos; pero si se va por el aire y por línea recta, hay tres mil y doscientas y veintisiete. Es también de saber que Malambruno me dijo que cuando la suerte me depárase al caballero nuestro libertador, que él le enviaría una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno; porque ha de ser aquel mismo caballo de madera, sobre quien llevó el valeroso Pierres á Magalona; el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal caballo, según es tradición antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlín. Prestósele á Pierres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y llevó, como se ha dicho á Magalona á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban; y no le prestaba sino á quien él quería, ó mejor se lo pagaba; y desde el gran Pierres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes y le tiene en su poder, y se sirve de él en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo; y hoy está aquí, y mañana en Francia, y otro día en Potosí; y es lo bueno que el tal caballo ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante<sup>1</sup> por los aires sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que

1 Esto es paso menudo y apresurado.

se derrame gota, según camina llano y reposado; por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él. Á esto dijo Sancho:

—Para andar reposado y llano mi Rucio, puesto que no anda por los aires; pero por la tierra, yo le cutiré <sup>1</sup> con cuantos portantes hay en el mundo.

Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió:

—Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia; porque él me significó que la señal que me daría, por donde yo entendiese que había hallado el caballero que buscaba, sería enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza.

—¿Y cuántos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió:

—Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas; y, por la mayor parte, estas tales dos personas son caballero y escudero.

—Querría yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, qué nombre tiene ese caballo.

—El nombre, respondió la Dolorida, no ès como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso; ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo; ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro; ni menos Bayarte, que fué el de Reinaldos de Montalbán; ni Frontino, como el de Rugero; ni Boótes, ni Peritoa <sup>2</sup>

<sup>1</sup> Lo mismo que yo le domaré. *Curtir* es golpear una cosa con otra, y también combatir, pelear ó contender con otra.

<sup>2</sup> Los cuatro caballos del Sol se llaman en los Metamorfoseos de Ovidio *Pireis*, *Eoo*, *Etonte*, y *Flegonte*.

como dicen que se llaman los del sol; ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los Godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino <sup>1</sup>.

—Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno de esos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el del de mi amo, Rocinante, que en ser propio <sup>2</sup> escede á todos los que se han nombrado.

—Así es, respondió la barbada Condesa; pero todavía le cuadra mucho, porque se llama *Clavileño el Alígero*, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente y con la ligereza con que camina; y así en cuanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante.

—No me descontenta el nombre, replicó Sancho;

*Solis equi, quartusque Phlegon hinnitibus auras  
Flammiferis implent, pedibusque, repagula pulsant.*

Los nombra también el Dr. Villaviciosa en su *Mosquea*, cuando describe la furibunda batalla de las moscas contra las hormigas. Pinta la venida de la noche:

Ya al galope Flegón, Eoo y Etonte  
Y el rígido Piroo bajan las frentes,  
Y del línico mar el horizonte  
Dejan, y en triste luto á los vivientes.

Los dos primeros son los que nombra Cervantes; pero como los citaba de memoria, desfiguró los nombres de *Eoo* y *Pireis*, equivocándolos con *Bootes*, nombre de una constelación, *Peritoo* ó *Piritoo*, amigo de Teseo y compañero de sus aventuras. CLEMENCIN.

4 En algunos de nuestros romances antiguos se supone que D. Rodrigo no murió en la batalla, y sí que huyó con su caballo Orelia, hasta que cayendo este muerto de cansancio, siguió el Rey su fuga á pie por montañas y países desconocidos.

2 Por lo que Rocinante tenía de Rocín.

pero, ¿con qué freno ó con qué jáquima <sup>1</sup> se gobierna?

—Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que volviéndola á una parte ó á otra, el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las ocasiones bien ordenadas.

—Ya lo quería ver, respondió Sancho, pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla, ni en las ancas, es pedir peras al olmo. ¡Bueno es que apenas puedo tenerme en mi Rucio y sobre una albarda más blanda que la misma seda, y querrían ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cogín ni almohada alguna! pardiez, yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie. Cada cual se rape como más le viniere á cuento; que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuanto más que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento de estas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea.

—Sí sois, amigo, respondió la Trifaldi; y tanto que vuestra presencia entiendo que no haremos nada.

—¡Aquí del Rey! dijo Sancho: ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hánse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mí! Aun si dijese los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura pero con ayuda de don Fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla; pero que escriban á secas: don Paralipómenon de las Tres

<sup>1</sup> Cabestro ó cabezada de cuerda con que se sujetan las cabalgaduras.

Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga; que yo me quedaré aquí en compañía de la Duquesa mi señora, y podría ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo <sup>1</sup>.

—Con todo eso <sup>2</sup>, le habéis de acompañar si fuera necesario, Sancho, porqué os lo rogarán buenos; que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros de estas señoras, que cierto sería mal caso.

—¡Aquí del Rey otra vez! replicó Sancho. Cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo; pero ¿qué lo sufra por quitar las barbas á dueñas! ¡Mal año! Más que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la más melindrosa hasta la más repulgada.

—Mal estáis con las dueñas, Sancho amigo, dijo la Duquesa; mucho os vais tras la opinión del boticario toledano. Pues á fe que no tenéis razón, que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas; que aquí está mi doña Rodríguez que no me dejará decir otra cosa.

—Mas que la diga vuestra excelencia, dijo la Rodrí-

1 Frase metafórica que se dice del que no es afortunado y nunca logra tener lo que necesita, saliéndole mal cuanto intenta.

2 Aunque aquí no se dice quien dirige estas palabras á Sancho, facilmente se comprende que debió ser la Duquesa.

guez; que Dios sabe la verdad de todo; y buenas ó malas, barbadas ó lampiñas que seamos las dueñas, pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadie.

—Ahora bien, señora Rodríguez, dijo Don Quijote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas; que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno; que yo sé que no habría navaja que con más facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparía á los hombros la cabeza de Malambruno; que Dios sufre á los malos, pero no para siempre.

—¡Ah! dijo á esta sazón la Dolorida; con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperado y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos y socaliñado de pajes. ¡Desdichadas de nosotras las dueñas! que aunque vengamos por línea recta de varón en varón del mismo Héctor el Troyano <sup>1</sup> no dejarán de echarnos un *vos* <sup>2</sup> nuestras señoras, si pensasen por ello

1 El mayor de los hijos de Príamo, último rey de Troya. Fué el más valiente de los defensores de Troya. Mató á Patroclo, y fué muerto por Aquiles, quien arrastró su cadaver al rededor de las murallas de Troya, y se lo entregó después á Príamo, cuyas lágrimas le conmovieron.

2 El *vos* sustancialmente es el tratamiento de *tú*, porque *vos* es el mismo pronombre *tú* en plural. Este tratamiento venía á ser un medio entre el *tú* y el *vuestra merced*. Entonces, como ahora, el *tú* denotaba, ó una gran superioridad en quien lo daba, como cuando se dirigía á criados ó á personas de baja esfera, como Don Quijote á Sancho, ó indica también superioridad y cariño,

ser reinas. ¡Oh gigante Malambruno, que aunque eres encantador eres certísimo en tus promesas! envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe; que si entra el calor y estas nuestras barbas duran, ¡guay de nuestra ventura!

Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y propuso en su corazón de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

como de padres á hijos, ó sólo cariño y gran familiaridad, como entre hermanos y amigos.

---

## CAPÍTULO XLI

De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura.

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese cuya tardanza fatigaba ya á Don Quijote, pareciéndole que, pues Malambruno se detenía en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí, cuando á deshora <sup>1</sup> entraron por el jardín cuatro salvajes vestidos todos de verde hiedra, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera.

Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvajes dijo:

—Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello. Aquí dijo Sancho:

—Yo no subo, porque no tengo ánimo; ni soy caballero. Y el salvaje prosiguió diciendo:

—Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno; que si no fuese de su espada, de ninguna otra ni de otra malicia será ofendido; y no hay más que torcer esta clavija que sobre el cuello <sup>2</sup> trae puesta el caballo que él los lle-

1 *A deshora* no quiere decir aquí pasada gran parte de la noche, sino *imprevistamente cuando menos se espera*.

2 Cervantes ha dicho varias veces que Clavileño tenía la *clavija en la frente*, pero aquí la pone en el lugar más acomodado para el jinete.

vará por los aires, adonde les atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje.

Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habían venido.

La Dolorida, así como vió el caballo, casi con lágrimas, dijo á Don Quijote:

—Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas; el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras, y con cada pelo de ellas, te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más sino en que subas en él con tu escudero, y dés felice principio á vuestro nuevo viaje.

—Eso haré yo, señora Condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cogín ni calzarme espuelas por no detenerme; tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora y á todas esas dueñas rasas y mondas.

—Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires. Y ¿qué dirán mis insulanos, cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos! Y otra cosa más, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa, ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya no habrá ínsula ni ínsulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comunmente que en la tardan-

za va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas de estas señoras; que bien se está San Pedro en Roma: quiero decir, que bien me estoy en esta casa donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero, como es verme gobernador. Á lo que el Duque dijo:

—Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movable y fugitiva; raíces tiene tan hondas echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones; y pues vos sabéis, y sé yo que no hay ningún género de oficio de estos de mayor cuantía, que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cual más, cual menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais <sup>1</sup> con vuestro señor Don Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura; que ahora volváis sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ahora la contraria fortuna os traiga y vuelva á pie hecho romero, de mesón en mesón y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra ínsula donde la dejéis, y á vuestros insulanos con el mismo deseo de recibiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho; que sería hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo.

—No más, señor, dijo Sancho; yo soy un pobre escudero y no puedo llevar á costas tantas cortesías. Suba mi amo tápenme los ojos, y encomiéndeme á Dios, y avísenme si cuando vamos por esas altanerías, podré

<sup>1</sup> Abreviatura ó síncope de *vayáis* y así se encuentra usado en nuestros antiguos escritores.

encomendarme á Nuestro Señor ó invocar los ángeles, que me favorezcan. A lo que respondió la Trifaldi:

—Sancho, bien podéis encomendaros á Dios ó á quien quisiéredes; que Malambruno aunque es encantador es cristiano, y hace sus encantamientos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.

—Ea, pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta.

—Desde la memorable aventura de los batanes, dijo Don Quijote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero, como otros, su pusilaminidad me hiciera algunas cosquillas en él ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia de estos señores os quiero hablar á parte dos palabras. Y apartando á Sancho entre unos árboles del jardín y asiéndole ambas manos, le dijo:

—Ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y sabe Dios cuando volveremos de él, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así querría que ahora te retirases en tu aposento como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en una daca las pajas te dices á buena cuenta de los tres mil y trescientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.

—¡Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado! Ahora, que tengo que ir sentado en una tabla rasa, ¿quiere vuesa merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad, que no tiene vuesa merced razón. Vamos ahora á rapar estas dueñas; que á la vuelta yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligación, que vuesa

merced se contente; y no le digo más. Y Don Quijote respondió:

—Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás; porque, en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.

—No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra.

Y con esto se volvieron para subir en Clavileño, y al subir dijo Don Quijote:

—Tapaos, Sancho, y subid; que quien de tan lueñas tierras envía por nosotros, no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien de él se fía; y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna.

—Vamos, señor, dijo Sancho, que las barbas y lágrimas de estas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced y tápese primero; que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero suba el de la silla.

—Así es la verdad, replicó Don Quijote, y sacando un pañuelo de la faltriquera, pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos; y habiéndoselos cubierto, se volvió á descubrir, y dijo:

—Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron á la Diosa Palas, el cual iba lleno de caballeros armados, que después fueron la total ruina de Troya; y así será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.

† El caballo de Troya era de madera y de una desmesurada grandeza. Lo construyeron los griegos delante de esta ciudad,

—No hay para qué, dijo la Dolorida, que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor. Vuesa merced, señor Don Quijote, suba sin pavor alguno, y á mi daño si alguno le sucediere!

Parecióle á Don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad sería poner en detrimento su valentía; y así sin más altercar subió sobre Clavileño y le tentó la clavija, que facilmente se rodeaba; y como no tenía estribos, y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco pintada ó tejida en

y presentaron como un voto hecho á Minerva á la que suponían haber ofendido con el robo del Paladión. Los Troyanos, demasiado crédulos, no tuvieron inconveniente en introducir esta máquina en su ciudad, y á pesar de aconsejarles lo contrario, y aun que le quemasen, Laoconte, sacerdote de Neptuno, y Casandra hija de Príamo, lo colocaron en la ciudadela donde estaba el templo de aquella diosa. Los griegos que habían fingido reembarcarse para su patria, encerraron en este gran caballo la flor de sus héroes, los que aprovechando la ocasión salieron de su encierro, y facilitaron por medio de este ardid que pudiesen apoderarse de una ciudad que en vano habían sitiado por espacio de diez años. He aquí los versos de Virgilio á que se refiere Don Quijote

.....Fracti bello, fatisque repulsi  
 Ductores Danaúm, tot jam labentibus annis,  
 Instar montis equum divina Palladis arte  
 Aedificant, sectaque intexunt abiete costas.  
 Votum pro reditu simulant; ea fama vagatur.  
 Huc delecta virum sortiti corpora furtim  
 Includunt coeco lateri, penitusque cavernas  
 Ingentis utrumque armato milite complent.

Versos que D. Miguel Antonio Caro tradujo en las dos octavas siguientes:

Yacían con el cerco prolongado  
 Rotos los jefes de la hueste aquea,  
 Maltrechos siempre del adverso hado:  
 Cuando Minerva en su favor emplea

algún romano triunfo <sup>1</sup>. De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho; y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al Duque que si fuese posible le acomodasen de algún cojín, ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa, ó del lecho de algún paje, porque las ancas de aquel caballo más parecían de mármol que de leño.

A esto dijo la Trifaldi que ningún jaez ni ningún género de adorno sufría sobre sí Clavileño; que lo que podía hacer era, ponerse á mujeriegas, y que así no sentiría tanto la dureza.

Hízolo así Sancho, y diciendo á Dios, se dejó vendar los ojos, y ya después de vendados, se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardín tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo Don Quijote:

Artificio sagaz. Por su mandado  
 Hueca mole fabrican gigantea  
 Que gran caballo al paracer figura,  
 De recia tablazón y contextura.

Simulan y propalan que se eleva  
 Por voto á Palas hecho, de tranquilo  
 viaje en demanda: por doquier la nueva  
 Mentirosa se esparce; y en sigilo,  
 Echadas suertes entre gente á prueba,  
 Á ocupar suben el oscuro asilo  
 Del vasto seno y cóncavos cortados  
 Provistos de sus armas los llamados.

1 En efecto, los antiguos no conocieron el uso de los estribos para montar á caballo, como se ve por las estatuas, relieves y modelos que nos quedan. Esta invención de tanta seguridad y conveniencia para los jinetes, se debe á la edad media.

—Ladrón, ¿estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino á ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy á tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que tienes, á lo menos en presencia mía.

—Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende á Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna legión de diablos, que den con nosotros en Peralvillo?

Cubriéronle, y sintiendo Don Quijote que estaba como había de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella, cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces diciendo:

—¡Dios te gué, valeroso caballero! ¡Dios sea contigo, escudero intrépido! Ya, ya vais por esos aires rompiéndolos con más velocidad que una saeta, ya comenzáis á suspender y admirar á cuantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas; mira no caigas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del Sol, su padre <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Este fué Faetón, quién pidió al Sol, su padre, que por un día le dejase gobernar su carro. Apolo ó el Sol, hizo en vano cuanto pudo para disuadirle de aquel intento; hasta que al fin le confió el carro, bien que con mucha repugnancia, después de haberle dado las instrucciones necesarias. Al instante que estuvo sobre el horizonte, no conociendo los caballos la mano de su nuevo conductor, se desbocaron, de manera que acercándose demasia-

Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñéndole con los brazos, le dijo:

—Señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces y no parece sino que están aquí hablando junto á nosotros?

—No repares en eso, Sancho; que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres; y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas; que osaré jurar que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo; que la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa.

—Así es verdad, respondió Sancho, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando; y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque y la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que le dejase de hacer perfecta.

Sintiéndose, pues, soplar Don Quijote dijo:

—Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos llegar á la segunda región del aire, á donde se engendra el granizo <sup>1</sup> y las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región; y si es que de

do á la tierra todo se abrasaba por el ardor del Sol, y alejándose de ella todo parecia de frío. No halló Júpiter otro remedio para remediar aquel desorden que arrojar un rayo á Factón quien cayó en un río de Italia.

<sup>1</sup> Los conocimientos físicos en la época de Cervantes, estaban muy atrasados, así no debe extrañar que Don Quijote hablara de dichos fenómenos en los términos que lo hace.

esta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego; y no sé yo como templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos.

En esto con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho que sintió el calor, dijo:

—Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme, y ver en que parte estamos.

—No hagas tal, respondió Don Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire caballero en una caña, cerrados los ojos; y en doce horas llegó á Roma y se apeó en torre de Nona <sup>1</sup>, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbón <sup>2</sup>; y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse. Así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos; que el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros; y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó neblí sobre la garza, para cogerla por más que se remonte; y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardín, créeme que debemos de haber hecho gran camino.

<sup>1</sup> Nombre de una cárcel de Roma.

<sup>2</sup> En la toma de Roma por los imperiales.

—No sé lo que es, respondió Sancho Panza, sólo sé decir que si la señora Magallanes ó Magalona se contentó de estas ancas, que no debía de ser muy tierna de carnes.

Todas estas pláticas de los dos valientes oían el Duque y la Duquesa y los del jardín, de que recibían extraordinario contento; y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruído, y dió antes con Don Quijote y con Sancho Panza en el suelo, medio chamuscados.

En este tiempo ya se había desaparecido del jardín todo el barbado escuadrón de las dueñas, y la Trifaldi y todo, y los del jardín quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron mal trechos; y mirando á todas partes quedaron atónitos de verse en el mismo jardín de donde habían partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente, y creció más su admiración, cuando, á un lado del jardín, vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente de ella y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

*El ínclito caballero Don Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, y compañía, con sólo intentarla. Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes Clavijo y Antonomasia en su pristino estado; y cuando se cumpliere el escuderil vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos grifaltes*

*que la persiguen, que así está ordenado por el sabio Merlin, protoencantador de los encantadores.*

Habiendo, pues, Don Quijote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran hecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecían, se fué adonde el Duque y la Duquesa aún no habían vuelto en sí, y trabando de la mano al Duque, le dijo:

—Ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada, aventura es ya acabada sin daño de barras; como lo muestra claro el escrito que en aquel padrón está puesto.

El Duque, poco á poco y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que por el jardín estaban caídos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podía dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas <sup>1</sup>. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á Don Quijote, diciéndole ser el más buen caballero que en ningún siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver que rostro tenía sin las barbas; pero dijeronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadrón de las dueñas, con la Trifaldi, había desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones.

Preguntó la Duquesa á Sancho que cómo le había ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió:

1 Bello ejemplo de contraposición.

—Yo, señora, sentí que íbamos, según mi señor me dijo, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso y de desear saber lo que se me estorba é impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres, que andaban sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea cuán altos debíamos de ir entonces. A esto dijo la Duquesa:

—Sancho amigo, mirad lo que decís; que á lo que parece vos no vésteis la tierra sino los hombres que andaban sobre ella, y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.

—Así es verdad, respondió Sancho; pero con eso me descubrí por un ladito y la ví toda.

—Mirad, Sancho, dijo la Duquesa, que por un ladito no se vé el todo de lo que se mira.

—Yo no sé esas miradas, replicó Sancho; sólo sé que será bien que vuestra señoría entienda que, pues volábamos por encantamento, que por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creerá vuesa merced cómo, descubriéndome por junto á las cejas, me ví tan junto al cielo, que no había de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo afirmar, señora mía, que es muy grande además. Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabri-

llas <sup>1</sup>, y en Dios y en mi ánima, que como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las ví me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, que sino la cumpliera, me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo, ¿y qué hago? Sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como alelís y como unas flores, casi tres cuartos de hora; y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante.

—Y en tanto que Sancho se entretenía con las cabras, preguntó el Duque, ¿en qué se entretenía el señor Don Quijote? A lo que Don Quijote respondió:

—Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice. De mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni ví el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad, que sentí que pasaba por la región del aire, y aún que tocaba á la del fuego; pero que pasamos de allí no lo puedo creer; pues estando la región del fuego entre el cielo y la luna y la última región del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas, que Sancho dice, sin abrasarnos; y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña.

—Ni miento, ni sueño, respondió Sancho; si no, pregunténme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no.

1 Constelación formada de siete estrellas que se hallan juntas en el signo de Tauro, y en que, según la fábula, fueron transformadas las siete hijas de Atlante, por haber querido su padre descubrir los secretos de los dioses. En esta descripción de las siete cabrillas por Sancho, zahiere Cervantes, según Ríos, la aventura que cuenta Ariosto de Astolfo, cuando fué este á la luna sobre su hipógrifo.

—Dígalas, pues Sancho, dijo la Duquesa.

—Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules y la una de mezcla.

—Nueva manera de cabras es esa, dijo el Duque, y por esta nuestra región del suelo no se usan tales colores, digo, cabras de tales colores.

—Bien claro está eso, dijo Sancho; sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo.

No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba sin haberse movido del jardín. En resolución, este fué el fin de la aventura de la dueña Dolorida, que dió que reir á los Duques, no sólo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar á Sancho siglos, si los viviera; y llegándose Don Quijote á Sancho al oído le dijo:

—Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis á mí lo que ví en la cueva de Montesinos, y no os digo más.

---

## CAPÍTULO XLII .

De los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la insula, con otras cosas bien consideradas.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida, quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sugeto que tenían para que se tuviesen por veras; y así habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro día, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el Duque á Sancho que se adeliñase <sup>1</sup> y compusiese para ir á ser gobernador; que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo <sup>2</sup>. Sancho se le humilló y le dijo:

—Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador, porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó qué dignidad ó imperio gobernar á media docena de hombres tamaños como

1 Verbo anticuado por *aliñarse*.

2 Expresión que manifiesta el deseo vehemente de alguna cosa, á semejanza del que tienen los labradores de que llueva en el mes de Mayo, por lo que se asegura entonces con esto la cosecha de los granos. De donde vino el refrán: *Agua por Mayo, pan para todo el año*.

avellanas, que á mi parecer no había más en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.

—Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña; que á solo Dios están reservadas esas mercedes y gracias; lo que puedo dar os doy <sup>1</sup>, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra grangear las del cielo.

—Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme á mayores <sup>2</sup>, sino por el deseo que tengo de probar á que sabe el ser gobernador.

—Si una vez lo probáis, Sancho, dijo el Duque, comederos heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador (que lo será sin duda según van encaminadas sus cosas), que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma el tiempo que hubiere dejado de serlo.

—Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea á un ható de ganado.

1 Alusión á la respuesta que dió S. Pedro al paralítico que le pedía limosna cuando con S. Juan entraba en el templo.

2 Adagio que significa ensoberbecerse alguno, elevándose más de lo que le corresponde.

—Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo, respondió el Duque; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete. Y quédese esto aquí; y advertid que mañana, en este mismo día, habéis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida.

—Vístanme, dijo Sancho, como quisieren, que de cualquiera manera que vaya vestido, seré Sancho Panza.

—Así es verdad, dijo el Duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa; que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado, y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy, tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.

—Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque no sé el A B C; pero bástame tener el *Christus*<sup>1</sup> en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios delante.

—Con tan buena memoria, dijo el Duque, no podrá Sancho errar en nada.

En esto llegó Don Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se había de partir á su gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano y se fué con él á su estancia con intención de aconse-

1 Así llamaban los niños á la cruz que suele ponerse antes del abecedario en las cartillas de aprender á leer. Sancho aplica ingeniosamente esta idea á la máxima de que para gobernar bien importa más tener á Dios presente que el tener muchas letras.

jarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento <sup>1</sup>, cerró trás sí la puerta, é hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y, con reposada voz, le dijo:

—Infinitas <sup>2</sup> gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á ti á recibir y á encontrar la buena ventura. Yo que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme <sup>3</sup>; y tú, antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron. Y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna, eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con sólo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más, te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, oh Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás á la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto, pues, el corazón á

1 Ejemplo de lo que en el idioma latino se llama *ablativo absoluto* ú *oracional*.

2 El presente razonamiento de Don Quijote es un modelo de discreción y lenguaje, en el que al mismo tiempo se echan de ver los nobles y virtuosos sentimientos de Cervantes.

3 *Aventajarse*, voz de la milicia, lograr aumento mensual de sueldo en recompensa de hazaña ó servicio señalado.

creer lo que te he dicho, está, oh hijo, atento á este tu Catón <sup>1</sup>, que quiere aconsejarte, y ser norte y guía que te encamine y saque á seguro puerto de este mar proceloso, donde vas á engolfarte; que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente ¡oh hijo! has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada <sup>2</sup>.

Lo segundo, has de poner los ojos en quién eres, procurando conocerte á ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey <sup>3</sup>; que si esto haces, vendrá á ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra.

—Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; porque después, algo hambrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos. Pero esto paré-

<sup>1</sup> Es decir á tu mentor que trata de ilustrarte y dirigirte. El Catón que se propone imitar Don Quijote, es Dionisio Catón, autor de unos dísticos latinos morales que escribió y dirigió á su hijo con este título: *Dionysii Catonis Disticha, de Moribus ad filium*. Ignórase quién fuese este Dionisio y en qué tiempo floreció, aunque se sabe que es posterior á Lucano á quien cita; y así no pueden estos versos atribuirse sin error ni á Catón el Censor ni al Uticense.

<sup>2</sup> El versículo 40 del salmo DXI dice: *Initium sapientiae timor Domini. Intellectus bonus omnibus facientibus eum laudatio ejus manet in saeculum saeculi*: principio de la sabiduría es el temor del Señor. Todos los que se ejercitan en él tienen buen entendimiento: su alabanza permanece por siglo del siglo.

<sup>3</sup> Bien conocidas son las fábulas de Fedro y Esopo que hablan de esto.

came á mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes <sup>1</sup>.

—Así es verdad, replicó Don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad, que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte; y préciate más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y de esta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansaran.

Mira, Sancho: si tomas por madre á la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que nacieron príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista <sup>2</sup>, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto así como lo es, si acaso viniera á verte, cuando estés en tu ínsula, alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes; antes le has de acoger, agasajar y regalar; que con esto satisfacerás al cielo, que gusta que nadie se desprecie <sup>3</sup> de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si trajeres á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo estén sin

1 En efecto, del Emperador Justino, tío y antecesor de Justiniano, se dice que fué pastor de puercos. El gran Taborlán, Rey de los Citas, el primer oficio que tuvo fué guardar los puercos.

2 Italianismo.

3 *Despreciarse* por *desdeñarse*, que es lo que aquí significa, es poco usado.

ellas), enséñala, doctrínala, y desbástala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar; porque en verdad te digo, que de todo aquello que la mujer del juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuarto tanto <sup>1</sup> en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guíes por la ley del encaje <sup>2</sup>, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia <sup>3</sup>, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu

<sup>1</sup> Esto es, pagará cuatro por uno; la pena será cuadruplicada.

<sup>2</sup> Es decir sentencias arbitrarias ó caprichosas, formadas sin consultar las leyes escritas, ni autoridad alguna.

<sup>3</sup> Alusión á la vara, insignia de la justicia, cuyo atributo es la rectitud.

enemigo , aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren, será á costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y los oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu corazón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstrate piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigués, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres; títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros nietezuelos. Esto que hasta aquí te he dicho, son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

## CAPÍTULO XLIII

## De los segundos consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza.

¿Quién oyera el pasado razonamiento de Don Quijote que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero como muchas veces en el progreso de esta grande historia queda dicho, solamente disparataba en tocándole en la caballería y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento; de manera que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio y su juicio sus obras; pero en esto de los documentos que dió á Sancho, mostró tener gran donaire, y puso su discreción y su locura en levantado punto.

Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos al pie de la letra en su gobierno. Prosiguió, pues, Don Quijote y dijo:

—En lo que toca á cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermocean las manos, como si aquel escremento y añadidura que se dejan de cortar, fuese uña, siendo antes garras de cernícalo lagartijero, puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo; que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazelado, si ya

la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César <sup>1</sup>.

Toma con discreción el pulso á lo que pudiere valer tu oficio; y si sufriere que dés librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas <sup>2</sup>, porque no saquen por el olor tu villanería; anda despacio, habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas á ti mismo; que toda afectación es mala.

Come poco y cená más poco; que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie.

—Eso de erutar no entiendo, dijo Sancho. Y Don Quijote le dijo:

—Erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno

1 En efecto Suetonio dice que era algo afeminado en el vestir, y particularmente que iba ceñido flojamente, distintivo entre los romanos de costumbres muelles y poco varoniles. Mas vióse después que usaba de esta afectación para que le tuviesen por hombre de poco, disimulando su valor y talento; y así Macrobio cuenta de Cicerón que: *Post victoriam Caesaris interrogatus, cur in electione partis errasset, respondit: prœcinctura me decepit: jocatus in Cæsarem, qui ita toga prœcingebatur, ut trahendo liciniam velut mollis inuideret: adeo ut Sylla tamquam providus dixerit Pompejo: cave tibi illum puerum male prœcinctum.*

2 Manjares tenidos como propios de villanos.

de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; y así la gente curiosa se ha acogido al latín, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones; y cuando algunos no entiendan estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, de modo que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.

—En verdad, señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo.

—Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo Don Quijote.

—Erutar diré de aquí adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

—También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles: que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.

—Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho; porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; por eso la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no [vengan á pelo; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo; que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener seso ha menester.

—¡Eso sí, Sancho! dijo Don Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano: castígame mi padre y yo trompógelas. Estóite diciendo que excu-

ses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía de ellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído á propósito, pero cargar y ensartar refranes á troche y moche hace la plática desmayada y baja.

Cuando subieres á caballo, no vayas echando el cuerpo sobre el arzón postrero, ni llesves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo que parezca que vas sobre el Rucio; que el andar á caballo á unos hace caballeros, á otros caballerías.

Sea moderado tu sueño; que el que no madruga con el sol, no goza del día; y advierte, oh Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le llesves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es, que jamás te pongas á disputar de linajes, á lo menos comparándolos entre sí; pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares, en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo; gregüescos ni por pienso, que no les están bien ni á los caballeros ni á los gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte; andará el tiempo, y según las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.

—Señor, respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas, pero ¿de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad es que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magín; pero esotros badulaques <sup>1</sup> y enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará más de ellos que de las nubes de antaño; y así será menester que se me den por escrito; que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor, para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester.

—¡Ah pecador de mí! respondió Don Quijote, y ¡qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir! Porque has de saber, oh Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas: ó que fué hijo de padres demasiado humildes y bajos, ó él tan travieso y malo que no pudo entrar en el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querría que aprendieses á firmar siquiera.

—Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho, que cuando fuí prioste en mi lugar <sup>2</sup>, aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decía mi nombre; cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha y haré que firme otro por mí; que para todo hay remedio, sino es para la muerte; y teniendo

<sup>1</sup> *Badulaque* no siempre significa hombre frívolo ó inconsciente: acepción en que de ordinario se usa hoy esta palabra. Antiguamente se daba este nombre al guisado de boses ó chanfaina, y también á una especie de aceite compuesto de varios ingredientes. Aquí significa metafóricamente cosa complicada y enredosa, como lo eran para Sancho los consejos de su amo. CLEMENCÍN.

<sup>2</sup> En la primera parte se ha dicho que Sancho había sido *muñidor de cofradía*.

yo el mando y el palo haré lo que quisiere: cuanto más que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde, llegaos, que la dejan ver. No, sino popen, y calóñeume <sup>1</sup>, que vendrán por lana y volverán trasquilados; y á quien Dios quiere bien, la casa le sabe; y las necesidades del rico por sentencias pasan en el mundo; y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal, como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca. No sino haceos miel, y paparos han moscas. Tanto vales cuanto tienes, decía una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado.

—¡Oh, Sancho incorrigible! dijo á esta sazón Don Quijote. Sesenta mil de á caballo lleven tus refranes: una hora ha que los estás ensartando, dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día á la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades <sup>2</sup>. Dime, ¿dónde los hallas, ignorante? ó ¿cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase.

—Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. ¿Á quién ofende que yo me sirva de mi hacienda? que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno sino refranes y más refranes. Y ahora se me ofrecen tres que venían aquí pintiparados, ó como peras en tabaque <sup>3</sup>; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho.

1 Palabras anticuadas. *Popar* que ahora significa halagar, acariciar, en lo antiguo significaba manotear á otro ó darle palmadas con aire y señal de desprecio. *Caloñar* era injuriar, ultrajar. Id.

2 Tumultos, alborotos.

3 Cesto ó canastillo de mimbres. Se dice así de las cosas que están colocadas ó guardadas con esmero y aseó.

—Ese Sancho no eres tú, dijo Don Quijote, porque no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar, y con todo eso, querría saber qué tres refranes te ocurrían ahora á la memoria, que venían aquí á propósito; que yo ando recorriendo la mía (que la tengo buena) y ninguno se me ofrece.

—¿Qué mejores, dijo Sancho, que «entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares»; y «á idos de mi casa, y ¿qué queréis con mi mujer? no hay responder»; y «si da el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro», todos los cuales vienen á pelo? Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa; y á lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como á salíos de mi casa, y ¿qué queréis con mi mujer? pues lo de la piedra en el cántaro, un ciego lo verá. Así que, es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo <sup>1</sup>, porque no se diga por él: «espantóse la muerta de la degollada»; y vuesa merced sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

—Eso no, Sancho, respondió Don Quijote, que el necio ni en su casa ni en la ajena sabe nada, á causa que sobre el cimientto de la necedad no asienta ningún discreto edificio; y dejemos esto aquí, Sancho; que si mal gobernares, tuya será la culpa y mía la vergüenza; mas consuélame que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción á mí posible; con esto salgo de mi obligación y de mi promesa. Dios te gufe,

1 Alusión al dicho del Evangelio contra los hipócritas.

Sancho, y te gobierne en tu gobierno y á mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes, no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.

—Señor, replicó Sancho, si á vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí lo suelto; que más quiero un solo negro de la uña de mi alma que á todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho á secas, con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar; que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.

—Por Dios, Sancho, dijo Don Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas. Buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intención; quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos; y vámonos á comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

## CAPÍTULO XLIV

## Cómo Sancho Panza fué llevado al gobierno.

Dicen que lo que en el propio original de esta historia se lee, llegando Cide Hamete á escribir este capítulo, no lo tradujo su intérprete como él lo había escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de Don Quijote, por parecerle que siempre había de hablar de él y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decía que el ir siempre atendido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sujeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor; y que por huír de este inconveniente había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, que están como separadas de la historia. También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de Don Quijote, no la darían á las novelas, y pasarían por ellas ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto, cuando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de Don Quijote ni á las sandeces de Sancho, salieran á luz; y así en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente,

y con solas las palabras que bastan á declararlos; y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir; y luego prosigue la historia diciendo, que en acabando de comer Don Quijote el día que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscara quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron y vinieron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de Don Quijote; y así, llevando adelante sus burlas, á la otra tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él había de ser ínsula.

Acaeció, pues, que el que le llevaba á cargo, era un mayordomo del Duque, muy discreto y muy gracioso, (que no puede haber gracia donde no hay discreción), el cual había hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se había de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente.

Digo, pues, que acaeció, que así como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi; y volviéndose á su señor, le dijo:

—¿Dígame, señor, si el rostro de este mayordomo del Duque, que aquí está, no es el mesmo de la Dolorida?

Miró Don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado dijo á Sancho:

—Si el rostro de la Dolorida es el del mayordomo, no por eso el mayordomo es la Dolorida; que á serlo, implicaría contradicción muy grande; y no es tiempo

ahora de hacer estas averiguaciones, que sería entrar-nos en intrincados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores.

—No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes <sup>1</sup> le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante, á ver si descubro otra señal que confirme ó deshaga mi sospecha.

—Así lo has de hacer, Sancho, dijo Don Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere.

Salió, en fin, Sancho, acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gabán muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la jineta; y detrás de él, por orden del Duque, iba el Rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvía Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento que no se trocara con el emperador de Alemaña.

Al despedirse de los Duques les besó las manos, y tomó la bendición de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos <sup>2</sup>. Deja, lector amable, ir en paz y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber

1 Voz anticuada y que sólo usa ya la gente rústica: *antes*.

2 *Hacer pucheritos*, es la expresión de tristeza en los niños cuando fruncen los labios y sollozan para romper á llorar; porque hinchan los carrillejos á modo de puchero, que es ventricoso.

ARRIETA.

cómo se portó en su cargo; y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche.

Cuéntase, pues, que apenas se hubo partido Sancho, cuando Don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno, lo hiciera.

Conoció la Duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste; que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas había en su casa, que le servirían muy á satisfacción de su deseo.

—Verdad es, señora mía, respondió Don Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste, y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás suplico á vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo sólo sea el que me sirva.

—En verdad, dijo la duquesa, señor Don Quijote, que no ha de ser así; que le han de servir cuatro doncellas de las más.

—Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced, sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro.

—No más, no más, señor Don Quijote, replicó la Duquesa; por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció el favor de tan valiente y tan honesto caballero; y los benignos cielos infundan en el corazón de

Sancho Panza, nuestro gobernador, un vivo deseo de acabar presto sus disciplinas.

Á lo cual dijo Don Quijote:

—Vuestra altitud ha hablado como quien es; que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala; y más venturosa y más conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la tierra.

—Ahora bien, señor Don Quijote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar; venga vuesa merced y cenemos, y acostaráse temprano; que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto que no le haya causado algún molimiento.

—No siento ninguno, señora, respondió Don Quijote, porque en mi vida he subido sobre bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño; y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla así sin más ni más.

—Á eso se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que había hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debía de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio; y como á principal, y que más le había desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño; que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel, queda eterno <sup>1</sup> el valor del gran Don Quijote de la Mancha.

De nuevo nuevas gracias dió Don Quijote á la Duquesa; y en cenando, Don Quijote se retiró en su apo-

1 Esto es, eternizado.

sento <sup>1</sup>. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó; y al descalzarse, ¡oh desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía.

Afigióse en extremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata; digo seda verde, porque las medias eran verdes.

Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo, dijo:

—¡Oh pobreza, pobreza! no sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés á llamarte dádiva santa desagradecida <sup>2</sup>. Yo, aunque moro, bien sé por la comunicación que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fé, obediencia y pobreza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza, de quien dice uno de sus mayores santos: *Tened todas las cosas como si no las tuviédes* <sup>3</sup>; y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo), ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos

1 Ordinariamente se dice á su aposento.

2 Es este Juan de Mena, célebre poeta castellano y natural de Córdoba. Floreció en el tiempo del rey D. Juan II de Castilla de quien fué muy favorecido. Murió en 1456. En la copla 227 de las *Trescientas*, dice:

¡Oh vida segura la mansa pobreza  
*Dádiva santa desagradecida!*  
 Rica se llama, no pobre, la vida  
 Del que se contenta vivir sin riqueza.

3 S. Pablo que en su carta á los Corintios escribe: *Et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur.*

y bien nacidos, más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas á dar pantalia <sup>1</sup> á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas, unos sean de seda, otros de cerda y otros de vidrio? ¿Por qué sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? (Y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidón y de los cuellos abiertos). Y prosiguió: ¡Miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle después de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos! ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y el hambre de su estómago!

Todo esto se le renovó á Don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le había dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro día. Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacía como de la irreparable desgracia de sus medias, á quien tomara los puntos, aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrechez.

1 Parece ser el *cerote*, del que dice Quevedo que reparaba los *desmayos del calzado*. Esto sería lo mismo que dar *humo á los zapatos*, lo que se hacía para disimular el mal estado del calzado que usaban en lo antiguo los hidalgos pobres.

## CAPÍTULO XLV

De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula, y del modo que comenzó á gobernar.

¡Oh perpetuo descubridor de los antípodas <sup>1</sup>, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! <sup>2</sup> ¡Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música <sup>3</sup>; tú que siempre sales, y aunque lo parece nunca te pones <sup>4</sup>.

1 Diógenes Laercio dice que Platón fué el primero que llamó *antípodas* á los habitantes opuestos de la tierra, y Pitágoras el primero que sostuvo su existencia; cuya opinión combatieron muchos filósofos, dudando no solamente que hubiese *antípodas*, sino sosteniendo aún que no podía haberlos; hasta que después se ha manifestado su posibilidad y su existencia. BASTÜS.

2 Con el calor del sol se excita la sed, que para satisfacerla obliga á refrescar el agua con la nieve que se derrite con el *meneo dulce de las cantimploras*. PELLICER. *Cantimplora* es una garrafa de cobre, llamada así, según Covarrubias, porque al echar en ella el agua, el aire contenido en el cuello de la vasija suena en muchas diferencias, unas tristes y otras alegres, que parece llorar y cantar juntamente.

3 Todos estos son dictados de Apolo. *Tirador* por las flechas con que mató á los hijos de Niobe, y á Anfión, que quería expugnar su templo; *Médico*, por inventor de la medicina y padre de Esculapio; *Inventor de la música*, por la cítara, etc.

4 En este lugar parece imitó Cervantes, dice Pellicer, á Horacio, que hablando del sol dice:

Alme sol, curru nitido diem qui  
Promis et celas, aliusque et idem  
Nasceris.

Á ti digo ¡oh Sol! que me favorezcas y alumbres la oscuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza, que sin ti, yo me siento tibio, desmazelado y confuso.

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenía. Diéronle á entender que se llamaba la *Ínsula Barataria*, ya porque el lugar se llamaba *Baratario*, ó ya por el barato con que se le había dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento <sup>1</sup> del pueblo á recibirle; tocaron las campanas, y todos los vecinos del pueblo dieron muestras de general alegría, y con mucha pompa lo llevaron á la iglesia Mayor á dar gracias á Dios; y luego, con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador, tenía admirada á toda la gente que el busilis <sup>2</sup> del cuento no sabía, y aun á todos los que lo sabían que eran muchos.

Esto es:

..... Santo sol  
 Que sacas el día en tu carro  
 Resplandeciente, y te encubres,  
 Y te vas otro mostrando  
 Siendo el mismo.

1 Con este vocablo puede entenderse no sólo la fuerza armada ó especie de milicia que antiguamente había en muchos pueblos á manera de guarnición, sino también el ayuntamiento ó cabildo que gobierna ó rige el pueblo, de donde tomaron el nombre de regidores y también el de regimiento. BASTÚS.

2 Palabra que se usa en el estilo jocoso para indicar el punto en que estriba la dificultad de lo que se trata.

Finalmente, en sacándole de la iglesia, le llevaron á la silla del juzgado y le sentaron en ella, y el mayordomo del Duque le dijo:

—Es costumbre antigua, señor Gobernador, que el que viene á tomar posesión de esta famosa ínsula está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intrincada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador; y así, ó se alegra ó se entristece con su venida.

En tanto que el mayordomo decía esto á Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla, estaban escritas, y como él no sabía leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuéle respondido:

—Señor, allí está escrito y notado el día en que vuestra señoría tomó posesión de esta ínsula, y dice el epitafio: *Hoy día á tantos de tal mes y de tal año, tomó posesión de esta ínsula el señor Don Sancho Panza, que muchos años la goce.*

—¿Y á quién llaman Don Sancho Panza? preguntó Sancho.

—Á vuesa señoría, respondió el mayordomo, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza, sino el que está sentado en esa silla.

—Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linaje le ha habido. Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadidura de dones ni donas; y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más dones que piedras: pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro

días, yo escarde estos dones <sup>1</sup>, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristezca el pueblo.

A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador y el otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano; y el sastre dijo:

—Señor Gobernador, yo y este honrado labrador, venimos ante vuesa merced, en razón que este buen hombre llegó á mi tienda ayer (que yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito), y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: Señor, ¿habría en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño, le respondí que sí. Él debióse de imaginar, á lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicóme que mirase si habría para dos. Adivinéle el pensamiento y díjele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intención, fué añadiendo caperuzas y yo añadiendo síes, hasta que llegamos á cinco caperuzas y ahora en este punto acaba de venir por ellas. Yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura; antes me pide que le pague ó vuelva su paño.

—¿Es todo así, hermano? preguntó Sancho.

—Sí, señor, respondió el hombre; pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.

<sup>1</sup> Cervantes ridiculizó aquí como ya lo había hecho en la primera parte el abuso que se hacía del tratamiento de *Don*, aplicándolo á judíos, moros y personas bajas.

—De buena gana, respondió el sastre, y sacando en continente la mano de debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperucias puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo:

—Hé aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide; y á fe que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio.

Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas, y del nuevo pleito.

Sancho se puso á considerar un poco, y dijo:

—Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varón; y así yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel y no haya más.

Si esta sentencia provocó á risa á los circunstantes, la siguiente causó admiración como se verá luego; pero en fin, se hizo lo que mandó el Gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres ancianos: el uno traía una cañaheja <sup>1</sup> por báculo, y el sin báculo dijo:

—Señor, á este buen hombre le presté días ha, diez escudos de oro en oro, por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese. Pasáronse muchos días sin pedírselos, por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos, que la que él tenía cuando yo se los presté; pero, por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega y dice que nunca tales diez escudos le presté; y que si se los presté, que ya me los ha vuelto. Yo no

<sup>1</sup> *Cañaheja* significa aquí caña, como se deduce por el progreso de la relación.

tengo testigos, ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querría que vuesa merced le tomase juramento; y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para adelante de Dios.

—¿Qué decís vos á esto, buen viejo del báculo? dijo Sancho.

A lo que dijo el viejo:

—Yo, señor, confieso que me los prestó (y baje vuesa merced esa vara), y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.

Bajó el Gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho; y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían; pero que él se los había vuelto de su mano á la suya, y que, por no caer en ello, se los volvía á pedir por momentos.

Viendo lo cual el gran Gobernador, preguntó al acreedor qué respondía á lo que decía su contrario; y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediría nada.

Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que llamasen

al viejo del báculo, que ya se había ido. Trajéronsele, y en viéndole Sancho, le dijo:

—Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester.

—De muy buena gana, respondió el viejo. Héle aquí, señor, y púsosele en la mano. Tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo:

—Andad con Dios, que ya vais pagado.

—¿Yo, señor? respondió el viejo; pues ¿vale esta cañaheja diez escudos de oro?

—Sí, dijo el Gobernador, ó si no, yo soy el mayor porro del mundo; y agora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino; y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazón de ella hallaron diez escudos en oro.

Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomón.

Preguntáronle de dónde había cogido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos; y respondió que de haberle visto dar al viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacía el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginación, que dentro de él estaba la paga de lo que el otro pedía; de donde se podía colegir, que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez les encamina Dios en sus juicios, y más que él había oído contar otro caso como aquel al Cura de su lugar, y que él tenía tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado, se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribía las pala-

bras, hechos y movimientos de Sancho, no acababa de determinarse si le tendría por tonto ó por discreto.

Todo lo cual, notado de su coronista, fué luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando.

## CAPÍTULO XLVI

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió Don Quijote.

Llegada la hora de la mañana, dejó Don Quijote las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su agamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino, por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su mantón de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahalí de sus hombros con su buena y tajadora espada; asió un gran rosario que consigo continuo traía, y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos y como esperándole. Entretuviéronse los Duques en sabrosas pláticas con Don Quijote. Y la Duquesa aquel día despachó á un paje suyo á Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza, encargándole le trajese buena relación de todo lo que con ella pasase. Llegadas las once horas de la noche, halló Don Quijote una vihuela <sup>1</sup> en su aposento; templóla, abrió le reja y sintió que andaba gente en el jardín; y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó un romance, que él mismo había compuesto.

1 La *vihuela* en lo antiguo era distinto de la *guitarra* y habia de mano y de arco. Viene de *viola*, como *guitarra* de *cítara*.

Embelesado se hallaba Don Quijote en su canto, á quien estaban escuchando el Duque y la Duquesa, y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso, desde encima de un corredor que sobre la reja de Don Quijote á plomo caía, descolgaron un cordel donde venían más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traían cencerros menores, atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los Duques habían sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó: y temeroso Don Quijote, quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraran por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra, parecía que una legión de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardían, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba; la mayor parte de la gente del castillo, que no sabía la verdad de este caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse Don Quijote en pie, y poniendo mano á la espada, comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces:

—¡Fuera, canalla hechiceresca; que yo soy Don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones!; y volviéndose á los gatos, que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas. Ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de Don Quijote, le saltó al rostro y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor Don Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudie-

ron á su estancia, y abriendo con llave maestra entraron con luces, y vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas para arrancar el gato de su rostro. Viendo la desigual pelea, acudió el Duque á despartirla, y Don Quijote dijo á voces:

—No me le quite nadie; déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quien es Don Quijote de la Mancha. Pero el gato, no curándose de estas amenazas, gruñía y apretaba. Mas, en fin, el Duque se le desarraigó, y le echó por la reja. Quedó Don Quijote acibado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado, porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador.

Hicieron traer aceite de Aparicio <sup>1</sup>, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenía temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque había conocido la buena intención con que habían venido á socorrerle. Los Duques le dejaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla; que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á Don Quijote aquella aventura, que le costó ocho días de encerramiento y de cama.

<sup>1</sup> Aceite de olivas impregnado por medio de la decocción de varias drogas medicinales. Lo complicado y costoso de sus ingredientes debió producir la locución familiar, *caro como el aceite de Aparicio*, con que se exagera el precio de alguna cosa.

## CAPÍTULO XLVII

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.

Cuenta la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala sonaron chirimías <sup>1</sup>, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no había más de aquel asiento y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pie un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquísima y blanca toalla, con que estaban cubiertas las frutas <sup>2</sup> y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno, que parecía estudiante, echó la bendición, y un paje puso un babador randado <sup>3</sup> á Sancho; otro, que hacía el oficio de maestresala, llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un

1 Esta era la música de ceremonia que en ocasiones de solemnidad usaban entonces los cuerpos municipales y los grandes señores.

2 Según Yelmo, la comida de los grandes señores comenzaba por la fruta dando por principio las frutas acedas y las demás que arrojase el tiempo, dando por postre las conservas dulces y las frutas de sartén.

3 Servilleta con guarnición de randas ó encaje de hilo y cintas para atarla al cuello, como ahora se hace con los niños al darles de comer.

bocado, cuando el de la varilla, tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestra sala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y mirando á todos preguntó si se había de comer aquella comida como juego de Maesecoral <sup>1</sup>. A lo cual respondió el de la vara:

—No se ha de comer, señor Gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas, donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores de ella, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día y tanteando la complexión del gobernador para acertar á curarle cuando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago; y así mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasíadamente húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar, por ser demasiado caliente y tener muchas especias, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida.

—De esa manera aquel plato de perdices que están allí asadas, y á mi parecer, bien sazonadas, no me harán algún daño. Á lo que el médico respondió:

<sup>1</sup> Según Covarrubias, juego maestre coral era juego de manos que dicen de pasa pasa. Diéronle este nombre, porque los charlatanes y embusteros que hacen este juego se desnudan de capa y brazo, y quedan en unas jaquetas ó almillas coloradas, que parecen troncos de coral.

—Esas no comerá el señor Gobernador en tanto que yo tuviere vida.

—Pues ¿por qué? dijo Sancho. Y el médico respondió:

—Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdicis autem pessima* <sup>1</sup>. Quiere decir: toda hartazgo es mala pero la de las perdices malísima.

—Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará más provecho, y cuál menos daño, y déjeme comer de él sin que me le apalee <sup>2</sup>, porque me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él más me diga, antes será quitarme la vida que aumentármela.

—Vuesa merced tiene razón, señor Gobernador, respondió el médico; y así es mi parecer, que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que allí están porque es manjar peliagudo. De aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aun se pudiera probar; pero no hay para qué. Y Sancho dijo:

—Aquel platonazo que está más adelante vahando, me parece que es olla podrida <sup>3</sup>, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

—*Absit*, dijo el médico: vaya léjos de nosotros tan mal

1 No dijo tal Hipócrates, y sólo el humor festivo de Cervantes le hizo tergiversar el aforismo, que en su original dice: *Omnis saturatio mala, panis autem pessima*.

2 Alude á lo de tocar los platos con la varilla para que los quitaran de la mesa.

3 *Olla podrida* se llamaba en España el puchero ordinario, pero provisto de varios agregados de regalo, como aves, pies de puerco, chorizos y otros artículos semejantes de añadidura sobre lo acostumbrado.

pensamiento. No hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida. Allá las ollas podridas para los canónigos ó para los rectores de colegios, ó para las bodas labradorecas; y déjenos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura: y la razón es porque siempre y á doquiera y de quienquiera, son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas. Mas lo que yo sé que ha de comer el señor Gobernador ahora, para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de canutillos de suplicaciones <sup>1</sup>, y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo <sup>2</sup>, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestión.

Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba y dónde había estudiado. Á lo que él respondió:

—Yo, señor Gobernador, me llamo el Doctor Pedro Recio <sup>3</sup> de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna <sup>4</sup>. Á lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera:

1 Canutos muy delgados, hechos de hostias tostadas ó barquillos.

2 En tiempo de Cervantes eran muy celebrados los membrillos de Toledo.

3 Este nombre ha quedado consagrado por el uso, para denotar un médico mandón é impertinente, como quedaron para otras cosas los mismos de D. Quijote y Rocinante.

4 En este pasaje, como algunos otros, tira Cervantes á ridicu-

—Pues, señor doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano, como vamos de Caracuel á Almodóbar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante; si no ¡voto al sol, que tomo un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula! á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que á los médicos sabios, prudentes y discretos, los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á personas divinas. Y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aquí; si no tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza: y pídanmelo en residencia <sup>1</sup>; que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república; y denme de comer, ó si no tómense su gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño no vale dos habas.

Alborotóse el doctor viendo tan colérico al Gobernador, y quiso hacer salir Tirteafuera <sup>2</sup> de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo:

—Correo viene del Duque mi señor; algún despacho debe de traer de importancia.

Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno, le puso en las manos del Gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó

lizar la ligereza con que en un tiempo se conferían los grados académicos, especialmente en las universidades menores.

<sup>1</sup> Cuenta que solía tomarse á los que salían de cargos graves y de importancia.

<sup>2</sup> Juega aquí Cervantes con la palabra *Tirteafuera*, parecida á *tírate afuera* ó *retírate*.

leyese el sobrescrito, que decía así: *Á Don Sancho Panza, Gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano ó en las de su secretario.* Oyendo lo cual Sancho dijo:

—¿Quién es aquí mi secretario? Y uno de los que presentes estaban respondió:

—Yo señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno <sup>1</sup>.

—Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podéis ser secretario del mismo emperador; abrid ese pliego, y mirad lo que dice.

Hízolo así el recién nacido secretario, y habiendo leído lo que decía, dijo que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala; y los demás y el médico se fueron. Y luego el secretario leyó la carta, que así decía:

*«Á mi noticia ha llegado, señor Don Sancho Panza, que unos enemigos míos y de esa ínsula la han de dar un asalto furioso no sé qué noche: conviene velar y estar alerta, porque no le tomen desapercibido. Sé también por espías verdaderos que han entrado en ese lugar personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo y mirad quién llega á hablaros, y no comáis de cosa que os presentaren. Yo tendré cuidado de socorberos, si os viéredes en trabajo, y en todo haréis como se espera de vuestro entendimiento. De este lugar á veintitrés de Julio, á las cuatro de la mañana.*

*Vuestro amigo,*

EL DUQUE.

<sup>1</sup> Rasgo al parecer satírico, como indicó también Pellicer refiriendo los muchos secretarios, tanto del Rey como de los consejos y corporaciones superiores, vizcaínos de nacimiento ú origen, que hubo en tiempo de Carlos I y Felipe II.

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo, le dijo:

—Lo que agora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar, ha de ser él, y de muerte adminícula<sup>1</sup> y pésima, como es la de la hambre.

—También, dijo el maestresala, me parece á mí, que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas; y como suele decirse, detrás de la cruz está el diablo.

—No lo niego, respondió Sancho; y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas; que en ellas no podrá venir veneno, porque, en efecto, no puedo pasar sin comer; y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos; porque tripas llevan corazón, que no corazón tripas. Y vos, secretario, responded al Duque, mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin faltar punto; y daréis de mi parte un besamanos á la señora Duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lío á mi mujer Teresa Panza; que en ello recibiré mucha merced; y tendré cuidado de servirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podéis encajar un besamanos á mi señor Don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido: y vos, como buen secretario y como buen vizcaíno, podéis añadir todo lo que quisiéredes y más viniere á cuento:

<sup>1</sup> Voz desconocida en castellano. Parece que con ella quiso Sancho designar lo lento y penoso de la muerte causada por el hambre. *id.*

y denme á mí de comer y álcense estos manteles; que yo me avendré con cuantos espías y matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula. En esto entró un paje y dijo:

—Aquí está un labrador negociaute, que quiere hablar á vuesa señoría, en un negocio, según él dice, de mucha importancia.

—Extraño caso es este, dijo Sancho, de estos negociantes: ¿es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura, los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de pedra mármol? Á fe que si me dura el gobierno (que no durará, según se me trasluce), que yo ponga en pretina <sup>1</sup> á más de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que éntre; pero adviértase primero no sea alguno de los espías ó matador mío.

—No, señor, respondió el paje, porque parece un alma de cántaro, y yo sé poco, ó él es tan bueno como el buen pan <sup>2</sup>.

—No hay que temer, dijo el mayordomo, que aquí estamos todos.

—¿Sería posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no está aquí el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla?<sup>3</sup>

1 *Poner ó meter en pretina* es obligar ó estrechar á alguno al cumplimiento de alguna cosa.

2 Comparación proverbial y de frecuente uso en castellano.

3 Á esto se llama aquí festivamente *cosa de peso y substancia*.

—Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará vuesa señoría satisfecho y pagado, dijo el maestresala.

—Dios lo haga, respondió Sancho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo fué:

—¿Quién es aquí el señor Gobernador?

—¿Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla?

—Humíllome, pues, á su presencia, dijo el labrador; y poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela.

Negósela Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador, y luego dijo:

—Yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real.

—¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho; decid, hermano, que lo que yo os sé decir es, que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo.

—Es, pues, el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo, por misericordia de Dios, soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana; tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller y el mayor para licenciado; soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir me la mató un mal médico.

—De modo, dijo Sancho, que si vuestra mujer no se hubiera muerto, ó la hubieran muerto, vos no fuéades agora viudo.

—No, señor, en ninguna manera, respondió el labrador.

—¡Medrados estamos! replicó Sancho. Adelante, hermano, que es hora de dormir más que de negociar.

—Digo, pues, dijo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser bachiller, quiere casarse en el mismo pueblo con una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino <sup>1</sup>, labrador riquísimo; y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los de este linaje son perláticos y por mejorar el nombre los llaman Perlerines; aunque, si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas: y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien, que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas pudiera pasar y echar raya entre las más bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usara aspar labios, pudieran hacer de ellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comúnmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberengenado: y perdóname el señor gobernador, si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien y no me parece mal.

—Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me

<sup>1</sup> Antiguamente las hijas no conservaban y llevaban el apellido de su padre sin alteración, pues si acababa en terminación masculina, las hijas la solían usar con la femenina.

voy recreando en la pintura, y si hubiera comido, no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato.

—Eso tengo yo por servir<sup>1</sup>, respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos: y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiración, pero no puede ser á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada, y con todo en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura.

—Está bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habéis pintado de los pies á la cabeza: ¿qué es lo que queréis ahora? Y venid al punto sin rodeos, ni retazos, ni añadiduras.

—Querría, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese la merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de naturaleza, porque, para decir la verdad, señor Gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay día que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus: y de haber caído una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condición de un ángel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mismo á sí mismo, fuera un bendito.

1 Esto es, *eso tengo yo que agradecer*, porque tampoco él había comido.

—¿Queréis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho.

—Otra cosa querría, dijo el labrador, si no que no me atrevo á decirlo. Pero vaya, que en fin, no se me ha de podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querría que vuesa merced me diese trescientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller... digo, para ayuda de poner su casa; porque, en fin, han de vivir por sí, sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros.

—Mirad si queréis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza.

—No por cierto, respondió el labrador; y apenas dijo esto, cuando levantándose en pie el Gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dijo:

—Voto á tal, don patán <sup>1</sup>, rústico y mal mirado, que si no os apartáis y escondéis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza! ¡Bellaco! pintor del mismo demonio ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? Y ¿dónde los tengo yo, hediondo? Y ¿por qué te los había de dar, aunque los tuviera, socarrón y mentecato? Y ¿qué se me dá á mí de Miguel Turra ni de todo el linaje de los Perlerines? Va de mí <sup>2</sup>, digo; si no, por vida del Duque, mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algún socarrón que para tentarme ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aun no ha medio día que tengo el gobierno, y ¡ya quieres que tenga seiscientos ducados!

1 *Patán* llamamos, dice Covarrubias, al villano que trae grandes patas, porque las hace mayores, ó más abultadas con el calzado tosco de sus albarcas. PELLICER.

2 *Va de mí*, por *apartate de mí*.

Hizo de señas <sup>1</sup> el maestresala al labrador, que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo, y, al parecer, temeroso de que el Gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacón supo hacer muy bien su oficio.

1 Estaría mejor: *Hizo señas el maestresala al labrador de que se saliese de la sala.*

## CAPÍTULO XLVIII

De lo que sucedió á Sancho Panza rondando su insula.

Dejamos al gran Gobernador enojado y mohino con el labrador, pintor y socarrón, el cual, industriado del mayordomo y el mayordomo del Duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenía tiasas á todos<sup>1</sup>, magüer tonto, bronco y rollizo; y dijo á los que con él estaban y al doctor Pedro Recio (que como se acabó el secreto de la carta del Duque, había vuelto á entrar en la sala):

— Ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce, para no sentir las importunidades de los negociantes, que á todas horas y á todos tiempos quieren que les escuchen y despachen, atendiendo sólo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y le roen los huesos, y aun le deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures; espera sazón y coyuntura para negociar; no vengas á la hora del comer ni á la del dormir; que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de coñer á la mía, merced

1 Se mantenía firme, hacía frente á todos, aunque tonto y toscO. ARRIETA.

al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida; que así se la dé Dios á él y á todos los de su ralea, digo á la de los malos médicos; que los buenos, palmas y lauros merecen.

Todos los que conocían á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabían á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el Gobernador, y esperaba con ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo sin moverse de un lugar, todavía llegó el por él tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicón de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera algo entrada en días.

Entregóse en todo con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón ó gansos de Lavajos, y entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo:

—Mirad, señor doctor, de aquí adelante no os curéis de darme á comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios; el cual está acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas; y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre y algunas veces con asco. Lo que el maestresala puede hacer es, traerme estas que llaman ollas podridas (que mientras más podridas son <sup>1</sup>, mejor huelen), y en ellas puede

<sup>1</sup> Esto es, cuanta más diversidad de manjares haya, mejores son.

embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer; que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algún día; y no se burle nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos. Vivamos todos y comamos en buena paz y compañía, pues cuando Dios amanece para todos amanece: yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho <sup>1</sup>; y todo el mundo traiga el ojo alerta y mire por el virote <sup>2</sup>; porque les hago saber que el diablo está en Cantillana <sup>3</sup>, y que si me dan ocasión han de ver maravillas. No, si no haceos miel, y comeros han moscas.

— Por cierto, señor Gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced tiene mucha razón en cuanto ha dicho, y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos de esta ínsula, que han de servir á vuesa merced con toda puntualidad, amor y benevolencia; porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha usado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde.

— Yo lo creo, respondió Sancho, y serían ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á de-

1 Alusión al refrán: *Ni hagas cohecho, ni pierdas derecho*, el cual advierte que no se ha de perjudicar el interés ajeno, ni olvidar el propio.

2 Mirar por el virote; según Covarrubias, es atender cada uno con vigilancia á lo que ha de hacer; metáfora tomada del que tira desde algún puesto á los conejos en ojeo ó espera, que ha de estar quedo hasta que hayan pasado y después sale á buscar los virotos.—El *virote* era una especie de saeta guarnecida con *casquillo* ó punta. Es aumentativo de *vira*, saeta delgada y muy aguda.

3 Expresión proverbial nacida de la calificación de *diablo* que se hubo de dar á alguna persona que residió ó estuvo en *Cantillana*, y se dice de los pueblos donde hay enredos y disturbios.

cir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi Rucio, que es lo que en este negocio importa y hace más al caso; y en siendo hora vamos á rondar; que es mi intención limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda <sup>1</sup>, holgazana y mal entretenida; porque quiero que sepáis, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo, tener respeto á la religión y á la honra de los religiosos. ¿Qué os parece de esto, amigos? ¿Digo algo, ó quiébrame la cabeza <sup>2</sup>?

—Dice tanto vuesa merced, señor Gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos. Cada día se ven cosas nuevas en el mundo; las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados.

Aquella noche, ya cenado el Gobernador con licencia del señor doctor Recio, aderezáronse de ronda, y salió Sancho con el mayordomo, secretario y maestra-sala, y el cronista, que tenía cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos tantos, que podía formar un mediano escuadrón. Iba Sancho en

<sup>1</sup> *Vagamundo, vagamunda*, no es palabra compuesta, como á primera vista parece, sino corrupción de *vagabundo* del latino *vagabundus*. ORTÚZAR (Dicc. de locuciones viciosas).

<sup>2</sup> O me propongo imposibilidades.

medio con su vara, que no había más que ver; y pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas. Acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñían, los cuales, viendo venir á la justicia, se estuvieron quedos, y el uno de ellos dijo:

—¡Aquí de Dios y del Rey! ¡Cómo! y ¿qué se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo, y que salgan á saltar en mitad de las calles!

—Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa de esta pendencia; que yo soy el Gobernador. El otro contrario dijo:

—Señor Gobernador, yo la diré con toda brevedad. Vuesa merced sabrá que este gentil hombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego, que está aquí frontera, más de mil reales, y sabe Dios cómo; y hallándome yo presente, jugué más de una suerte dudosa en su favor contra todo aquello que me dictaba la conciencia. Alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me había de dar algún escudo por lo menos de barato <sup>1</sup>, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa. Yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron; y el socarrón, que es más ladrón que Caco <sup>2</sup> y más fulero que Andradilla, no quería darme

<sup>1</sup> *Barato* es lo que en las casas de juego se daba á los sirvientes ó á los mirones.

<sup>2</sup> Famoso ladrón de que habla la fábula y que habitaba en las cercanías del monte Aventino. Robó á Hércules unos bueyes y á

más de cuatro reales; porque vea vuesa merced, señor Gobernador, ¡qué poca vergüenza y qué poca conciencia! Pero á fe que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que había de saber con cuántas entraba la romana <sup>1</sup>.

—¿Qué decís vos á esto? preguntó Sancho.

Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decía; y no había querido darle más de cuatro reales, porque se los daba muchas veces; y los que esperan baratos han de ser comedidos y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que él era hombre de bien, y no ladrón, como decía, ninguna había mayor que el no haberle querido dar nada; que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen.

—Así es, dijo el mayordomo, vea vuesa merced, señor Gobernador, qué es lo que se ha de hacer de estos hombres.

—Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho. Vos ganancioso, bueno ó malo ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y más habéis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel; y vos, que no tenéis oficio ni beneficio, y andáis de nones en esta ínsula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el día salid de esta ínsula desterrado por diez

fin de que no pudiese encontrarlos siguiendo las huellas, los hizo entrar en su caverna andando hacia atrás. Pero habiendo uno de ellos empezado á mugir cuando pasó delante de ella la vacada, Hércules derribó la piedra que cerraba la entrada de la caverna y con su clava dió muerte á Caco.

1 Comenzar su cuenta con cierto número de libras ó arrobas.

años, so pena, si lo quebrantareis, los cumpláis en la otra vida colgándoos yo de una picota <sup>1</sup>, ó á lo menos el verdugo por mi mandado, y ninguno me replique; que le asentaré la mano <sup>2</sup>. Desembolsó el uno, recibió el otro, éste se salió de la ínsula, y aquél se fué á su casa, y el Gobernador quedó diciendo:

— Ahora, yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales.

— Ésta, á lo menos, dijo un escribano, no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y más es, sin comparación, lo que él pierde al año, que lo que saca de los naipes. Contra otros garitos de menor cuantía podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que más daño hacen y más insolencia encubren; que en las casas de los caballeros principales y de los señores, no se atreven los famosos fulleros <sup>3</sup> á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de algún oficial, donde cogen á un desdichado de medianoche abajo y le desuellan vivo.

— Ahora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso. Y en esto llegó un corchete que traía asido á un mozo y dijo:

— Señor Gobernador, este mancebo venía hacia nos-

1 La horca ó rollo de piedra, como había antiguamente en varias ciudades y villas de España, especialmente las que se dicen de señorío.

2 *Asentar la mano* es castigar severamente.

3 Llamábanse así los que en los juegos de naipes ó de dados ganaban á los que con ellos jugaban usando de naipes, dados falsos y otras tretas, unidos con otros, con quienes se entendían y confederaban para hacer sus trampas. ARRIETA.

otros, y así como columbró la justicia, volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo; señal que debe de ser algún delincuente. Yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamás.

—¿Por qué huías, hombre? preguntó Sancho. Á lo que el mozo respondió:

—Señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen.

—¿Qué oficio tienes?

—Tejedor.

—¿Y qué tejes?

—Hierros de lanza, con licencia buena de vuesa merced.

—¿Graciosico me sois? ¿De chocarrero os picáis? Está bien. Y ¿adónde íbades agora?

—Señor, á tomar el aire.

—Y ¿adónde se toma el aire en esta ínsula?

—Adonde sopla.

—¡Bueno! respondéis muy á propósito. Discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa y os encamino á la cárcel. Asidle, ola, y llevadle; que yo haré que duerma allí sin aire esta noche.

—Por Dios, dijo el mozo, así me haga vuesa merced dormir en la cárcel, como hacerme rey.

—Pues ¿por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho. ¿No tengo yo poder para prenderte y soltarte cómo y cuando quisiere?

—Por más poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel.

—¿Cómo que no! replicó Sancho. Llevadle luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque más el

alcaide quiera usar con él de su interesada liberalidad; que yo le pondré pena de dos mil ducados, si te deja salir un paso de la cárcel.

—Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo; el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven.

—Dime, demonio, dijo Sancho, ¿tienes algún ángel que te saque y que te quite los grillos que te pienso mandar echar?

—Ahora, señor Gobernador, respondió el mozo con muy buen donaire, estemos á razón y vengamos al punto. Presuponga vuesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda. Con todo esto, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante con todo su poder para hacerme dormir, si yo no quiero?

—No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intención.

—De modo, dijo Sancho, que ¿no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mía?

—No, señor, dijo el mozo, ni por pienso.

—Pues andad con Dios, dijo Sancho; idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burléis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascós.

Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á pocos días el gobierno, como se verá adelante.

## CAPÍTULO XLIX

Donde se declara el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza.

La Duquesa, prosiguiendo con su intención de burlarse y recibir pasatiempo con Don Quijote, despachó, como se ha dicho, á un paje suyo que había hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto (que tenía bien olvidado Sancho Panza con la ocupación de su gobierno), á Teresa Panza, su mujer, con la carta y con el lío de ropa de su marido, y con otra suya y con una gran sarta de corales ricos presentados <sup>1</sup>.

Dice, pues, la historia, que el paje era muy discreto y agudo; y con deseo de servir á sus señores, partió de muy buena gana al lugar de Sancho, y antes de entrar en él vió en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, á quien preguntó si le sabrían decir si en aquel lugar vivía una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado Don Quijote de la Mancha.

Á cuya pregunta se levantó en pie una mozuela que estaba lavando, y dijo:

—Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho, mi señor padre, y el tal caballero, nuestro amo.

—Pues venid, doncella, dijo el paje, y mostradme á vuestra madre; porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre.

1 Presentes de regalo.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco más ó menos; y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse <sup>1</sup> ni calzarse, saltó delante de la cabalgadura del paje, y dijo: Venga vuesa merced; que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena por no haber sabido muchos días ha de mi señor padre.

—Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas.

Finalmente, saltando, corriendo y brincando, llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa dijo á voces desde la puerta:

—Salga, madre Teresa, salga, salga; que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre.

Á cuyas voces salió Teresa Panza, su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda, con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada; la cual, viendo á su hija y al paje á caballo, le dijo:

—¿Qué es esto niña? ¿Qué señor es éste?

—Es un servidor de mi señora Doña Teresa Panza, respondió el paje; y diciendo y haciendo se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: Déme vuesa merced sus manos, mi señora Doña Teresa, bien así como mujer legítima del señor Don Sancho Panza, Gobernador propio de la ínsula Barataria.

—¡Ay, señor mío! quítese de ahí, no haga eso, res-

<sup>1</sup> Esto es, componerse la cabeza.

pondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones <sup>1</sup> y mujer de un escudero andante, y no de Gobernador alguno.

—Vuesa merced, respondió el paje, es mujer dignísima de un Gobernador archidignísimo, y para prueba de esta verdad, reciba vuesa merced esta carta y este presente; y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello y dijo:

—Esta carta es del señor Gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la Duquesa, que á vuesa merced me envía.

Quedó pasmada Teresa, y su hija ni más ni menos, y la muchacha dijo:

—Que me maten si no anda por aquí nuestro señor amo Don Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado, que tantas veces le había prometido.

—Así es la verdad, respondió el paje; que por respeto del señor Don Quijote es ahora el señor Sancho, Gobernador de la ínsula Barataria, como se verá por esta carta.

—Léamela vuesa merced, señor gentil hombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja.

—Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí, que yo iré á llamar á quien la lea, ora sea el Cura mismo, ó el Bachiller Sansón Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre.

—No hay para qué se llame á nadie; que yo no sé hi-

<sup>1</sup> *Destripaterrones* debió decirse, pero Teresa era tan buena prevaricadora de palabras como su marido Sancho Panza.

lar, pero sé leer y la leeré; y así, se la leyó toda, que, por quedar ya referida, no se pone aquí; y luego sacó otra de la Duquesa, que decía de esta manera:

«*Amiga Teresa: Las buenas partes de la bondad y del ingenio de vuestro marido Sancho, me movieron y obligaron á pedir á mi marido el Duque le diese un gobierno de una ínsula, de muchas que tiene. Tengo noticia que gobierna como un girifalte <sup>1</sup>, de lo que estoy muy contenta, y el Duque mi señor por consiguiente <sup>2</sup>; por lo que doy muchas gracias al cielo de no haberme engañado en haberle escogido para el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora Teresa, que con dificultad se halla un buen gobernador en el mundo, y tal me haga á mí Dios como Sancho gobierna. Ahí le envió, querida mía, una sarta de corales con extremos de oro: yo me holgara que fuera de perlas orientales; pero quien te da el hueso no te querría ver muerta <sup>3</sup>; tiempo vendrá en que nos comuniquemos, y Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica su hija, y dígale de mi parte que se apareje, que la tengo de casar altamente cuando menos lo piense. Dícenme que en ese lugar hay bellotas gordas: envíeme hasta dos docenas; que las estimaré en mucho por ser de su mano; y escríbame largo, avisándome de su salud y de su bienestar; y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer más*

1 Rara comparación para elogiar á un gobernador pues *giri-falte* es ave de rapiña, y nombre que se da al ladrón de la germanía.

2 La Duquesa remeda el lenguaje de la gente rústica en este modismo aldeano que equivale á *también* y cuyo uso se conserva todavía entre los labradores.

3 Este refrán suele decirse también: *no te quiere mal quien te da un hueso*. El Comendador griego lo cita de esta otra manera: *quien te da un hueso no te querría ver muerto*. Enseña este refrán que no nos quiere mal quien nos hace algún regalo por poco que valga.

*que boquear; que su boca será medida; y Dios me la guarde.*

*De este lugar:*

*Su amiga, que bien la quiere,*

LA DUQUESA.»

—¡Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y qué buena, y qué llana, y qué humilde señora! Con estas tales señoras me entierren á mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasía <sup>1</sup> como si fuesen las mismas reinas; que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora; y veis aquí donde esta buena señora, con ser Duquesa, me llama amiga y me trata como si fuera su igual; que igual la vea yo con el más alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mío, yo le enviaré á su señoría un celemín, que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla <sup>2</sup>. Y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor; pon en orden este caballo, y saca de la caballeriza huevos y corta tocino adunia <sup>3</sup>, y démosle de comer como á un príncipe; que las buenas nuevas que nos ha traído, y la buena cara que él tiene lo merecen todo; y en tanto saldré yo á dar á mis vecinos las nuevas de nuestro contento, y al padre Cura y á Maese Nicolás, el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre.

<sup>1</sup> Entre los aparatos con que iban las hidalgas á la iglesia, era llevar almohadas para sentarse y distinguirse de la gente común. PELLICER.

<sup>2</sup> A mirarlas y maravillarse.

<sup>3</sup> *Adunia* parece corrupción de *ad omnia* y quiere decir en abundancia.

—Sí haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad de esa sarta; que no tengo yo por tan boba á mi señora la Duquesa, que se le había de enviar á ella toda.

—Toda es para ti, hija, respondió Teresa; pero déjame la traer algunos días al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazón.

—También se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lío que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo, que el Gobernador sólo un día llevó á caza, el cual todo lo envía para la señora Sanchica.

—Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni más ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad.

Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas y con la sarta al cuello, é iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero; y encontrándose acaso con el Cura y Sansón Carrasco, comenzó á bailar y á decir:

—Á fe, que agora que no hay pariente pobre, gobiernito tenemos. No, si no tómesese conmigo la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva.

—¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿Qué locuras son éstas, y qué papeles son esos?

—No es otra la locura, sino que estas son cartas de Duquesas y de gobernadores, y éstos que traigo al cuello son corales finos; las Avemarías, y los Padrenuestros son de oro de martillo, y yo soy gobernadora.

—De Dios en ayuso <sup>1</sup> no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decís.

<sup>1</sup> Lo mismo que de Dios abajo, como si dijese: Dios te entenderá que nosotros no te entendemos.

—Ahí lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas.

Leyólas el Cura de modo que las oyó Sansón Carrasco: y Sansón y el Cura se miraron el uno al otro, como admirados de lo que habían leído, y preguntó el Bachiller quién había traído aquellas cartas. Respondió Teresa que viniesen con ella á su casa y verían al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro <sup>1</sup>, y que le traía otro presente que valía más de otro tanto. Quitóle el Cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dijo:

—Por el hábito que tengo, no sé qué me diga ni qué me piense de estas cartas y de estos presentes: por una parte veo y toco la fineza de estos corales, y por otra leo que una Duquesa envía á pedir dos docenas de bellotas.

—Aderézame esas medidas <sup>2</sup>, dijo entonces Carrasco. Ahora bien, vamos á ver al portador de este pliego; que de él nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen.

Hiciéronlo así, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle <sup>3</sup> con huevo, y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos; y después de haberle saludado cortésmente, y él á ellos, le pidió Sansón les dijese nuevas, así de Don Quijote como de

1 Especie de adorno usado antiguamente y que después se trasladó á significar una persona de disposición gentil y gallarda.

2 Se dice cuando alguno habla sin concierto, ó cuando las cosas que se hacen no tienen debida proporción.

3 Cubrirle, ó guarnecerle de huevos. ARRIETA.

Sancho Panza; que puesto que habían leído las cartas de Sancho, y de la señora Duquesa, todavía estaban confusos, y no acababan de atinar qué sería aquello del gobierno de Sancho, y más de una ínsula, siendo todas, ó las más que hay en el mar Mediterráneo de su Majestad.

Á lo que el paje respondió:

--De que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea ínsula ó no la que gobierna, en eso no me entrometo; pero basta que sea un lugar de más de mil vecinos; y en cuanto á lo de las bellotas, digo, que mi señora la Duquesa es tan llana y tan humilde, que no digo yo el enviar á pedir bellotas á una labradora, pero que le acontece enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya; porque quiero que sepan vuesas mercedes que las señoras de Aragón, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas: con más llaneza tratan con las gentes.

Estando en la mitad de estas pláticas, salió Sanchica con una halda de huevos, y preguntó al paje:

—Dígame, señor: ¿mi señor padre trae, por ventura, calzas atacadas <sup>1</sup> después que es gobernador?

—No he mirado en ello, respondió el paje; pero sí debe de traer.

—¡Ay Dios mío! replicó Sanchica, y que será de ver á mi padre con pedorreras ¿No es bueno sino que, desde que nació, tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas!

—Como con ésas cosas le verá vuesa merced si vive,

<sup>1</sup> Atacadas porque se enlazaban ó atacaban á la cintura con agujetas. Solían rellenarse las calzas con muchos forros y trapos, por lo cual las llamaban *pedorreras*.

respondió el paje. Por Dios, términos lleva de caminar con papahigo, con solos dos meses que le dure el gobierno.

Bien echaron de ver el Cura y el Bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba, lo desahacía todo (que ya Teresa les había mostrado el vestido); y no dejaron de reírse del deseo de Sanchica, y más cuando Teresa dijo:

—Señor Cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo <sup>1</sup>, hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere, que en verdad, en verdad, que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere; y aun, que si me enojo, me tengo de ir á esa corte y echar un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar.

—Y ¡cómo, madre! dijo Sanchica; ¡pluguiese á Dios que fuese antes hoy que mañana! aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: «Mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y ¡cómo va sentada y tendida en el coche como si fuera una papesa!» Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche, levantados los pies del suelo. ¡Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo! y ándeme yo caliente, y ríase la gente <sup>2</sup>. ¿Digo bien, madre mía?

1 Saya á modo de campana, dice Covarrubias, toda de arriba á bajo guarnecida con unos ribetes que por ser redondos como los verdugos del arbol, y por ventura de color verde, dieron nombre al verdugado.

2 Refrán sobre el cual hizo Góngora una letrilla, aunque su aplicación es opuesta á la que le da Sanchica.

—Y como que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas esas venturas, y aun mayores, me las tiene profetizadas mi buen Sancho: y verás tú, hija, como no para hasta hacerme condesa, que todo es comenzar á ser venturosa; y como yo he oído decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo, lo es de los refranes); «cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla»; cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado, agárrale; y cuando te hicieren tus-tus con alguna buena dádiva, envásala. No si no dormíos, y no respondáis á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa.

—¿Y qué se me da á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere, cuando me vea tan entonada y tan fantástica<sup>3</sup>: vióse el perro en bragas de cerro<sup>4</sup>, y lo demás?

Oyendo lo cual el Cura, dijo:

—Yo no puedo creer sino que todos los de este linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo; ninguno de ellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen.

—Así es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho, á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señora la Duquesa y el Duque los celebran mucho.

—¿Qué, todavía se afirma vuesa merced, señor mío, dijo el Bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay Duquesa en el mundo que le envíe

<sup>3</sup> Palabra fácilmente formable, pero del género bajo; es lo mismo que *envanecida*.

<sup>4</sup> El refrán entero es: *vióse el perro en bragas de cerro, y no conoció á su compañero*, y se dijo por los que subiendo á mejor fortuna, desconocen á sus antiguos amigos y se desdennan de tratarlos.

presentes y le escriba? Porque nosotros, aunque tocamos los presentes y hemos leído las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de Don Quijote nuestro compatriota, que todas piensa que son hechas por encantamiento, y así estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced por ver si es embajador fantástico ú hombre de carne y hueso.

—Señores, yo no sé más de mí, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores Duque y Duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que he oído decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza. Si en esto hay encantamiento ó no, vuestas mercedes lo disputen allá entre ellos; que yo no sé otra cosa.

—Bien podrá ello ser así, replicó el Bachiller; pero *dubitat Augustinus*.

—Dude quien dudare, respondió el paje, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y si no *operibus credite, et non verbis*. Véngase alguno de vuestas mercedes conmigo, y verá con los ojos lo que no cree por los oídos.

—Esa ida á mí toca, dijo Sanchica. Lléveme vuesa merced, señor, á las ancas de su rocín; que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre.

--Las hijas de los Gobernadores, dijo el paje, no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes.

—Por Dios, respondió Sanchica, tan bien me vaya

5 Pedantería propia de estudiante novel. El paje la entendió y contestó al Bachiller con otro latín.

yo sobre una pollina, como sobre un coche: ¡hallado la habéis la melindrosa!

—Calla, muchacha, dijo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto; que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha; y cuando gobernador, señora; y no sé si digo algo.

—Más dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje; y denme de comer y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde. A lo que dijo el Cura:

—Vuesa merced se vendrá á hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa más tiene voluntad que alhajas para servir á tan buen huésped.

Rehusólo el paje; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el Cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle despacio por Don Quijote y sus hazañas. El Bachiller se ofreció de escribir á Teresa las cartas de la respuesta; pero ella no quiso que el Bachiller se metiese en sus cosas; que le tenía por algo burlón; y así dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sabía escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.



## CAPÍTULO L

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.

Amaneció el día que se siguió á la noche de la ronda del Gobernador, la cual el coronista ocupó en escribir á sus señores lo que Sancho Panza hacía y decía, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse, en fin, el señor Gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio, le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fría, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era más fuerza que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago; haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que más convenía á las personas constituídas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento.

Con esta sofistería padecía hambre Sancho, y tal que en su secreto maldecía el gobierno y aun á quien se le había dado; pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel día, y lo primero que se le ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes á todo el mayordomo y los demás acólitos, que fué:

—Señor, un caudaloso río dividía dos términos de un mismo señorío (y esté vuesa merced atento, porque el caso es dificultoso); digo, pues, que sobre este río es-

taba una puente, y al cabo de ella una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario había cuatro jueces, que juzgaban por la ley que puso el dueño del río, de la puente y del señorío, que era en esta forma: «Si alguno pasare por esta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adónde y á qué va; y si jurare verdad déjenle pasar, y si dijere mentira muera por ello, ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna.» Sabida esta ley y la rigurosa condición de ella, pasaban muchos, que luego en lo que juraban se echaba de ver que decían verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento á un hombre, juró y dijo, que para <sup>1</sup> el juramento que hacía, que iba á morir en aquella horca que allí estaba, y no á otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: Si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir; y si le ahorcamos, el juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídese á vuesa merced, señor Gobernador, ¿qué harán los jueces de tal hombre? que aún hasta ahora están dudosos y suspensos; y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced de su parte diesé su parecer en tan intrincado y dudoso caso. Á lo que respondió Sancho:

—Por cierto que estos señores jueces, que á mí os envían, lo pudieran haber excusado; porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo; pero con todo eso, repetidme otra vez el negocio de

1 Para en lugar de *por*.

modo que yo le entienda; quizá podría ser que diese en el hito. Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero había dicho, y Sancho dijo:

—Á mi parecer este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: el tal hombre jura que va á morir en la horca; y si muere en ella juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre y que pase la puente; y si no le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen.

—Así es como el señor Gobernador dice, dijo el mensajero; y cuanto á la entereza y entendimiento del caso, no hay más que pedir ni que dudar.

—Digo yo, pues, ahora, replicó Sancho, que de este hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen; y de esta manera se cumplirá al pie de la letra la condición del pasaje.

—Pues, señor Gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera, y si se divide, por fuerza ha de morir; y así, no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella.

—Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho: este pasajero que decís, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la puente; porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digáis á esos señores, que á mí os enviaron, que pues están en un fiel las razones de condenarle ó absolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera mejor firmar; y yo en este caso no he hablado de mío, sino que se me

vino á la memoria un precepto, entre otros muchos que me dió mi amo Don Quijote, antes que viniese á ser Gobernador de esta ínsula, que fué, que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia, y ha querido Dios que ahora se me acordase, por venir en este caso como de molde.

—Así es, respondió el mayordomo, y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dió leyes á los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado; y acábase con esto la audiencia de esta mañana, y yo daré orden como el señor gobernador coma muy á gusto.

—Eso pido y barras derechas, dijo Sancho; denme de comer y lluevan casos y dudas sobre mí; que yo las despabilaré en el aire.

Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto Gobernador; y más, que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciéndole la burla última que traía en comisión de hacerle. Sucedió, pues, que habiendo comido aquel día contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de Don Quijote para el Gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta.

Hízolo así el secretario, y repasándola primero, dijo:

—Bien se puede leer en voz alta; que lo que el señor Don Quijote escribe á vuesa merced merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

Carta de Don Quijote de la Mancha á Sancho Paza,  
Gobernador de la Insula de Barataria.

«Cuando esperaba oír nuevas de tus descuidos é impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que di por ello <sup>1</sup> gracias particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres <sup>2</sup>, y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, según la humildad con que te tratas; y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazón; porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos, ha de ser conforme á lo que ellos piden, y no á la medida de lo que su humilde condición le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo; no digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien puesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas: la una ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho, y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que el hambre y la carestía.

1 Sobre el *por ello*, por estar ya *de que*.

2 Alusión al salmo 142 v. 7: *Suscitans a terra inopem et de stercore erigens pauperem.*

»No hagas muchas pragmáticas<sup>3</sup>; y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan lo mismo es que si no lo fuesen; antes dan á entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen á ser como la viga, Rey de las ranas<sup>4</sup>, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella.

»Sé padre de las virtudes, y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos; que en esto está el punto de la discreción. Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas; que la presencia del Gobernador en lugares tales es de mucha importancia: consuela á los presos que esperan la brevedad de su despacho; sé coco á los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y sé espantajo á las plaseras por la misma razón. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo cual yo no creo) codicioso ni glotón; porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación determinada, por allí te darán batería hasta derribarte en el profundo de la perdición. Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos que te di por escrito antes que de aquí te partieses á tu gobierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa que te sobreleve los trabajos y dificultades que á cada paso á

3 La ley que se promulga, dice Covarrubias en el Tesoro de la lengua castellana, en razón de las nuevas ocasiones que se ofrecen en la república para remediar excesos y daños, del nombre griego pragma.

4 Alude á la fábula de cuando las ranas pidieron rey á Júpiter y éste arrojó al agua una viga que de pronto las espantó, pero pasado su terror, les sirvió de estercolero.

los gobernadores se les ofrecen. Escribe á tus señores, y muéstrateles agradecido; que la ingratitud es hija de la soberbia <sup>1</sup>, y uno de los mayores pecados que se saben; y la persona que es agradecida á los que bien le han hecho, da indicio que también lo será á Dios, que tantos bienes le hizo y de contino le hace.

»La señora Duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente á tu mujer Teresa Panza; por momentos esperamos respuesta. Yo he estado un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento que me sucedió no muy á cuento de mis narices; pero no fué nada; que si hay encantadores que me maltraten, también los hay que me defiendan. Avísame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino; cuanto más que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella; y en fin, en fin, tengo de cumplir antes con mi profesión que con el gusto de estos señores, conforme á lo que suele decirse: *amicus Plato, sed magis amica veritas* <sup>2</sup>. Dígote

1 Máxima cierta y bien expresada. El lenguaje de este período es natural y fluido, y las ideas muestran salir de un alma noble, tierna y religiosa.

2 *Amigo Pedro, amigo Juan, pero más amiga la verdad*, según Núñez. Aquí está en verdadero significado el nombre *Plato* por el doble sentido que encierra; mas no así en el dicho del doctor Villalobos. Es el caso que padeciendo S. Francisco de Borja, siendo marqués de Lombay, unas cuartanas, apostó un *plato* de plata sobre si estaría ó no libre de calentura cierto día en que le tocaba darle. Llegó éste y aunque la fiebre era casi imperceptible, conoció aquel docto y festivo médico que había todavía en el pulso algunas cenizas calientes, y en obsequio de la verdad lo confesó, y confesándolo perdió la apuesta del *plato* diciendo: *amicus Plato, sed magis amica veritas*. BASTÚS.

este latín, porque me doy á entender que después que eres Gobernador, lo habrás aprendido.

»Y á Dios, el cual te guarde de que ninguno te tenga lástima.

Tu amigo,

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.»

Oyó Sancho la carta con mucha atención, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron; y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más, quiso responder luego á su señor Don Quijote; y dijo al secretario que sin añadir ni quitar cosa alguna fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

Carta de Sancho Panza á Don Quijote de la Mancha.

»La ocupación de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas; y así las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor mío de mi alma, porque vuesa merced no se espante si hasta ahora no he dado aviso de mi bien ó de mi mal estar en este gobierno, en el cual tengo más hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados.

»Escribióme el Duque mi señor el otro día, dándome aviso que habían entrado en esta ínsula ciertos espías para matarme; y hasta ahora yo no he descubierto otro que un cierto doctor, que está en este lugar asalariado para matar á cuantos gobernadores aquí vinieren; llámase el doctor Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera,

porque vea vuesa merced ;qué nombre, para no temer que he de morir á sus manos! Este tal doctor dice él mismo de sí mismo, que él no cura las enfermedades, cuando las hay, sino que las previene para que no vengan; y las medicinas que usa son dieta y más dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. Finalmente, él me va matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho; pues cuando pensé venir á este gobierno á comer caliente y beber frío y á recrear el cuerpo entre sábanas de holanda, sobre colchones de pluma, he venido á hacer penitencia como si fuera ermitaño; y como no la hago de mi voluntad, pienso que, al cabo, al cabo, me ha de llevar el diablo.

»Hasta ahora no he tocado derecho, ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué va esto; porque aquí me han dicho que los gobernadores que á está ínsula suelen venir, antes de entrar en ella, ó les han dado, ó les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que ésta es ordinaria usanza en los demás que van á gobiernos, no solamente en este.

»Yo visito las plazas, como vuesa merced me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendía avellanas nuevas, y averigüéle que había mezclado con una hana de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas. Apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrán bien distinguir, y sentenciéla á que por quince días no entrase en la plaza; hanme dicho que lo hice valerosamente. Lo que sé decir á vuesa merced, es que es fama en este pueblo que no hay gente más mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas desalmadas y atrevidas; y yo así lo creo por las que he visto en otros pueblos.

»De que mi señora la Duquesa haya escrito á mi mujer Teresa Panza, y enviádole el presente que vuesa merced dice, estoy muy satisfecho, y procuraré demostrarme agradecido á su tiempo; bésele vuesa merced las manos de mi parte, diciendo que digo yo que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra.

»Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que debe de ser alguna de las malas fechorías que con vuesa merced suelen usar los malos encantadores; yo lo sabré cuando nos veamos. Quisiera enviarle á vuesa merced alguna cosa; pero no sé qué le envíe; aunque si me dura el oficio, yo buscaré qué enviar de haldas ó de mangas <sup>1</sup>. Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, pague vuesa merced el porte y envíeme la carta; que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y con esto, Dios libre á vuesa merced de mal intencionados encantadores, y á mí me saque con bien y en paz de este gobierno, que lo dudo, porque le pienso dejar con la vida, según me trata el doctor Pedro Recio.

Criado de vuesa merced.

SANCHO PANZA, EL GOBERNADOR.»

<sup>1</sup> Estas palabras, como lo hizo notar Pellicer, tienen dos sentidos, pues además de significar las partes ó piezas de una armadura ó vestidura, las *haldas* ó faldas, significan aquí los derechos que Sancho debía percibir como gobernador. La *halda* era una especie de faldellín usado por los soldados romanos, el cual descendía desde la cintura hasta las rodillas. Unas veces la *halda* era formada por una continuación de la cota de malla, cortada á tiras para poder andar con más facilidad; y otras, que era lo más común, era hecha de cuero ó lienzo fuerte ricamente bordado ó cubierto con escamas de metal. Las *mangas* es voz italiana castellanizada, derivada de la palabra *mancia*, y significa los regalos que se hacían, cuyas dádivas se llaman comunmente *aguinaldo*,

Cerró la carta el secretario y despachó luego el correo; y juntándose los burladores de Sancho, dieron orden entre sí como despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones<sup>1</sup> de los bastimentos en la república y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio según su estimación, bondad y fama, y el que lo aguase ó le mudase el nombre, perdiese el vino por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corría con exorbitancia; puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interés; puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de día; ordenó que ningún ciego cantase milagros en coplas, si no trajese testimonio auténtico de ser verdaderos, por parecerle que los más que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran; porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *Las constituciones del gran Gobernador Sancho Panza.*

*estrena, albricias.* Quiere pues decir Sancho, que él regalaría á su amo Don Quijote con lo que le valiesen los derechos del gobierno que eran las *haldas*, ó con lo que á él le regalasen, que eran las *mangas*. BASTÚS

1 Eran los revendedores.

## CAPÍTULO LI

Donde se da cuenta de las cartas de Teresa Panza á la Duquesa y á su marido Sancho Panza el Gobernador.

Cuenta Cide Hamete, que estando ya Don Quijote sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel castillo tenía era contra toda la orden de caballería que profesaba; y así determinó de pedir licencia á los Duques para partir á Zaragoza, cuyas fiestas estaban cerca, adonde pensaba ganar el arnés que en tales fiestas se conquista. Y estando un día á la mesa con los Duques, y comenzando á poner en obra su intención y pedir la licencia, veis aquí donde entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza; de cuya llegada recibieron gran contento los Duques, deseosos de saber lo que le había sucedido en su viaje; y preguntándosele, respondió el paje que no lo podía decir tan en público ni con breves palabras, que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para á solas, y que entre tanto se entretuviesen con aquellas cartas; y sacando dos cartas las puso en manos de la Duquesa. La una decía en el sobrescrito: *Carta para mi señora la Duquesa Tal, de no sé dónde;* y la otra: *Á mi marido Sancho Panza, Gobernador de la ínsula Barataria, que Dios prospere más años que á mí.*

No se le cocía el pan, como suele decirse, á la Duquesa hasta leer su carta; y abriéndola, leída <sup>1</sup> para

<sup>1</sup> Abriéndola, leída, parece errata por habiéndola leído.

sí, y viendo que la podía leer en voz alta, para que el Duque y los circunstantes la oyesen, leyó de esta manera:

Carta de Teresa Panza á la Duquesa.

«Mucho contento me dió, señora mía, la carta que vuestra grandeza me escribió; que en verdad que la tenía bien deseada. La sarta de corales es muy buena, y el vestido de caza de mi marido no le va en zaga. De que vuestra señoría haya hecho gobernador á Sancho, mi consorte, ha recibido mucho gusto todo este lugar, aunque no hay quien lo crea, principalmente el Cura y Maese Nicolás, el barbero, y Sansón Carrasco, el bachiller; pero á mí no se me da nada; que, como ello sea así, como lo es, diga cada uno lo que quisiere. Aunque si voy á decir la verdad, á no venir los corales y el vestido, tampoco yo lo creyera, porque en este pueblo todos tienen á mi marido por un porro, y que sacado <sup>1</sup> de gobernar un hato de cabras, no pueden imaginar para qué gobierno pueda ser bueno. Dios lo haga y lo encamine como ve que lo han menester sus hijos. Yo, señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuesa merced, de meter este buen día en mi casa, yéndome á la Corte á tenderme en un coche para quebrar los ojos á mil envidiosos que ya tengo; y así, suplico á vuestra excelencia mande á mi marido me envíe algún dinerillo, y que sea algo qué <sup>2</sup>, porque

1 Sacado no significa lo que por su formación pudiera indicar sino equivale á una preposición que significa *fuera de*, etc.

2 Expresión familiar, que significa lo mismo que *en cantidad de consideración*.

en la Corte son los gastos grandes; que el pan vale á real, y la carne la libra á treinta maravedís, que es un juicio; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me están bullendo los pies por ponerme en camino; que me dicen mis amigas y mis vecinas que si yo y mi hija andamos orondas y pomposas en la Corte, vendrá á ser conocido mi marido por mí más que yo por él, siendo forzoso que pregunten muchos: «¿Quién son esas señoras de este coche?» y un criado mío responderá: «La mujer y la hija de Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria»; y de esta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada, y á Roma por todo.

Pésame cuanto pesarme puede, que en este año no se han cogido bellotas en este pueblo; con todo eso envió á vuesa alteza hasta medio celemín, que una á una las fuí yo á coger y á escoger al monte, y no las hallé más mayores <sup>1</sup>; yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.

No se le olvide á vuestra pomposidad de escribirme; que yo tendré cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hubiere que avisar de este lugar, donde quedo rogando á nuestro Señor guarde á vuestra grandeza, y á mí no me olvide. Sancha mi hija y mi hijo besan á vuesa merced las manos.

La que tiene más deseo de ver á vuesa señoría que de escribirla,

SU CRIADA,

TERESA PANZA.

<sup>1</sup> Incorrección que puede tener excusa en la rusticidad de quien habla.

Grande fué el gusto que todos recibieron de oír la carta de Teresa Panza, principalmente los Duques; y la Duquesa pidió parecer á Don Quijote si sería bien abrir la carta que venía para el Gobernador, que imaginaba debía de ser bonísima. Don Quijote dijo que él la abriría por darles gusto; y así lo hizo, y vió que decía de esta manera:

Carta de Teresa Panza á Sancho Panza, su marido.

«Tu carta recibí, Sancho mío de mi alma, y yo te prometo, como católica cristiana, que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, hermano, cuando yo llegué á oír que eres gobernador, me pensé allí caer muerta de puro gozo; que ya sabes tú que dicen que así mata la alegría súbita como el dolor grande<sup>1</sup>. Sanchica, tu hija, saltaba y bailaba de puro contento. El vestido que me enviaste tenía delante, y los corales que me envió mi señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador de ellas allí presente, y con todo eso creía y pensaba que era todo

1 A pesar de ser la alegría generalmente un bien que todos apetecemos, ha producido en ciertas ocasiones los mismos estragos que el mayor de los males. Chilón en Lacedemonia murió de repente abrazando á su hijo que acababa de ganar el premio en los juegos olímpicos. Diágoras y Sófocles murieron de un exceso de alegría. Dos matronas romanas al ver á sus hijos de vuelta de las batallas de Trasimeno y de Cannas, murieron instantáneamente de gozo. Marco Juvencio Thana al saber que le habían decretado los honores del triunfo por la conquista de la isla de Córcega, cayó muerto de alegría delante del altar en que sacrificaba en acción de gracias. La sobrina de Leibnitz al encontrar sesenta mil ducadss debajo de la cama de su tío, que acababa de espirar, quedó yerta en el mismo sitio. BASTÚS.

sueño lo que veía y lo que tocaba; porque ¿quién podía pensar que un pastor de cabras había de venir á ser gobernador de ínsulas! Ya sabes tú, amigo, que decía mi madre que era menester vivir mucho para ver mucho; dígolo, porque pienso ver más si vivo más; porque no pienso parar hasta verte arrendador ó alcaballero, que son oficios que, aunque lleva el diablo á quien mal los usa, en fin, en fin, siempre tienen y manejan dineros. Mi señora la Duquesa te dirá el deseo que tengo de ir á la Corte; mírate en ello, y avísame de tu gusto; que yo procuraré honrarte en ella, andando en coche.

El Cura, el Barbero, el Bachiller y aun el sacristán, no pueden creer que eres gobernador, y dicen que todo es embeleco ó cosas de encantamiento, como son todas las de Don Quijote, tu amo; y dice Sansón que ha de ir á buscarte y á sacarte el gobierno de la cabeza, y á Don Quijote la locura de los cascos; yo no hago sino reirme y mirar mi sarta, y dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo á nuestra hija. Unas bellotas envió á mi señora la Duquesa; yo quisiera que fueran de oro. Envíame tú algunas sartas de perlas, si se usan en esa ínsula. Las nuevas de este lugar son, que la Berrueca casó á su hija con un pintor de mala mano, que llegó á este pueblo á pintar lo que saliese. Mandóle el concejo pintar las armas de su majestad sobre las puertas del ayuntamiento; pidió dos ducados, diéronselos adelantados, trabajó ocho días, al cabo de los cuales no pintó nada, y dijo que no acertaba á pintar tantas baratijas; volvió el dinero, y con todo eso, se casó á título de buen oficial; verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado la azada, y va al campo como gentil hombre. Ogaño no hay aceitunas, ni se halla una gota

de vinagre en todo este pueblo. Sanchica hace puntas de randas; gana cada día ocho maravedís horros, que los va echando en una alcancía para ayuda de su ajuar, pero ahora, que es hija de un gobernador, tú le darás la dote sin que ella lo trabaje. La fuente de la plaza se secó; un rayo cayó en la picota, y allí me las den todas.

»Espero respuesta de ésta y la resolución de mi ida á la Corte; y con esto Dios te me guarde más años que á mí, ó tantos, porque no querría dejarte sin mí en este mundo.

TU MUJER,

TERESA PANZA.

Las cartas fueron solemnizadas, reídas, estimadas y admiradas; y para acabar de echar el sello, llegó el correo, el que traía la que Sancho enviaba á Don Quijote, que asimismo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del Gobernador.

Retiróse la Duquesa para saber del paje lo que le había sucedido en el lugar de Sancho; el cual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese, dióle las bellotas, y más un queso que Teresa le dió, por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchón. Recibiólo la Duquesa con grandísimo gusto, con el cual la dejaremos para contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.

## CAPITULO LII

## Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.

Pensar que en esta vida las cosas de ella han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. Á la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, y al otoño el invierno, y al invierno la primavera: y así torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sólo la vida humana corre á su fin, ligera más que el tiempo sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético; porque esto de entender la ligereza é inestabilidad de la vida presente, y de la duración de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la natural, lo han entendido; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual, estando la séptima noche de los días de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño á despecho y pesar del hambre, le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la ínsula se hundía. Sentóse en la cama y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podía ser la causa de tan grande alboroto, pero, no sólo no lo supo, sino que, añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó

más confuso y lleno de temor y espanto; y levantándose en pie, se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar ni cosa que se le pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces:

—¡Arma, arma, señor Gobernador! ¡Arma! ¡que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos si vuestra grande industria y valor no nos socorre!

Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atónito y embelesado de lo que oía y veía; y cuando llegaron á él, uno le dijo:

—Ármese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda.

—¿Qué me tengo de armar, respondió Sancho, ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo Don Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo ¡pecador fuí á Dios! no se me entiende nada de estas priesas.

—¡Ah, señor Gobernador! dijo otro, ¿qué relente <sup>1</sup> es éste? Ármese vuesa merced; que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestro guía y nuestro capitán; pues de derecho le toca serlo siendo nuestro Gobernador.

—Ármenme norabuena, replicó Sancho; y al momento le trajeron dos paveses <sup>2</sup> (que venían proveídos

<sup>1</sup> *Relente* corresponde aquí á *lentitud*, *cachaza*, etc. En el sentido recto y natural significa la humedad que se experimenta por la noche, y más aún por la madrugada, estando el tiempo sereno.

<sup>2</sup> *Paveses* eran una especie de escudos largos que cubrían casi todo el cuerpo del que los llevaba.

de ellos,) y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traían hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusieronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase, y los guiase, y animase á todos; que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrían buen fin sus negocios.

—¿Cómo tengo de caminar ¡desventurado yo! respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas, que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pie en algún postigo; que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo.

—Ande, señor Gobernador, dijo otro; que más el miedo que las tablas le impiden el paso; acabe y menéese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan y el peligro carga. Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre Gobernador á moverse, y fué á dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se había hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien así como barca que da al través en la arena; y no por verle caído aquella gente burladora le tuvieron compasión alguna; antes apagando las antorchas, tornaron á reforzar las voces y á reiterar al arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y en-

cogiera, metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre Gobernador, el cual en aquella estrechez recogido, sudaba y trasudaba, y de todo corazón se encomendaba á Dios que de aquel peligro le sacase.

Unos tropezaban en él, otros caían, y tal hubo que se puso encima un buen espacio, y desde allí como desde atalaya gobernaba los ejércitos, y á grandes voces decía:

—¡Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos! ¡Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquilen! ¡vengan alcancías de pez y resina y calderas de aceite ardiendo; trínchense<sup>1</sup> las calles con colchones!

En fin, él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra, con que suele defenderse el asalto de una ciudad, y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufría todo, decía entre sí:

—¡Oh, si mi Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula, y me viese yo ó muerto ó fuera de esta grande angustia!

Oyó el cielo su petición; y cuando menos lo esperaba, oyó voces que decían:

—¡Victoria, victoria! Los enemigos van de vencida: ea, señor Gobernador, levántese vuesa merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor de ese invencible brazo.

—Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho.

Ayudáronle á levantar, y puesto en pie, dijo:

<sup>1</sup> *Atrinchérense*, diríamos ahora.

—El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente; yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjague este sudor, que me hago agua.

Limpiáronle, trajéronle el vino, y desliáronle los paveses. Sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les había dado su desmayo. Preguntó qué hora era; respondieronle que ya amanecía. Calló, y sin decir otra cosa, comenzó á vestirse todo sepultado en silencio; y todos le miraban y esperaban en qué había de parar la priesa con que se vestía.

Vistióse, en fin, y poco á poco, porque estaba molido y no podía ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al Rucio, le abrazó y le dió un beso de paz en la frente y no sin lágrimas en los ojos le dijo:

—Venid vos acá, compañero mío, y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenía con vos, y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichasas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.

Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado, pues, el Rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y ra-

zones al mayordomo, al secretario, 'al maestresala y á Pedro Recio el doctor, y á otros muchos, "que allí presentes estaban, dijo:

—Abrid camino, señores míos, y dejadme volver á mi antigua libertad; dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende á mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar ley, ni defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mí una hoz en la mano, que un cetro de gobernador; más quiero hartarme de gazpacho, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente que me mate de hambre, y más quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de Holanda y vestirme de martas cebollinas. Vuestas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas. Y apártense: déjenme ir, que me voy á bizmar; que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí.

—No ha de ser así, señor Gobernador, dijo el doctor Recio; que yo le daré á vuesa merced una bebida contra caídas y molimientos, que luego le vuelva en su prístina entereza y vigor; y en lo de la comida yo pro-

meto á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere.

—Tarde piache <sup>1</sup>, respondió Sancho; así dejaré de irme como de volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en este, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordobán <sup>2</sup>, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja, y nadie tienda más la pierna de cuanto fuera larga la sábana. Y déjenme pasar, que se me hace tarde. A lo que el mayordomo dijo:

—Señor Gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, bien que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearle; pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residencia. Déla vuesa merced de los días que ha que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios.

<sup>1</sup> Proverbio en que se alude al cuento tan sabido de aquel que tomando unos huevos pasados por agua, se sorbió uno hue-ro y ya con pollo, al cual oyó piar cuando ya iba pasando por el tragadero abajo, y entonces, no queriendo ó no pudiendo volverle, dijo con mucha calma: *tarde piache*, esto es, *tarde piaste*. Aquí quiere decir *hablaste tarde*. ARRIETA.

<sup>2</sup> *Picados* quiere decir labrados con agujerillos ó cortaduras sutiles como se usaron en algún tiempo.

—Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el Duque, mi señor; yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde; cuanto más que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel.

—Á fe que tiene razón el gran Sancho, dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle.

Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no quería más de un poco de cebada para el Rucio, y medio queso y medio pan para él; que pues el camino era tan corto, no había menester mayor ni mejor repostería. Abrazáronle todos, y él, llorando, abrazó á todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinación tan resoluta <sup>1</sup> y tan discreta.

<sup>1</sup> *Resoluta*, palabra anticuada por *resuelta*.

## CAPÍTULO LIII

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.

Sancho, entre alegre y triste, venía caminando sobre el Rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo. Sucedió, pues, que no habiéndose alongado mucho de la ínsula del su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era ínsula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba), vió que por el camino por donde él iba venían seis peregrinos con sus bordones, de estos extranjeros que piden la limosna cantando; los cuales, en llegando á él, se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos <sup>1</sup>, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, si no fué una palabra, que claramente pronunciaban, *limosna*, por donde entendió que era limosna la que en su canto pedían; y como él, según dice Cide Hamete, era caritativo además, sacó de sus alforjas el medio pan y el medio queso de que venía proveído, y dióselo diciéndoles por señas que no tenía otra cosa por darles.

Ellos lo recibieron de muy buena gana, y dijeron:

1 Las peregrinaciones son de la más remota antigüedad. Los judíos se reunían ó iban en peregrinación al lugar donde se hallaba el Tabernáculo. Desde el tercer siglo de nuestra era los cristianos principiaron á ir en romería, y visitar los sepulcros de los mártires. La Tierra Santa fué por mucho tiempo el objeto piadoso de estos viajes. Nuestra Señora de Loreto y Santiago de Galicia fueron los santuarios principalmente visitados por los romeros, peregrinos ó palmeros, los cuales dejaron en ellos testimonios auténticos de su piedad. BASTÚS.

—*Guelte, guelte* <sup>1</sup>.

—No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedís, buena gente.

Entonces uno de ellos sacó una bolsa del seno, y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedían dineros, y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y extendiendo la mano arriba, les dió á entender que no tenía ostugo de moneda; y picando al Rucio, rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno de ellos con mucha atención, arremetió á él, echándole los brazos por la cintura, y en voz alta y muy castellana dijo:

—¡Válame Dios! ¿qué es lo que veo? ¿Es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Sí tengo, sin duda, porque yo ni duermo ni ahora estoy borracho.

Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre y de verse abrazar del extranjero peregrino; y después de haberle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atención, nunca pudo conocerle; pero, viendo su suspensión el peregrino, le dijo:

—¡Cómo! ¿y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar? <sup>2</sup>.

Entonces Sancho le miró con más atención, y comenzó á refigurarle <sup>3</sup>, y finalmente le vino á conocer de todo punto; y sin apearse del jumento, le echó los brazos al cuello, y le dijo:

1 Palabra tudesca ó alemana que significa dinero. En alemán se escribe *ghelt* de donde se derivó *guelte* y no *gueltre*, como se dice en el diccionario de la lengua. PELLICER.

2 El oficio de tendero era uno de los que con preferencia ejercían los moriscos.

3 Es decir reconocer, recordar, repasar la figura.

—Quién te había de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime, ¿quién te ha hecho franchote <sup>1</sup>? y ¿cómo tienes el atrevimiento de volver á España, donde, si te cogen y conocen, tendrás harta mala ventura?

—Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy; que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente, y yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido después que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su Majestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nación amenazaba, según oíste.

Hízolo así Sancho; y hablando Ricote á los demás peregrinos, se apartaron á la alameda que se parecía, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas. Todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traían alforjas, y todas, según pareció, venían bien proveídas, á lo menos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo; y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesós mundos de jamón, que, si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados, pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial <sup>2</sup>, y es hecho de huevos de pescados, gran des-

1 Ó *franchute*, como la gente ordinaria llama á los franceses y á otros extranjeros que andan por España. Es voz de desprecio.

2 *Cabial* es una especie de embuchado de los huevos del esturión, y aun otros pescados crasos, que se cura y endurece al humo. CLEMENCÍN.

pertador de la colambre <sup>1</sup>; no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas: pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino; que cada uno sacó la suya de su alforja; hasta el buen Ricote. que se había transformado de morisco en alemán ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podía competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy despacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa; y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire: puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponían en él la puntería; y de esta manera, meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recibían, se estuvieron un buen espacio trasegando en sus estómagos <sup>2</sup> las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolía <sup>3</sup>, antes, por cumplir con el refrán que él muy bien sabía, de «cuando á Roma fueres haz como vieres <sup>4</sup>», pidió á Ricote la bota, y tomó su puntería como los demás, y

1 *Despertar la colambre* es lo mismo que *llamar á la sed* que dijo antes: excitar el deseo de beber. *Colambre* está por *corambre*, cambiando la *r* en *l*, como es frecuente. *Id.*

2 Se dice *trasegar á* y no *trasegar en*.

3 Alusión al romance antiguo que empieza:

Mira Nero de Tarpeya  
A Roma como se ardía,  
Gritos dan niños y viejos  
Y él de nada se dolía.

4 Traducción en forma de refrán del verso latino:

*Cum Romæ fueris, romano vivito more.* La Academia no lo trae en esta forma, pero en cambio nos ofrece tres lecciones distintas: *Donde fueres, haz como vieres*; — *Donde quiera que fueres, haz como vieres*; — *Por donde fueres, haz como vieres.*

no con menos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas; pero la quinta no fué posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegría que hasta allí habían mostrado.

De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decía:

—Español y *tudesqui tutto uno bono compañero*, y Sancho respondía:

—*Bon compañero*<sup>1</sup> *per Di*; y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdicción suelen tener los cuidados.

Finalmente, el acabárseles el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles; solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habían comido más y bebido menos; y apartando Ricote á Sancho, se sentaron al pie de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño; y Ricote, sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana, le dijo las siguientes razones.

—Bien sabes, oh Sancho Panza, vecino y amigo mío, cómo el pregón y bando que su Majestad mandó publicar contra los de mi nación<sup>2</sup>, puso terror y espanto en todos nosotros; á lo menos en mí le puso de suerte, que me parece que antes del tiempo que se nos concedía<sup>3</sup>

1 Expresión italiana, introducida en nuestra lengua para significar un hombre condescendiente, sociable, amigo de tratarse bien, y de comer y beber con sus amigos. PELLICER.

2 Entra el autor á referir el suceso de la expulsión de los moriscos de España, verificada desde el año de 1609, hasta el de 1614.

3 Este tiempo ó plazo era de treinta días, señalado en la cédula dada en Madrid á 9 de Diciembre de 1609.

para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, á mi parecer, como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir yo solo, sin mi familia, de mi pueblo, é ir á buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demás salieron; porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran sólo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución á su debido tiempo; y forzábame á creer esta verdad, saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían <sup>1</sup>, y tales, que me parece que fué inspiración divina la que movió á su Majestad á poner en efecto tan gallarda resolución <sup>2</sup>; no porque todos fuésemos culpados; que algunos había cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podían oponer á los que no lo eran; y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar. Doquiera

1 Esto no era una calumnia. Había pruebas positivas de la correspondencia que los moriscos de España mantenían con los moros de África y con los turcos.

2 El maestro Burguillos, alabando al Rey D. Felipe III, decía burlescamente:

Y es tan aseado y limpio  
 Que de una vez limpió á España...  
 Echó finalmente á cuantos  
 Por voto bebieron agua,  
 Que en vino, tocino y bulas  
 No gastaron una blanca.

que estamos, lloramos por España <sup>1</sup>; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural. En ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de África, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los más de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dejan allí sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y ahora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacían buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta <sup>2</sup>; juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España, muchos de ellos, cada año á visitar los santuarios de ella; que los tienen por sus Indias, y por certísima granjería y conocida ganancia. Ándanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dineros, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre

<sup>1</sup> Lo mismo sucede en el día. No hay amor á la patria mayor que el del español.

<sup>2</sup> Es Augsburgo, ciudad bien conocida de Baviera, que antiguamente se llamó *Augusta Vindelicorum*.

los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino, y los pasan á sus tierras á pesar de los guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intención, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado (que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro), y escribir, ó pasar desde Valencia, á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar traza como traerlas á algún pueblo de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperraremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros; que en resolución, Sancho, yo sé que la Ricota mi hija, y Francisca Ricota, mi mujer, son católicas cristianas; y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tengo de servir; y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi mujer y mi hija antes á Berbería que á Francia, adonde podía vivir como cristiana. Á lo que respondió Sancho:

—Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopeyo, el hermano de tu mujer; y como debe de ser fino moro, fuese á lo más bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habían quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro, que llevaban para registrar.

—Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi entierro, porque yo no les descubrí donde estaba, temeroso de algún desmán; y así, si tú, Sancho, quieres venir conmigo y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré doscientos escudos con que podrás remediar tus necesidades; que ya sabes que sé yo que las tienes muchas.

—Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso; que á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata; y así por esto, como por parecerme haría traición á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes doscientos escudos, me dieras aquí de contado cuatrocientos.

—Y ¿qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote.

—He dejado de ser gobernador de una ínsula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe, que no hallen otra como ella á tres tirones.

—Y ¿dónde está esa ínsula? preguntó Ricote.

—¿Adónde? respondió Sancho, dos leguas de aquí, y se llama la ínsula Barataria.

—Calla, Sancho, dijo Ricote, que las ínsulas están allá dentro de la mar, que no hay ínsulas en la tierra firme.

—¿Cómo no! replicó Sancho. Dígote, Ricote amigo, que esta mañana me partí de ella, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario<sup>1</sup>; pero con todo eso la he dejado, por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores.

—Y ¿qué has ganado en el gobierno? pregunto Ricote.

—He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar, si no es un ható de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento: porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud.

1 Sagitario en germanía significa el que llevan azotando por las calles.

—Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate; que ¿quién te había de dar á ti ínsulas que gobernar? ¿Faltaban hombres en el mundo más hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme y sacar el tesoro que dejé escondido (que en verdad que es tanto que se puede llamar tesoro), y te daré con qué vivas, como te he dicho.

—Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero; conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buen hora tu camino y déjame seguir el mío; que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño, y déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor Don Quijote.

—No quiero porfiar, dijo Ricote, Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y también es hora que prosigamos nuestro camino; y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su Rucio, y Ricote se arrimó á su bordón, y se apartaron.

---

## CAPÍTULO LV

De cosas sucedidas á Sancho en el camino y otras  
que no hay más que ver.

El haberse detenido Sancho con Ricote, no le dió lugar á que aquel día llegase al castillo del Duque; puesto que llegó media legua de él, donde le tomó la noche, algo oscura y cerrada; pero, como era verano, no le dió mucha pesadumbre; y así se apartó del camino con intención de esperar la mañana, y quiso su corta y desventurada suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el Rucio en una honda y oscurísima sima<sup>1</sup>, que entre unos edificios muy antiguos estaba. Y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazón, pensando que no había de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué así, porque á poco más de tres estados<sup>2</sup> dió fondo el Rucio, y él se halló

1 Siendo de noche excusado fué expresar la cualidad de *oscurísima*, puede considerarse, dice Clemencín, como verdadero pleonasma, y á propósito de *simas*, añade, dice Lope de Vega:

Bien puede ser que tradiciones mientan  
Pero de antiguas cuevas en España  
Cosas notables é inauditas cuentan  
Que la opinión vulgar siempre acompaña.  
Toledo y Salamanca la acrecientan,  
Pero si la primera historia engaña,  
La cueva de Toledo en sus ruínas  
Señales maestra de memoria dinas.

Lo de Salamanca debe referirse á la cueva de S. Patricio.

2 *Estado* es la altura regular de un hombre, y, según Covarrubias, las profundidades se medían por estados.

encima de él sin haber recibido lisi<sup>1</sup>ón ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo y recogió el aliento por ver si estaba sano ó agujerado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced que le había hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si sería posible salir de ella sin ayuda de nadie; pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho especialmente cuando oyó que el Rucio se quejaba tierna y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado.

¡Ay, dijo entonces Sancho Panza, y cuán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se había de ver sepultado en una sima sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado y yo de pesaroso; á lo menos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor Don Quijote de la Mancha cuando descendió y bajó á la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta y cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fan-

1 Así decían nuestros antiguos, y de aquí *lisiado*, que subsiste en el uso actual, á pesar de que decimos lesión, conforme al origen latino de la palabra.

tasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mundos, blancos y raídos, y los de mi buen Rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quién somos, á lo menos de los que tuvieron noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo; ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, <sup>1</sup> donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien de ella se doliera, y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos. ¡Oh compañero y amigo mío, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna en el mejor modo que supieres, que nos saque de este miserable trabajo en que estamos puestos los dos; que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Recuerda este pasaje la exclamacion de Eneas del Libro I. de la Eneida.

*O terque quaterque beati*

*Queis ante ora patrum Troje sub manibus altis*

*Contigit oppetere,*

que D. Miguel Antonio Caro traduce en la siguiente octava:

En este instante de la muerte el hielo

Siente Eneas que embarga sus sentidos,

Y entrambas manos extendiendo al cielo

Clama con ahogada voz entre gemidos:

Dichosos, ay, los que en el patrio suelo,

Al pie de alto muro, en liza heridos,

A vista de sus padres espiraron

Y allí cual buenos su misión finaron.

<sup>2</sup> Son muy graciosas estas lamentaciones de Sancho. La idea de que no habría quien cerrase los ojos al Rucio moribundo, el perdón que le pide y otras circunstancias, pertenecen á aquel *ridículo* que Cervantes supo manejar con tanta maestría.

De esta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna<sup>1</sup>: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el día, con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces por ver si alguno oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no había persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el Rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que lo puso en pie, que apenas se podía tener, y sacando de las alforjas, que también habían corrido la misma fortuna de la caída, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal; y díjole Sancho, como si lo entendiera: todos los duelos con pan son buenos <sup>2</sup>.

En esto descubrió á un lado de la sima un agujero, capaz de caber por él una persona si se agobiaba y encogía. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose, se entró por él, y vió que por dentro era espacioso y largo;

1 En el *Orlando* vemos también que encontrando Orlando al caballo Bayardo sin Reinaldos de Montalván le preguntó:

Ay buen caballo! ¿dónde está Reinaldo?

Dime do está. No me lo estés callando.

Así el Conde al caballo preguntaba,

Y no le respondió, porque no hablaba.

2 Así trae este refrán el Marqués de Santillana. Pero Sancho gran doto en estas materias, hablando con Tomé Becial en la aventura del caballero de los Espejos, había usado el refrán de esta otra suerte: *Los duelos con pan son menos*. De ambos modos indica que las penas y los trabajos son llevaderos cuando hay medios de subsistir cómodamente. CLEMENCIN.

y púdole ver, porque por lo que se podía llamar techo entraba un rayo de sol que lo descubría todo. Vió también que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa: viendo lo cual volvió á salir donde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio <sup>1</sup> hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo; y cogiéndole del cabestro, comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte. A veces iba á oscuras, y á veces sin luz; pero ninguna vez sin miedo.

¡Válame Dios todopoderoso! decía entre sí. Esta que para mí es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo Don Quijote. El sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y palacios de Galiana <sup>2</sup>, y esperara salir de esta oscuridad y estrechez á algún florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, á cada paso pienso que debajo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima, más profunda que la otra que acaba de tragarme. «Bien vengas mal, si vienes solo.»

De esta manera y con estos pensamientos, le pareció que habría caminado poco más de media legua <sup>3</sup>, al

1 *Espacio* unas veces significa lugar, otras tiempo. Aquí indica lo último.

2 Este nombre se da á las ruinas de un edificio romano de Toledo, que existen en la huerta llamada del Rey, á la orilla del Tajo, bajando del puente de Alcántara.

3 Esto era la distancia que, según se dijo arriba, había hasta el castillo de los Duques desde el sitio donde cogió la noche á Sancho. Antiguamente existían en España muchas de estas comunicaciones subterráneas, especialmente cerca de las fortalezas y castillos. Después con el tiempo y con la paz, se han ido hundiendo y olvidando. CLEMENCÍN.

cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que por alguna parte entraba, y daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida.

Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de Don Quijote, que alborozado y contento había salido una mañana á imponerse y ensayarse en lo que había de hacer en los trances en que pensaba verse; y dando un repelón ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los pies tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente de las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin, le detuvo y no cayó; y llegándose algo más cerca, sin apearse, miró aquella hondura, y estándola mirando, oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente pudo percibir y entender que el que las daba decía:

— ¡Ah de arriba! ¿Hay algún cristiano que me escuche, ó algún caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida? ¿de un desdichado desgobernado gobernador?

Parecióle á Don Quijote que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dijo:

— ¿Quién está allá bajo? ¿Quién se queja?

— ¿Quién puede estar aquí, ó quién se ha de quejar, respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador por sus pecados y por su mala andanza de la ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero Don Quijote de la Mancha!

Oyendo lo cual Don Quijote, se le dobló la admiración, y se le acrecentó el pasmo, viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debía ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado de esta imaginación, dijo:

—Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por ti; que pues es mi profesión favorecer y acorrer á los necesitados de este mundo, también lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios.

— De esa manera, respondieron, vuesa merced, que me habla, debe de ser mi señor Don Quijote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro sin duda.

— Don Quijote soy, replicó Don Quijote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso, dime quién eres, que me tienes atónito; porque, si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa Madre Iglesia católica romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declararte, y dime quién eres.

— ¡Voto á tal! señor Don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los días de mi vida; sino que, habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas, que es menester más espacio para decirlas, anoche caí en esta sima donde yago, y el Rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues por más señas está aquí conmigo.

Y hay más, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba.

— ¡Famoso testigo! dijo Don Quijote, el rebuzno conozco perfectamente, y tu voz oigo, Sancho mío. Espé-

rame, iré al castillo del Duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque de esta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto.

— Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto; que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo.

Dejóle Don Quijote, y fué al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron; aunque bien entendieron que debía de haber caído por la correspondencia de aquella gruta, que de tiempos inmemoriales estaba allí hecha; pero no podían pensar como había dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al Rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Vióle un estudiante, y dijo:

— De esta manera habían de salir de sus gobiernos todos los malos gobernantes, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca, á lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dijo:

— Ocho días ó diez ha, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera una hora. En ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos; y siendo esto así como lo es, no merecía yo, á mi parecer, salir de esta manera; pero el hombre propone y Dios dispone; y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno; y cual el tiempo tal el tiento; y nadie diga de esta agua no beberé; que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas; y Dios me entiende, y basta; y no digo más, aunque pudiera.

--No te enojés, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar; ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren; y el querer atar las lenguas de los maldicientes es lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico del gobierno, dicen de él que ha sido un ladrón; y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato.

—A buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto que por ladrón.

En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente del castillo, adonde en unos corredores estaban ya el Duque y la Duquesa esperando á Don Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver al Duque, sin que primero no hubiese acomodado al Rucio en la caballeriza, porque decía que había pasado muy mala noche en la posada; y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales, puesto de rodillas, dijo:

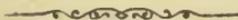
—Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningún merecimiento mío, fuí á gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en gran aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con victoria por el valor de mi brazo; que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolución, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni fle-

chas de mi aljaba; y así, antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través; y ayer, de mañana, dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenía cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metídomé en granjerías; y aunque pensaba hacer muchas ordenanzas provechosas, no hice casi ninguna, temeroso que no se habían de guardar; que es lo mismo hacerlas que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula, sin otro acompañamiento que el de mi Rucio; caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del sol vi la salida; pero no tan fácil; que á no depararme el cielo á mi señor Don Quijote, allí me quedara hasta el fin del mundo. Así que, mis señores Duque y Duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza que ha granjeado, en solos diez días que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuestras mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen: «salta tú y dámela tú,» doy un salto del gobierno y me paso al servicio de mi señor Don Quijote; que en fin en él, aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo menos; y para mí, como yo esté hartó, eso me hace que sea de zanahorias que de perdices.

Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre Don Quijote que había de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazón gracias al cielo; y el Duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haría de suerte que se le diese en su estado otro oficio de

menos carga y de más provecho. Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado <sup>1</sup>.

4 Mejor diría: *de venir molido y mal parado*. *Molido* se toma siempre en mala parte y sobra el *mal*. Suprimido el *mal* es preciso corregir el *peor*. CLEMENCIÑ.



## CAPÍTULO LV

Que trata de como D. Quijote se despidió del Duque.

No quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y más, que aquel mismo día vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho había dicho y hecho en aquellos días; y finalmente les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho y su salida, de que no pequeño gusto recibieron.

Pero ya le pareció á Don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía; que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites que, como á caballero andante, aquellos señores le hacían; y parecíale que había de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y así pidió un día licencia á los Duques para partirse. Diéronsela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase.

Dió la Duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo:

— ¡Quién pensara que esperanzas tan grandes, como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habían de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo Don Quijote de la Mancha? Con todo esto, me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es, enviando las bellotas á la Duquesa; que, á no haberse-

las enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es que á esta dádiva no se le puede dar el nombre de cohecho; porque ya tenía yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razón que los que reciben algún beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo de él, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: «desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano.»

Esto pensaba entre sí Sancho el día de la partida; y saliendo Don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los Duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su Rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, y contentísimo, porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le había dado un bolsico con doscientos escudos de oro para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabía Don Quijote.

Hizo Don Quijote reverencia á los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el Rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> De aquí se infiere que Cervantes, al concluir el presente capítulo, aun tenía ánimo de conducir á su héroe á Zaragoza, según lo había anunciado. CLEMENCÍN.

## CAPÍTULO LVI

Que trata de como menudearon sobre Don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

Cuando Don Quijote se vió en la campaña rasa, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías; y volviéndose á Sancho, le dijo:

—La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida <sup>1</sup>, y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo y la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía á mí que estaba metido entre las estrechezas del hambre, porque no lo gozaba con la libertad que la gozara si fueran míos; que las obligaciones de las recompensas, de los beneficios y mercedes recibidas, son ataduras que no dejan campear el ánimo libre: ¡Venturoso aquel á quien

1. Cervantes lo había hecho así durante su cautiverio en Argel, exponiendo repetidas veces su vida por recobrar la libertad. Navarrete en la vida de Cervantes refiere muy al por menor las inauditos riesgos y trabajos que á éste le produjo el anhelo de recobrar su libertad y de procurársela á sus compañeros de cautiverio.

el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo!

—Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se queden sin agradecimiento de nuestra parte doscientos escudos de oro que en una bolsilla me dió el mayordomo del Duque, que, como píti-ma <sup>1</sup> y confortativo, la llevo puesta sobre el corazón para lo que se ofreciere; que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen; que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen.

En estos y otros razonamientos iban los dos andantes caballero y escudero, cuando vieron, habiendo andado poco más de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á sí tenían unas como sábanas blancas, con que cubrían alguna cosa que debajo estaba; estaban empinadas y tendidas, y de trecho á trecho puestas. Llegó Don Quijote á los que comían, y saludándolos primero cortésmente, les preguntó que qué era lo que aquellos lienzos cubrían. Uno de ellos respondió:

—Señor, debajo de estos lienzos están unas imágenes de relieve y entalladura, que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea. Llevámoslas cubiertas, porque no se desfloren, y en hombros, porque no se quiebren.

—Si sois servidos, respondió Don Quijote, holgaría de verlas; pues imágenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas.

—Y ¡cómo si lo son! dijo otro; si no, diga lo qué

<sup>1</sup> *Pítima* se llama, según Covarrubias, el emplasto que se pone sobre el corazón para desahogarlo y alegrarlo.

cuestan, que en verdad que no hay ninguna que no esté en más de cincuenta ducados; y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced y verla há por vista de ojos; y levantándose, dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de San Jorge, puesto á caballo con una serpiente enroscada á los pies y la lanza que suele pintarse. Toda la imagen parecía una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola Don Quijote, dijo:

—Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina; llamóse Don San Jorge, y fué además defensor de doncellas <sup>1</sup>. Veamos esta otra.

Descubrióla el hombre, y pareció ser la de San Martín, puesto á caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto Don Quijote, cuando dijo:

—Este caballero también fué de los aventureros cristianos, y creo que fué más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre y le da la mitad <sup>2</sup>; y sin duda debía

<sup>1</sup> El llamar *Don* á los santos no es nuevo en Don Quijote. En el siglo XIII, como se ha anotado en otra parte, el poeta D. Gonzalo de Berceo se lo dió á Nuestro Señor Jesucristo.

En el nombre de Dios que fizo toda cosa

Et de Don Jesucristo, fijo de la gloriosa, etc.

En cuanto á hacer caballero á S. Jorge, Cervantes saca partido no sólo de la circunstancia de haber seguido S. Jorge la carrera de las armas, en las que obtuvo un grado superior bajo el imperio de Diocleciano, sino aun también de la manera común de representarle armado de todas armas, con una lanza en la mano, en ademán de acometer á un dragón para defender á una doncella que parece temerosa de ser despedazada por este monstruo. Alegoría con la cual se quiere significar el valor con que este ilustre mártir combatió la idolatría. CLEMENCÍN.

<sup>2</sup> Este hecho lo practicó S. Martín aun viviendo bajo las banderas del Emperador Justiniano, siendo todavía catecúmeno.

de ser entonces invierno, que si no, él se la diera toda según era de caritativo.

—No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atender al refrán que dice, que para dar y tener, se so es menester.

Rióse Don Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del patrón de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas, y en viéndola dijo Don Quijote:

—Este sí que es caballero y de las escuadras de Cristo; este se llama Don Diego Matamoros<sup>1</sup>, uno de

1 Muy oportuno es el apellido de *Matamoros* que se da á Santiago por la protección que dispensó á los Españoles apareciéndose visiblemente muchas veces y en especial durante la reconquista. Estas apariciones, aunque la principal y única reconocida por la Iglesia de la que se reza el 22 de Mayo sea la de Clavijo, son muchísimas según la tradición. Comenzaron á raíz de la unidad católica apareciéndose al Rey Recaredo en la acción de Carcasóna. Aparecióse después á Wamba en las arenas de Nimes, dejándose ver en la toma de la ciudad acompañado de un ejército de ángeles. Después á D. Pelayo en Covadonga; aparecióse varias veces á D. Alfonso el Casto, ayudándole en sus empresas de la reconquista en premio de su humildad y confianza, como él mismo dijo á D. Ramón II junto á Simancas. Tres veces al rey D. Fernando el Magno, una junto á Compostela, otra en la toma de Menguer y la última en Coimbra. Le apareció al conde Fernán González en la batalla de Piedrahita; al Cid Rui Díaz de Vivar en Castilla; al rey D. Fernando II en Zedofeltia, Cáceres y Ciudad Rodrigo; á D. Alfonso VIII en las Navas de Tolosa, donde quedaron muertos doscientos mil moros, con pérdida de muy pocos cristianos; á D. Fernando III el Santo en la conquista de Sevilla; á D. Alfonso el Sabio, yendo sobre Jerez de la Frontera; á D. Pedro de Aragón en la conquista de Huesca; al Gran Capitán en la de Nápoles; á Hernán Cortés junto á Tista, en el río Tabasco y en Pothoción; en Perú y en Cuzco á Francisco Pizarro y en Guatemala á D. Pedro de Alvarado.

los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene ahora el cielo.

Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubría la caída de San Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversión suelen pintarse.

Cuando le vió tan al vivo, que dijeron que Cristo le hablaba y Pablo respondía:

—Este, dijo Don Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás <sup>1</sup>; caballero andante por la vida, y santo á pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase, el mismo Jesucristo.

No había más imágenes; y así mandó Don Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban:

—Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto; porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fueron santos y pelearon á lo divino, y yo soy pecador y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza <sup>2</sup>; y yo ahora no sé lo que conquistó á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio,

1 En efecto S. Pablo de acérrimo enemigo de la naciente Iglesia se convirtió en uno de sus más esclarecidos apóstoles y en el más intatigable defensor de ella.

2 Así lo dice el Evangelio de S. Mateo cap. II, v. 12. *Regnum cælorum vim patitur.*

podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.

—Dios lo oiga, y el pecado sea sordo <sup>1</sup>, dijo Sancho á esta ocasión.

Admiráronse los hombres, así de la figura como de las razones de Don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir quería. Acabaron de comer, cargaron con sus imágenes, y despidiéndose de Don Quijote, siguieron su viaje.

Quedó Sancho de nuevo, como si jamás hubiera conocido á su señor admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debía de haber historia en el mundo, ni suceso que no le tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole:

—En verdad, señor nuestramo, <sup>2</sup> que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinación nos ha sucedido. De ella habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: ¡bendito sea Dios que tal me ha dejado ver con mis propios ojos!

—Tú dices bien, Sancho, dijo Don Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte; y esto que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y

1 Modo de hablar vulgar con que expresa el deseo de que suceda bien alguna cosa que se intenta. *Deus exaudiat et dæmonium avertat.*

2 Palabra rústica con que los mozos de labor y trabajadores del campo suelen hablar á sus familiares, y muy propia en boca de Sancho.

juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno de estos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la orden del bienaventurado y seráfico San Francisco; y como si hubiera encontrado con un grifo, vuelve las espaldas y vuélvese á su casa. Derrámasele el otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazón, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento, como las referidas <sup>1</sup>. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipión á África, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él abrazándose con el suelo, dijo: No te me podrás huír, África, porque te tengo asida y entre mis brazos <sup>2</sup>. Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágenes ha sido para mí felicísimo acontecimiento.

—Yo así lo creo respondió Sancho; y querría que vuesa merced me dijese, ¿qué es la causa por qué dicen los españoles, cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego Matamoros: «Santiago y cierra España? <sup>3</sup>» ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerrarla? O ¿qué ceremonia es esta?

1 Censura aquí Cervantes las preocupaciones vulgares, agüeros y supersticiones, que en su siglo eran todavía muy comunes en España, Francia é Italia no sólo entre la gente baja sino en otros personajes á pesar de su indicada ilustración.

2 Muy semejante á esta fué la expresión del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, cuando en la batalla de Garellano, resbalando su caballo y cayendo con él en el suelo, dijo con rostro alegre á sus soldados: *Ea, amigos, que pues la tierra nos abraza bien nos quiere.*

3 Invocación cuyo uso es antiquísimo en España, especialmente en los combates con los moros. En la batalla de Alcocer, según refiere el poema del Cid.

—Simplicísimo eres, Sancho, respondió Don Quijote, y mira que este gran caballero de la cruz bermeja, háselo dado Dios á España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido; y así le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces lo han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando á los agarenos escuadrones. Y de esta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan.

La suerte, que las cosas de Don Quijote iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel y á gran priesa. Don Quijote, con intrépido corazón se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante.

Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos, que venía más adelante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quijote:

—Apártate, hombre, del camino; que te harán pedazos estos toros.

—Ea, respondió Don Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cría Jarama en sus riberas.

No tuvo lugar de responder el vaquero, ni Don Quijote le tuvo de desviarse, aunque quisiera, y así el

Los moros llaman Mafomat, los cristianos Sanctiague.

Desde la batalla de Clavijo, ganada por D. Ramiro I dice Rodrigo Méndez de Silva, en que se vió pelear á Santiago en un caballo blanco, quedó la devota costumbre de apellidarle en los acontecimientos.

tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro día habían de correrse, pasaron sobre Don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el Rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado Don Quijote, aporreado el Rucio, y no muy católico Rocinante; pero, en fin, se levantaron todos; y Don Quijote á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada diciendo á voces:

—Deteneos y esperad, canalla malandrina; que un sólo caballero os espera, el cual no tiene condición ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata <sup>1</sup>.

Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á Don Quijote, y más enojado que vengado se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el Rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y siguieron su camino.

---

1 Máxima militar que se atribuye al Gran Capitán, y que ha quedado en proverbio.

## CAPÍTULO LVII

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quijote.

Al polvo y al cansancio que Don Quijote sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la cual, dejando libres sin jáquima y freno al Rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas, y de ellas sacó de lo que él solía llamar condumio; enjuagóse la boca y lavóse Don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados. No comía Don Quijote, de puro pesaroso, y Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenía, de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva <sup>1</sup>; pero viendo que, llevado de sus imaginaciones, no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y el queso que se le ofrecía.

—Come, Sancho amigo, dijo Don Quijote, sustenta la vida, que más que á mí te importa, y déjame morir á

1 Hacer la salva es empezar la comida ó bebida. Se tomó esta expresión de la antigua etiqueta usada en los Palacios de los Príncipes y Magnates de que el Maestresala ó *Pregustator* probase los manjares y bebidas antes que sus señores; y se llamaba *hacer la salva* porque daba á entender que aquella ceremonia los ponía á salvo de alguna traición.

mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes; y al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas y entumece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer; de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes.

—De esa manera, dijo Sancho sin dejar de mascar apriesa, no aprobará vuesa merced aquel refrán que dice: «muera Marta, y muera harta»: yo á lo menos no pienso matarme á mí mismo; antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere; yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced; y créame, y después de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes de estas yerbas, y verá como cuando despierte se encuentra algo más aliviado. Hízolo así Don Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho más eran de filósofo que de mentecato, y díjole:

—Si tú ¡oh Sancho! quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serían mis alivios más ciertos y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que mientras yo duermo obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trescientos ó cuatrocientos azotes

á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea; que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia.

—Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho; durmamos por ahora entrambos, y después Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fría es cosa necia, y más si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido. Tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando menos se cate me verá hecho una criba de azotes; y hasta la muerte todo es vida: quiero decir que aún yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido.

Agradeciéndoselo Don Quijote, comió algo. y Sancho mucho; y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío, y sin orden alguna pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos, Rocinante y el Rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dándose prisa para llegar á una venta que al parecer una legua de allí se descubría: digo que era venta, porque Don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron pues á ella; preguntaron al huésped si había posada. Fuéles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su repostería en un aposento de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que Don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no lo hubiese parecido castillo aquella venta.

Llegóse la hora del cenar, recogieronse á su estancia.

preguntó Sancho al huésped que qué tenía para darles de cenar.

Á lo que el huésped respondió que su boca sería medida, y así que pidiese lo que quisiese; que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra, y de los pescados del mar, estaba proveída aquella venta.

—No es menester tanto, respondió Sancho; que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy tragantón en demasía.

Respondióle el huésped que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados.

—Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna.

—¡Polla mi padre! respondió el huésped. En verdad, en verdad que envié ayer á la ciudad á vender más de cincuenta; pero fuera de pollas pida vuesa merced lo que quisiere.

—De esa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito.

—En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra.

—¡Medrados estamos con eso! respondió Sancho: yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos.

—Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene; pues hele dicho que ni tengo pollas ni gallinas, ¿y quiere que tenga huevos? Discurra si quiere, por otras delicadezas y por otros regalos, y déjese de pedir gallinas.

—Resolvámonos, cuerpo de mí, dijo Sancho, medio enojado, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos.

—Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciéndome: «cómeme, cómeme.»

—Por más las marco desde aquí, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto, y no se me daría nada que fuesen manos, como fueren uñas.

—Nadie las tocará, dijo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales, traen consigo cocinero, despensero y repostería.

—Si por principales va, dijo Sancho, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías; ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nisperos.

Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle; que ya le había preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse, pues, la hora del cenar, recogióse á su estancia Don Quijote, trajo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito.

Parece ser que en otro aposento que junto al de Don Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir Don Quijote:

—Bueno será señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda Parte de *Don Quijote de la Mancha* <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Parece que por aquí iba escribiendo Cervantes, cuando llegó á sus manos el libro de Avellaneda, y ya no deja de satirizarle hasta el fin del *Quijote*.

Apenas oyó su nombre Don Quijote cuando se puso en pie, y con oído alerta escuchó lo que de él trataban, y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió:

—¿Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera Parte de la historia de Don Quijote de la Mancha, no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda?

—Con todo eso, dijo el don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena.

—Lo que á mí en este más me desplace, es que pinta á Don Quijote ya olvidado de Dulcinea del Toboso.

Oyendo lo cual Don Quijote lleno de ira y de despecho alzó la voz y dijo:

—Quienquiera que dijere que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso... yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión el guardarla toda su vida y sin hacerle tuerto alguno.

—¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento.

—¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo Don Quijote de la Mancha? que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere; que al buen pagador no le duelen prendas.

Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecían, y uno de ellos, echando los brazos al cuello de Don Quijote, le dijo:

—Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda, vos, señor, sois el verdadero Don

Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor de este libro que aquí os entrego.

Y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó Don Quijote; y sin responder palabra comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió diciendo:

—En este poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero, se llama Mari Gutiérrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza, y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerre en todas las demás de la historia. Á eso dijo Sancho:

—¡Donosa traza de historiador, por cierto! ¡Bien debe estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza, mi mujer, Mari Gutiérrez! Torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí y si me ha mudado el nombre.

—Por lo que os he oído hablar, amigo, dijo don Jerónimo, sin duda debéis de ser Sancho Panza, el escudero del señor Don Quijote.

—Sí, soy, respondió Sancho, y me precio de ello.

—Pues á fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra. Píntaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe.

—Dios se lo perdone, dijo Sancho; dejárame en mi rincón sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma.

Los dos caballeros pidieron á Don Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabían que en aquella venta no había cosas pertenecientes<sup>1</sup> para su persona. Don Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos. Quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio<sup>2</sup>, sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero que no menos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó don Juan á Don Quijote qué nuevas tenía de la señora Dulcinea del Toboso.

Respondió Don Quijote á las preguntas que sobre ella se le hicieron; y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le había sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlín le había dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho.

Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oír contar á Don Quijote los extraños sucesos de su historia; y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenían por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darían entre la discreción y la locura.

Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho equis<sup>3</sup> al

1 Esto es, correspondientes, dignas

2 Es decir, con jurisdicción y dominio absoluto.

3 Quiere decir borracho. En una composición de Antonio de Silva se dice:

Á una bota de Peralta  
Un cofrade de la cepa,

ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando dijo:

—Que me maten, señores, si el autor de este libro que vuestas mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos <sup>1</sup>; yo querría que ya que me llama comilón, como vuestas mercedes dicen, no me llamase también borracho.

—Sí, llama, dijo don Jerónimo; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son mal sonantes las razones, y además mentirosas, según yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho, que está presente.

—Créanme vuestas mercedes, dijo Sancho, que el Sancho y el Don Quijote de esa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y entonado, y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho.

—Yo así lo creo, dijo don Juan; y si fuera posible, se había de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quijote, si no fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apeles.

Con lengua roma le dijo  
De esta manera:  
Tú me has enseñado á hablar  
Todo género de lenguas,  
Pero la que hablo mejor  
Es la tudesca.  
Tú me enseñaste á escribir,  
Pues no sabiendo hacer letra,  
Formo ya las equis bien  
Con las dos piernas.

<sup>1</sup> *Hacer buenas migas* se dice familiarmente de los que viven acordes entre sí.

—Retrátame el que quisiere, dijo Don Quijote; pero no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias.

—Ninguna, dijo don Juan, se le puede hacer al señor Don Quijote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte y grande.

En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque don Juan quisiera que Don Quijote leyera más del libro, por ver lo que discordaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leído, y lo confirmaba por todo necio, y que no quería si acaso llegase á noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leído. Pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuánto más los ojos.

Preguntáronle que adónde llevaba determinado su viaje.

Respondió que á Zaragoza, á hallarse en las justas del arnés, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años.

Díjole don Juan que aquella nueva historia contaba como Don Quijote, sea quien se quisiere, se había hallado en ella en una sortija, falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades.

—Por el mismo caso, respondió Don Quijote, no pondré los pies en Zaragoza; y así sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el Don Quijote que él dice.

—Hará muy bien, dijo don Jerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor.

—Así lo pienso hacer, dijo Don Quijote, y vuestras mercedes me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.

—Y á mí también, dijo Sancho; quizá seré bueno para algo.

Con esto se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento dejando á don Juan y don Jerónimo admirados de ver la mezcla que había hecho de su discreción y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos Don Quijote y Sancho, no los que describía el autor aragonés. Madrugó Don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provisión de su venta, ó la tuviese más proveída.

## CAPÍTULO LVIII

De lo que sucedió á Don Quijote yendo á Barcelona.

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el día en que Don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el más derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenía de sacar mentiroso aquel nuevo historiador que tanto decían que le vituperaba. Sucedió, pues, que en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques <sup>1</sup>; que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele.

Apeáronse de sus bestias amo y mozo; y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que había merendado aquel día, se dejó entrar de rondón por las puertas del sueño; pero Don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho más que el hambre, no podía pegar sus ojos; antes iba y venía con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecía hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea,

1 Tratando Bowle, en su Introducción á la geografía física de España, de la montaña de Monserrat, dice que donde no está cultivado el terreno nacen más de doscientas especies de árboles, arbustos y plantas, y las principales son el pino, madroño, dos especies de encinas de hojas lisas, encina *cocciglandifera*, tres diferentes enebros y otros arbustos: mas no habla de alcornoques. CLEMENCÍN.

ya que le sonaban en los oídos las palabras del sabio Merlín, que le referían las condiciones y diligencias que se habían de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea.

Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero; pues, á lo que creía, sólo cinco azotes se había dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban; y de esto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso:

—Si nudo gordiano <sup>1</sup> cortó el Magno Alejandro, diciendo: «Tanto monta cortar como desatar», y no por eso dejó de ser universal señor de toda el Asia; ni más ni menos podría suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo; que si la condición de este remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, ¿qué se me da á mí que se los dé él ó que se los dé otro? pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren.

Con esta imaginación se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas de modo que pudiese azotarle con ellas. Comenzóle á quitar las cintas; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo:

—¿Qué es esto? ¿Quién me toca y desencinta?

—Yo soy, respondió Don Quijote, que vengo á suplir tus faltas y á remediar mis trabajos; véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando; y así desatácate por tu voluntad; que la mía es de darte en esta soledad, por lo menos, dos mil azotes.

1 Falta el artículo *el*.

— Eso no, dijo Sancho; vuesa merced se esté quedo; si no, á fe que nos han de oír los sordos. Los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo ganas de azotarme; basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere.

— No hay que dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo Don Quijote, porque eres duro de corazón, y aunque villano, blando de carnes; y así procuraba y pugnaba por desenlazarle.

Viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenía las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decía:

— ¿Cómo, traidor! ¡Contra tu amo y señor natural te desmandas! ¡Con quién te da su pan te atreves!

— Ni quito Rey, ni pongo Rey <sup>1</sup>, respondió Sancho,

1 Palabras casi iguales á las que dijo Beltrán Claquin, cuando riñendo en el campo de Montiel el rey D. Pedro el Cruel con su hermano D. Enrique, y teniéndole debajo Beltrán ayudó á don Enrique para ponerse encima de Don Pedro, diciendo: *ni quito Rey, ni pongo Rey, pero ayudo á mi señor*. En un romance antiguo se cuenta el suceso de este modo:

Y en aquesta fiera lucha  
Sólo un testigo se ha hallado,  
Paje de espada de Enrique  
Que de afuera mira el caso....  
Ambos vinieron al suelo,  
Y Enrique cayó debajo.  
Viendo el paje á su señor  
En tan peligroso paso,  
Por detrás al Rey allega,  
Reciamente dél tirando,

sino ayúdome á mí, que soy mi señor. Vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora; que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no, aquí morirás traidor, enemigo de doña Sancha <sup>1</sup>.

Prometió Don Quijote, no tocarle en el pelo de la ropa, y que quedaría en toda su voluntad y albedrío el azotarse cuando quisiese.

Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio; y yendo á arrimarse á otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza; y alzando las manos topó con dos pies de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo; acudió á otro árbol y sucedióle lo mismo; dió voces llamando á Don Quijote, que le favoreciese. Hízolo así Don Quijote, y preguntándole qué le había sucedido y

Diciendo: no quito Rey,  
Ni pongo Rey de mi mano,  
Pero hago lo que debo  
Al oficio de criado.

<sup>1</sup> Alega aquí Sancho los últimos versos del romance antiguo de D. Rodrigo de Lara, el que vendió al Rey moro de Córdoba los siete Infantes de Lara. Salió un día á caza D. Rodrigo y se encontró con Mudarra González, hermano de los Infantes, aunque de otra madre, el cual le dijo:

Por hermanos me los hube  
Los siete Infantes de Lara.  
Tú los vendiste, traidor,  
En el val de Arabiana,  
Mas si Dios á mí me ayuda,  
Aquí dejarás el alma.  
—Espéresme, don Gonzalo,  
Iré á tomar las mis armas.  
—El espera que tú diste  
A los Infantes de Lara.  
Aquí morirás, traidor,  
Enemigo de doña Sancha.

de qué tenía miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas.

Tentólos Don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser, y díjole á Sancho:

—No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas y no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados; que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta; por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona <sup>1</sup>; y así era la verdad, como él lo había imaginado.

Al amanecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecía; y si los muertos los habían espantado, no menos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos <sup>2</sup>, que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen hasta que llegase su capitán.

Hallóse Don Quijote á pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente sin defensa al-

1 Tal era en tiempo de Cervantes el estado de la hermosa Cataluña, que la multitud de foragidos era indicio de hallarse cerca de su capital. Este mal era antiguo, señaladamente en el Ampurdán, puesto que á principios del reinado de Carlos V, decía el Canónigo de Toledo Blas Ortiz en su *Itinerario desde Roma á España*, que en todo el principado de Cataluña, pero en el Ampurdán, *plusquam alibi in toto principatu Catalauniae grassantur pestiferi homines, qui damnati seu proscripti dicuntur, depopulatores agrorum, quasique quoddam viperarum genus omnibus infestissimum. Ii saepe itinera frequentant, et publicas stratas.... obsident.... a quibus caedes, strages atque insidias parantur, et alia innumerabilia damna ab iis oriuntur, quibus segniter obviantur.* CLEMENCÍN.

2 De ir á bandadas se les dió el nombre de bandoleros.

guna; y así tuvo por bien cruzar las manos é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura. Acudieron los bandoleros á espulgar al Rucio, y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traía; y avínole bien á Sancho, que en una ventrera <sup>1</sup> que tenía ceñida venían los escudos del Duque y los que habían sacado de su tierra; y con todo eso, aquella buena gente le escardara y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazón su capitán, el cual mostró ser de edad de treinticuatro años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color moreno.

Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletas, que en aquella tierra se llaman pedreñales <sup>2</sup>, á los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza; mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y á Don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él, diciéndole:

— No estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en las manos de algún cruel Osiris <sup>3</sup>, sino en

1 Faja que ciñe y aprieta el vientre.

2 Venían á ser una especie de arcabuces pequeños y los solían usar los foragidos. Cervantes dice que se llamaban *pedreñales* porque no se les daba fuego con mecha como á los arcabuces, sino con pedernal. Esta clase de armas era tan común en el Principado, que se acostumbraban á su manejo desde niños.  
PELLICER.

3 Confunde á Osiris con Busiris. Osiris, rey de Argos y después de Egipto, se adquirió los honores divinos por las artes que enseñó, dicen, á los Egipcios. Busiris, otro rey del mismo país,

las de Roque Guinart<sup>1</sup>, que tienen más de compasivas que de rigurosas.

—No es mi tristeza, respondió Don Quijote, haber caído en tu poder ; oh valeroso Roque ! cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, según la orden de la andante caballería que profeso, á vivir contino alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo; porque te hago saber ; oh gran Roque ! que si me hallaran sobre mi caballo, con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy Don Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe.

Luego Roque Guinart conoció que la entereza de Don Quijote tocaba más en locura que en valentía; y aunque algunas veces le había oído nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazón de hombre; y holgóse en extremo de haberle encontrado para tocar de cerca lo que de lejos de él había oído; y así le dijo: —Valeroso caballero, no os despechéis, ni tengáis á si-

sacrificaba cruelmente á los extranjeros que llegaban á Egipto. Esto le atrajo el odio de los escritores. Ovidio atribuye aquellos impíos sacrificios al deseo de expiar una sequía de nueve años que se había padecido en Egipto, excitado por un extranjero que fué la primera víctima de su consejo. No falta quien todo lo tiene por fábula, negando hasta la existencia de Busiris. Mas como quiera, la crueldad de éste pasó en proverbio, y esto es á lo que alude aquí Cervantes. CLEMENCÍN.

1 El verdadero nombre y apellido de este bandido, dice Clemencín en quien se hallan copiosas y eruditas noticias sobre el mismo, fué el de Pedro Rochaquinarda y no el de Roque Guinart ó Guiñart.

niestra fortuna esta en que os halláis; que podría ser que en estos tropiezos vuestra torcida fortuna se enderezase; que el cielo por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caídos y enriquecer los pobres.

Dióle las gracias Don Quijote, y dirigiéndose á los bandoleros les hizo una plática en que les persuadía dejasen aquel modo de vivir tan peligroso, así para el alma como para el cuerpo; pero como los más eran gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de Don Quijote. Roque Guinart, haciendo poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas y dineros, y todo aquello que desde la última repartición habían robado; y hecho brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva.

Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á Don Quijote:

—Si no se guardase esta puntualidad con éstos, no se podría vivir con ellos.

Á lo que dijo Sancho:

—Según lo que aquí he visto, es tan buena la justicia, que es necesario que se use aun entre los mismos ladrones.

Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno de aquellos escuderos, que estaban puestos de centinelas por los caminos, para ver la gente que por

ellos venía, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y éste dijo:

—Señor, no lejos de aquí, por el camino que va á Barcelona viene un gran tropel de gente.

—Á lo que respondió Roque:

—¿Has echado de ver si son de los que nos buscan ó de los que nosotros buscamos?

—No, sino de los que buscamos, respondió el escudero.

—Pues salid todos, replicó Roque, y traédme los aquí luego sin que se os escape ninguno.

Hiciéronlo así, y quedándose solos Don Quijote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traían, y en este entretanto dijo Roque á Don Quijote:

—Nueva manera de vida le debe de parecer al señor Don Quijote la nuestra, nuevas travesuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama á otro, y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que no sólo las mías, pero las ajenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir de él á puerto seguro.

Admirado quedó Don Quijote de oír hablar á Roque

tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los oficios semejantes de robar, matar y saltar, no podía haber alguno que tuviese buen discurso y respondióle:

—Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena. Vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo (ó Dios, por mejor decir), que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro; y más, que los pecadores discretos están más cerca de enmendarse que los simples; y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia. Y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvación, véngase conmigo; que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo.

Rióse Roque del consejo de Don Quijote, á quien mudando plática, contó uno que otro trágico suceso de su agitada vida. Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros á caballo, y dos peregrinos á pie, y un coche de mujeres con hasta seis criados, que á pie y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traían. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quién eran, y adónde iban, y qué dinero llevaban.

Uno de ellos le respondió:

—Señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española; tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en cuatro galeras que dicen están en Barcelona, con orden de pasar á Sicilia; llevamos hasta doscientos ó trescientos escudos, con que á nuestro parecer, vamos ricos y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros.

Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los capitanes. Fuéle contestado que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entrambos podían llevar hasta sesenta reales.

Quiso saber también quién iba en el coche, y adónde, y el dinero que llevaban, y uno de los de á caballo dijo:

—Mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del Regente de la Vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche. Acompañámoslas seis criados, y los dineros son seiscientos escudos.

—De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales. Mis soldados deben de ser hasta sesenta; mírese á cómo le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador.

Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz diciendo:

—¡Viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los *lladres* que su perdición procuran!

Mostraron afligirse los capitanes, entristeciése la señora Regenta, y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscación de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podía conocer á tiro de arcabuz; y volviéndose á los capitanes dijo:

—Vuestras mercedes, señores capitanes, por cortesía

sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad de lo que canta yanta; y luego puédense ir su camino libres y desembarazadamente, con un salvoconducto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mías, que tengo divididas por esos contornos, no les hagan daño; que no es mi intención de agraviar á soldados ni á mujer alguna, especialmente á las que son principales.

Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad; que por tal la tuvieron el dejarle su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar las manos del gran Roque: pero él no lo consintió en ninguna manera, antes le pidió perdón del agravio que le había hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora Regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habían repartido, y ya los capitanes habían desembolsado los sesenta.

Iban los peregrinos á dar su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos; y volviéndose á los suyos les dijo:

—De estos escudos dos tocan á cada uno, y sobran veinte; los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura; y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveído Roque, les dió por escrito un salvoconducto para los mayores de sus escuadras; y despidiéndose de ellos, los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposición y extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno, que por ladrón conocido.

Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana:

—Este nuestro capitán más es para frade que para bandolero; si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda y no con la nuestra. No lo dijo tan paso <sup>1</sup> el desventurado que dejase de oírlo Roque, el cual, echando mano á la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole:

—De esta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos.

Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra; tanta era la obediencia que le tenían. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un amigo de Barcelona, dándole aviso como estaba consigo el famoso Don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decían; y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de allí á cuatro días, que era el de San Juan Bautista, se lo pondría en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre su asno; y que diese noticia de esto á sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen; que él quisiera que careciesen de este gusto los Cadells sus contrarios <sup>2</sup>, pero que esto era imposi-

1 Adverbio que significa lo mismo que *en voz baja*. Úsase también en diminutivo. Otras veces significa *lentamente, poco á poco*.

2 Guinart era del partido de los Niarros, según Cervantes, y sus razones tuvo éste quizá para afirmarlo, mayormente siendo cierto que existieron en Cataluña por aquellos tiempos los dos bandos de Niarros y Cadells, que tanta sangre costaron al Principado. Sin embargo no se ha podido hallar ni un solo documento que dé noticia del origen y objeto de estos dos bandos, ni que mencionase siquiera á sus individuos, sino con el nombre de ladrones y bandoleros ó malhechores, sin suponer entre ellos otra

ble á causa que las locuras y discreciones de Don Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podían dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba.

división que la de cuadrillas con sus jefes. Parece, no obstante, que en su principio tuvieron objeto estas cuadrillas, principalmente la de los *Cadells*, que tomaría este nombre de Juan *Cadell* señor del castilló de Arseguel, quien se puso al frente de una porción de facciosos, los cuales, divididos después en opiniones, degeneraron, y acrecentándose ocasionaron las venganzas particulares, robos, incendios, muertes y demás excesos que se refieren en varios documentos coetáneos y que les adquirían el apodo vulgar de *Cadells*, no tanto por su primer *Juan Cadell*, cuanto por insulto, y aludiendo á la significación catalana de la palabra, que equivale á cachorros; y que los *Cadells* llamarían en correspondencia á sus contrarios, *Narros*, *Niarros*, ó mejor *Guierros*, que es lo mismo que *porcell* en catalán, ó lechón en castellano. Ambos apodos pueden aludir al anhelo y encarnizamiento con que se persiguieron estos dos bandos, como lo demuestra la voz de ataque con que solían acometer los de la cuadrilla de Rochaquinarda, apellidando *¡á carn!... ¡á carn!...* y manifestando así la ferocidad de sus corazones, que sólo respiraban sangre, muerte y atrocidades. A esto aludía una de las décimas del famoso Rector de Valfogona D. Vicente García, poeta catalán y contemporáneo de estos bandos, en su *Desengaño del mundo*, en que, aseando á los caballeros catalanes sus bandos, dice:

Cuant lo evangeli cantaban  
 En la Iglesia antiguament,  
 Los nobles incontinent,  
 La espasa desembaynaban;  
 Y ab axó significaban  
 Que tenían á parell  
 De morir pelean per ell.  
 Mes aquesta gallardía  
 Tota se n' avuy en día  
 En ser Guerro ó ser Cadell.

## CAPÍTULO LIX

De lo que sucedió á Don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto.

Tres días y tres noches estuvo Don Quijote con Roque, y si estuviera trescientos años no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecían, acullá comían; unas veces huían sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormían en pie, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces <sup>1</sup>, aunque traían pocos, porque casi todos se servían de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el Visorey de Barcelona había echado sobre su vida, le traían inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habían de matar ó entregar á la justicia: vida por cierto miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, Don Quijote y Sancho con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de San Juan, en la noche; y abrazando Roque á Don Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos (que hasta entonces no se los había dado), los dejó, con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron.

Volvióse Roque, quedóse Don Quijote esperando el

<sup>1</sup> Esto es, las mechas con que se les pegaba fuego.

día así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oído, aunque al mismo instante alegraron también el oído el són de las muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, «trapa, trapa, aparta, aparta <sup>1</sup>» de corredores, que al parecer de la ciudad salían. Dió lugar la aurora al sol, que con un rostro mayor que una rodela por el más bajo horizonte poco á poco se iba levantando.

Tendieron Don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces de ellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habían visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales, abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrían el agua; dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos. Comenzaron á moverse y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros, que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salían. Los soldados de las galeras dis-

<sup>1</sup> Repetición de palabras para llamar la atención del concurso y conseguir luego despejar el lugar. El mismo Cervantes en el *Viaje al Parnaso* dice también:

Oyóse en esto el són de una corneta  
Y trapa, trapa, aparta, afuera, afuera.

Y Góngora dijo también en un romance burlesco:

Hace Muza sus buñuelos,  
Dice el otro, aparta, aparta,  
Que entra el valeroso Muza,  
Cuadrillero de unas cañas.

paraban infinita artillería, á quien respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa <sup>1</sup> con espantoso estruendo rompía los vientos, á quien respondían los cañones de cruzía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda <sup>2</sup>, el aire claro, solo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iban infundiendo y engendrando <sup>3</sup> gusto súbito en todas las gentes. No podía imaginar Sancho como pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movían.

En esto llegaron corriendo con grita, liliés y algazara, los de las libreas, adonde Don Quijote suspenso y atónito estaba; y uno de ellos <sup>4</sup>, que era el avisado de Roque Guinart, dijo en alta voz á Don Quijote:

—¡Bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella, el lucero y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene! ¡Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha; no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos descubrió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores!

No respondió Don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demás que le seguían, comenzaron

1 Está visto que no era la artillería, en el significado actual de esta palabra, la que disparaban los soldados, tanto de las galeras como de las murallas. Serían los mosquetes ó arcabuces.

2 Adjetivo anticuado. Plácida, alegre, agradable.

3 El verbo *ir*, usado con los gerundios de otros, forma una especie de verbos compuestos para expresar la *progresión* ó *continuación*, así como el verbo *tener*, usado del mismo modo, forma otra clase de verbos *de estado*. CLEMENCIN.

4 Era D. Antonio Moreno, como se ve en el capítulo siguiente.

á hacer un revuelto caracol alrededor de Don Quijote, el cual, volviéndose á Sancho, dijo:

—Estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del aragonés, recién impresa.

Volvió otra vez el caballero que habló á Don Quijote, y dijole:

—Vuesa merced, señor Don Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart.

Á lo que Don Quijote respondió:

—Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque; llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más si la queréis ocupar en vuestro servicio.

Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el caballero; y encerrándole todos en medio, al són de las chirimías y de los atabales, se encaminaron con él á la ciudad, al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos que el malo, ordenaron que dos de ellos, traviesos y atrevidos, se entraran por toda la gente; y alzando el uno la cola del Rucio y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos <sup>1</sup> manojos de aliagas.

Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron su disgusto de manera, que dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el

<sup>1</sup> El adjetivo plural *sendos*, *sendas*, trae su origen de *singulos*, *singulas* terminaciones masculina y femenina de acusativo plural del distributivo latino *singuli*, *singulae*, *singula* y significa *cada cual su ó bien cada uno de dos ó más*.

plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su Rucio. Quisieron los que guiaban á Don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron entre más de otros mil que los seguían. Volvieron á subir Don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guía, que era grande y principal, en fin como de caballero rico, donde le dejaremos por ahora, porque así lo quiere Cide Hamete.

## CAPÍTULO LX

Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías, que no pueden dejar de contarse.

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de Don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable; el cual, viendo en su casa á Don Quijote, andaba buscando modos cómo, sin su perjuicio, sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á Don Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y agamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcón que salía á una calle de las más principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban <sup>1</sup>.

Corrieron de nuevo delante de él los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo día, se las hubieran puesto; y Sancho estaba contentísimo, por parecerle que se había hallado, sin saber cómo ni

<sup>1</sup> Alusión á la costumbre de tener monas atadas en los balcones, lo que frecuentemente da ocasión para que se paren á mirarlas los que pasan, y señaladamente los muchachos.

cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de Don Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel día con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos, y tratando á Don Quijote como á caballero andante, de lo cual, hueco y pomposo, no cabía en sí de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oían.

Estando á la mesa, dijo don Antonio á Sancho:

—Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco <sup>1</sup> y de albondiguillas <sup>2</sup>, que si os sobran las guardáis en el seno para el otro día.

—No, señor; no es así, respondió Sancho, porque tengo más de limpio que de goloso, y mi señor Don Quijote que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces, nos solemos pasar entrambos ocho días. Verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla; quiero decir, que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado <sup>3</sup>, y no limpio, téngase por dicho que no acierta; y de otra manera dijera esto <sup>4</sup>, si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa.

—Por cierto, dijo Don Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come, se puede escribir y gra-

1 Componíase de pechugas de ave, leche, harina de arroz y azúcar, y solía servirse en forma de pellas.

2 Otro manjar muy conocido que se compone de carne ó pescado picado, huevos, tocino y especias, y se sirve en trozos de forma redonda, del tamaño de nueces, poco más ó menos.

3 *Aventajado* se toma aquí en mala parte, y es lo mismo que *descompasado*, con *exceso*.

4 Esto es, que diría que miente, expresión que el respeto á las personas presentes no permitía usar á Sancho.

bar en láminas de bronce <sup>1</sup>, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre, parece algo tragón, porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto; y en el tiempo que fué gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto, que comía con tenedor las uvas, y aun los granos de la granada.

—¡Cómo! dijo don Antonio: ¿Gobernador ha sido Sancho?

—Sí, respondió Sancho, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez días la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo. Salí huyendo de ella, y caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cual salí vivo por milagro.

Contó Don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes.

Levantados los manteles, y tomando don Antonio per la mano á Don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no había otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenía, sobre la cual estaba puesta al modo de las cabezas de los emperadores romanos <sup>2</sup>, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce.

1 Como si se tratara de alguno de los más memorables personajes ó hechos de la humanidad.

2 En tiempo de Cervantes era muy común adornar los edificios y los jardines con los bustos de los primeros Césares ó Emperadores romanos. Tales bustos, ó vinieron de Italia, donde se sabe que abundaba esta clase de obras, que hubieron de traer á España los Gobernadores de los Estados de Milán y los virreyes de Nápoles durante los reinados de Carlos V y Felipe II, ó bien los hicieron en España los artistas italianos traídos por estos monarcas.  
CLEMENCIN.

Paseóse don Antonio con Don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, después de lo cual dijo:

—Ahora, señor Don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las más raras aventuras, ó por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con condición que lo que á vuesa merced dijere, lo ha de depositar en los últimos retretes <sup>1</sup> del secreto.

—Así lo prometo, respondió Don Quijote, y aun le echaré una losa encima para más seguridad; porque quiero que sepa vuesa merced, señor don Antonio (que ya sabía su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oír, no tiene lengua para hablar; así que con seguridad puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mío, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio.

—En fe de esa promesa, respondió don Antonio, quiero poner á vuesa merced en admiración con lo que viere y oyere, y darme á mí algún alivio de la pena que me causa no tener con quién comunicar mis secretos que no son para fiarse de todos.

Suspenseo estaba Don Quijote, esperando en qué habían de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano don Antonio, se la paseó por la cabeza de bronce, y por toda la mesa, y por el pie de jaspe sobre que se sostenía, y luego dijo:

<sup>1</sup> En tiempo de Cervantes *retrete* significaba el aposento pequeño y recogido en la parte más secreta de la casa, á que ahora suele darse el nombre francés de *boudoir*, habiendo quedado el de *retrete* para las piezas destinadas á la clase más necesaria de limpieza. De este modo se ha envilecido la palabra *retrete* con perjuicio de la lengua, que no tiene otra que sustituirle; y lo mismo ha sucedido con *bacin* y otras. CLEMENCIN.

—Esta cabeza, señor Don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nación y discípulo del famoso Escotillo <sup>1</sup>, de quien tantas maravillas se cuentan; el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le di, labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfección que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde.

Admirado quedó Don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á don Antonio; pero por ver cuán poco tiempo había para hacer la experiencia <sup>2</sup>, no quiso decirle otra cosa, sino que le agradecía el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demás caballeros estaban. En este tiempo les había contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habían acontecido.

Aquella tarde sacaron á pasear á Don Quijote, no ar-

<sup>1</sup> Miguel Escoto ó Escotillo era italiano, natural de Parma, y vivía en Flandes en tiempo de Alejandro Farnesio, el cual mandaba los ejércitos de Felipe II en aquellas provincias. Era Escotillo muy dado al estudio de las matemáticas, y en especial al de la astrología judiciaria; y así era tenido por encantador y nigromante.

<sup>2</sup> El verbo *habla* explica mal la idea, pues lo que con él se dice es que no alcanzaba para hacer la experiencia el tiempo con que para esto podía contarse. El pensamiento estaría exactamente expresado diciéndose *faltaba* en lugar de *había*. CLEMENCIN.

mado, sino de rúa, vestido un balandrán <sup>1</sup> de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho, de modo que no le dejasen salir de casa. Iba Don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandrán, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *¡Este es Don Quijote de la Mancha.*

En comenzando el paseo, llevaba el rótulo los ojos de cuantos venían á verle, y como leían:

« Este es Don Quijote de la Mancha », admirábase Don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocían; y volviéndose á don Antonio, que iba á su lado le dijo:

—Grande es la prerrogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos de esta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen.

—Así es, señor Don Quijote, respondió don Antonio; que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesión de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras.

Acaeció, pues, que yendo Don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rótulo de las espaldas, alzó la voz diciendo:

—¡Válgate Barrabás por Don Quijote de la Mancha! ¿Cómo? ¿que hasta aquí has llegado sin haberte muerto

<sup>1</sup> Traje de casa que actualmente sólo usan los eclesiásticos, y aun éstos lo van dejando.

los infinitos palos que tienes á cuestras! Tú eres loco; y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican; si no, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate de estas vaciedades, que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento.

—Hermano, dijo don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor Don Quijote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros, que le acompañamos, no somos necios. La virtud se ha de honrar dondequiera que se hallare, y andad en hora mala, y no os metáis donde no os llaman.

—Pardiez, vuesa merced tiene razón, respondió el castellano, que aconsejar á este buen hombre es dar coces contra el agujón; pero, con todo eso, me da muy gran lástima, que el buen ingenio, que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería; y de hoy más, aunque viviese más años que Matusalén, no daré consejo á nadie aunque me lo pida.

Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero, fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente traía leyendo el rótulo, que se le hubo de quitar don Antonio, como que le quitaba otra cosa.

Llegó la noche, volviéronse á casa; hubo sarao, porque la mujer de don Antonio, que era una señora principal, alegre y discreta, convidó á otras personas amigas á que viniesen á honrar á su huésped y á gustar de sus nunca vistas locuras.

Otro día le pareció á don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada; y con Don Quijote,

Sancho y otros dos amigos, y dos señoras, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenía, encargóles el secreto, y díjoles que aquel era el primer día donde se había de probar la virtud de la tal cabeza encantada; y si no eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabía el busilis del encanto; y aun, si don Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, también ellos cayeran en la admiración en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal orden estaba fabricada.

El primero que se llegó al oído de la cabeza fué el mismo don Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida:

—Dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra, ¿qué pensamientos tengo yo ahora?

Y la cabeza le respondió sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta razón:

—Yo no juzgo de pensamientos.

Oyendo lo cual, todos quedaron atónitos, y más viendo que en todo el aposento, ni alrededor de la mesa, no había persona humana que responder pudiese.

—¿Cuántos estamos aquí? tornó á preguntar don Antonio.

Y fuéle respondido, por el propio tenor, paso:

—Estáis tú y tu mujer, con dos amigos tuyos y dos amigas de ella, y un caballero famoso, llamado Don Quijote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre.

¡Aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto!

Y apartándose don Antonio de la cabeza, dijo:

—Esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza resposdona, y admirable cabeza. Llegue otro y pregúntele lo que quisiere.

—Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fué:

—Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa? Y fuéle respondido:

—Sé muy honesta.

—No te pregunto más, dijo la preguntante. Llegó luego la compañera y dijo:

—Querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no. Y respondiéronle:

—Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada, diciendo:

—Esta respuesta no tenía necesidad de pregunta; porque en efecto, las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los amigos de don Antonio, y preguntóle:

—¿Quién soy yo? Y fuéle respondido:

—Tú lo sabes. No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas si me conoces tú.

—Sí, conozco, le respondieron, que eres don Pedro Noriz.

—No quiero saber más, pues esto basta para entender ¡oh cabeza! que lo sabes todo. Y apartándose, llegó el otro amigo y preguntóle:

—Dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo?

—Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso te sé decir que los que tu hijo tiene son de enterrarte.

—Eso es, dijo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo; y no pregunto más. Llegóse la mujer de don Antonio y dijo:

—Yo no sé, cabeza, qué preguntarte, sólo querría saber de ti si gozaré muchos años de mi buen marido. Y respondiéronla:

—Sí, gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego Don Quijote, y dijo:

—Díme, tñ, el que respondes, ¿fué verdad ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea?

—A lo de la cueva, respondieron, hay mucho que decir; de todo tiene. Los azotes de Sancho irán despacio; el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecución.

—No quiero saber más, dijo Don Quijote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que me vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué:

—Por ventura, cabeza, ¿tendré otro gobierno? ¿Saldré de la estrechez de escudero? ¿Volveré á ver á mi mujer y á mis hijos? A lo que le respondieron:

—Gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella verás á tu mujer y á tus hijos; y dejando de servir, dejarás de ser escudero.

—¡Bueno, por Dios! dijo Sancho Panza; esto yo me lo dijera; no dijera más el profeta Perogrullo <sup>1</sup>.

—Bestia, dijo Don Quijote, ¿qué quieres que te res-

<sup>1</sup> Profecías de Perogrullo se llamaban ciertas verdades que

ponda? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta?

—Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara más y me dijera más.

Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiración en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio, que el caso sabían. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso al mundo, creyendo que algún hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba; y así dice que don Antonio Moreno, á imitación de otra cabeza que vió en Madrid, fabricada por un estampero, hizo esta en su casa para entretenerse y suspender á los ignorantes; y la fábrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenía era de lo mismo, con cuatro garras de águila que de él salían para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecía medalla<sup>1</sup> y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más

de puro claras era necedad el afirmarlas. Quevedo refiere varias de ellas en la *Visita de los chistes*:

Las antiguas profecías  
Dijeron que en nuestros días  
Será lo que Dios quisiere.  
Volaráse con las plumas,  
Andaráse con los pies,  
Serán seis dos veces tres.

A éstas que entonces se llamaban *profecías*, llamamos ahora comúnmente *verdades de Perogrullo*,

Que á la mano cerrada  
Llamaba puño.

También se llaman *perogrulladas las verdades de Perogrullo*.

1 Aquí está usada con impropiedad la palabra medalla que significa un plano en que hay alguna figura de relieve.

ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente que ninguna señal de juntura se parecía. El pie de la tabla era ansimismo hueco, que respondía á la garganta y pechos de la cabeza, y todo esto venía á responder á otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida, se encaminaba un cañón de hoja de lata muy justo, que de nadie podía ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponía el que había de responder, pegada la boca con el mismo cañón, de modo que á modo de cervatana <sup>1</sup> iba la voz de arriba á bajo y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras; y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el cual, estando avisado de su señor tío de los que habían de entrar con él en aquel día en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza á la primera pregunta. A las demás respondió con conjeturas, y como discreto, discretamente.

Y dice más Cide Hamete Benengeli, que hasta diez ó doce días duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenía en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondía, le mandaron que la deshiciese y no pasase más adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinión de Don Quijote y de Sancho Panza, la cabeza quedó por encantada y por respondona, más á satisfacción de Don Quijote que de Sancho.

Los caballeros de la ciudad, por complacer á don

<sup>1</sup> Cañoncito hueco, soplando por el cual se despiden bodosques ú otros cuerpos redondos.

Antonio y por agasajar á Don Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija <sup>1</sup> de allí á seis días, que no tuvo efecto por la ocasión <sup>2</sup> que se dirá adelante.

Dióle gana á Don Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pie, temiendo que si iba á caballo le habían de perseguir los muchachos; y así él y Sancho, con otros dos criados que don Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió, pues, que yendo por una calle, alzó los ojos Don Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*; de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto imprenta alguna <sup>3</sup>, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en ésta, enmendar en aquélla, y finalmente, toda aquella máquina que en las imprentas grandes se muestra. Llegábase Don Quijote á una caja y preguntaba qué era aquello que allí se hacía. Dábanle cuenta los oficiales; admirábase, y pasaba adelante.

Llegó, entre otros, á uno, y preguntóle qué era lo que hacía. El oficial le respondió:

— Señor, este caballero que aquí está (y señaló á un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estále yo componiendo para darle á la estampa.

1 Juego ecuestre en el cual el jinete intenta, durante la carrera, enfilear con su vara una sortija pendiente de una cinta.

2 Esta ocasión fué el encuentro de D. Quijote con el caballero de la Blanca Luna por quien fué vencido.

3 Barcelona fué una de las primeras ciudades de España en que hubo imprenta.

— ¿Qué título tiene el libro? preguntó D. Quijote. A lo que el autor respondió:

— Señor, el libro en toscano se llama *Le bagatelle*.

— ¿Y qué responde *Le bagatelle* en nuestro castellano? preguntó Don Quijote.

— *Le bagatelle*, dijo el autor, es como si en castellano dijésemos los juguetes; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y sustanciales.

— Yo, dijo Don Quijote, sé algún tanto del toscano <sup>1</sup>, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mío (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no más), ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignata*?

— Sí, muchas veces, respondió el autor.

— ¿Y cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó Don Quijote.

— ¿Cómo la había de traducir, replicó el autor, sino diciendo *olla*?

— ¡Cuerpo de tal! dijo Don Quijote, y que adelante está vuesa merced en el toscano idioma <sup>2</sup>! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano *place*; y adonde diga *più*, dice *más*; y el *sú* declara con *arriba*, y el *giú* con *abajo*.

1 Bajo la dominación de los españoles en Italia, especialmente en Milán, Nápoles y Sicilia durante los siglos XVI y XVII, era muy común entre ellos el estudio de la literatura italiana y aun el uso de este idioma; por lo cual se hallan en muchos de nuestros escritores de aquel tiempo, entre ellos el mismo Cervantes, varios italianismos.

2 Esta y las expresiones que siguen son irónicas.

— Sí declaro por cierto, dijo el autor, porque esas son propias correspondencias <sup>1</sup>.

— Osaré yo afirmar, dijo D. Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, y los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡qué de ingenios arrinconados! ¡qué de virtudes menospreciadas! Pero, con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés; que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel. Y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque entre otras cosas peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trajesen. Fuera de esta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa <sup>2</sup> en su *Pastor Fido*, y el otro don Juan de Jáuregui <sup>3</sup> en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traducción ó cuál el original. Pero dígame vuesa mer-

1 Pellicer cree que en este traductor del italiano quiso reprehender Cervantes la ocupación común de algunos literatos de como ahora sucede con las del francés, con mala elección tal vez de las obras originales y con el lenguaje descuidado con que adulteran la lengua castellana.

2 El Dr. Cristóbal de Figueroa, era natural de Valladolid y fué auditor de nuestras tropas en Italia.

3 Don Juan de Jáuregui fué un caballero sevillano no menos poeta que pintor insigne, arte que profesaba por afición, y de que se servía para retratar á sus amigos, y á otros, como lo hizo con Miguel de Cervantes, según dice este en el prólogo de las Novelas.

ced, ¿este libro imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algún librero?

—Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados, por lo menos, con esta primera impresión, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á diez reales cada uno en daca las pajas.

—¡Bien está vuesa merced en la cuenta! respondió Don Quijote. Bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y más si el libro es un pcco avieso y no nada picante.

—Pues ¡qué! dijo el autor, ¿quiere vuesa merced que se lo dé á un librero, que me dé por el privilegio tres maravedís, y aun piense que me hace merced en dár-melos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras; provecho quiero; que sin él no vale un cuatrín <sup>1</sup> la buena fama.

Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió Don Quijote; y pasó adelante á otra caja, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro, que se intitulaba *Luz del alma* <sup>2</sup>; y en viéndole dijo: Estos tales libros, aunque hay muchos de este género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces

1 Pequeña moneda de cobre.

2 El título de la obra es: *Luz del alma cristiana contra la ceguera é ignorancia*, ó explicación de la doctrina cristiana, escrito por Fray Felipe de Meneses, religioso dominico, catedrático de Alcalá y Rector del Colegio de San Gregorio de Valladolid.

para tantos deslumbrados. Pasó adelante, y vió que asimismo se estaba corrigiendo otro libro; y preguntando su título, le respondieron que se llamaba *La Segunda Parte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal vecino de Tordesillas.

—Ya yo tengo noticia de este libro, dijo Don Quijote, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San Martín se le llegará, como á cada puerco; que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza de ella, y las verdaderas tanto son mejores, cuanto son más verdaderas; y diciendo esto, con muestras de algún despecho, se salió de la imprenta.

## CAPÍTULO LXI

Que trata de la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido.

Una mañana, saliendo Don Quijote á pasearse por la playa armado de todas sus armas (porque como muchas veces decía, ellas eran sus arreos y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto), vió venir hacia él un caballero armado asimismo de punta en blanco <sup>1</sup>, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente, el cual, llegándose á trecho que podía ser oído, en altas voces, encaminando sus razones á Don Quijote, dijo:

—Insigne caballero, y jamás, como se debe, alabado Don Quijote de la Mancha, yo soy *el Caballero de la*

4 Lo mismo que armado de pies á cabeza.

*Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído á la memoria. Vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más apreciable que tu *Dulcinea del Toboso*; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacción sino que, dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvación de tu alma; y si tú me vencieres, quedará á tu discreción mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el día traigo de término para despachar este negocio.

Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la *Blanca Luna*, como de la causa porque le desafiaba, y con reposo y ademán severo le respondió:

—Caballero de la *Blanca Luna*, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamás habéis visto á la ilustre *Dulcinea*, que si visto la hubiérades, yo sé que procurárades no poner os en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber mujer que con ella compararse pueda: y así, no diciéndoos que mentís, sino que no acertáis en lo propuesto, con las condiciones que habéis referido, acepto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el día que traéis determinado; y sólo excep-

to de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean; con las mías me contento, tales cuales ellas son. Tomad, pues, la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo; y á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga.

Habían descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y díchoselo al Visorey, de que estaba hablando con Don Quijote de la Mancha. El Visorey, creyendo sería alguna aventura fabricada por don Antonio Moreno, de quien era muy amigo, ó por otro algún caballero de la ciudad, fué á ver á don Antonio y salió luego á la playa con él y con otros caballeros que le acompañaban y Sancho, á tiempo cuando <sup>1</sup> D. Quijote volvía las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo, pues, el Visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movía á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió cuál era el motivo de la pendencia, y en breves razones le dijo las mismas que había dicho á Don Quijote, con la aceptación de las condiciones del desafío, hechas por entrambas partes. Llegóse el Visorey á don Antonio, y preguntóle paso si sabía quién era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querían hacer á Don Quijote (de cuya locura tenía sobrada noticia). Don Antonio le respondió que ni sabía quién era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al Visorey en <sup>2</sup> si les dejaría ó no pasar adelante en la batalla; pero no

1 Actualmente en vez de *á tiempo cuando*, decimos *á tiempo que*.

2 Se dice que está perplejo *entre no en una ú otra cosa*.

pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo:

—Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor Don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios y dense.

Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al Visorey la licencia que se les daba, y Don Quijote hizo lo mismo; el cual, encomendándose al cielo de todo corazón, y á su Dulcinea, como tenía de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecían, tornó á tomar otro poco más del campo, porque vió que su contrario hacía lo mismo; y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó á Don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza (que la levantó al parecer de propósito), que dió con Rocinante y con Don Quijote por el suelo una peligrosa caída.

Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo:

—Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo:

—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra.

—Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna. Viva, viva en su entereza la fama de Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla.

Todo esto oyeron el Visorey y D. Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que Don Quijote respondió, que cumpliría como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesión <sup>1</sup>, volvió las riendas el de la Blanca Luna; y haciendo medida <sup>2</sup> con la cabeza al Visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el Visorey á don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron á Don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro mal parado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse ni qué hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamiento. Veía á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas oscurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temía si quedaría ó no contrechó Rocinante, ó deslocado su amo; que no fuera poca ventura si deslocado <sup>3</sup> quedara. Finalmente, con una silla de manos que mandó traer el Visorey, le llevaron á la ciudad, y

1 No fué *confesión* sino oferta. Confesar es reconocer una cosa por verdadera y aquí no se trata de confesar ni negar, sino de cumplir lo concertado.

2 Género de reverencia que se hace á la persona venerable.

3 Equívoco que en el primer caso significa lo mismo que *dis-*

el Visorey se volvió también á ella, con deseo de saber quién fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante había dejado á Don Quijote.

## CAPÍTULO LXII

Donde se da noticia de quién era el de la Blanca Luna.

Siguió don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle también, y aun persiguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un mesón dentro de la ciudad. Entró en él don Antonio con deseo de conocerle; salió un escudero á recibirle y á desarmarle; encerróse en una sala baja, y con él don Antonio; que no se le cocía el pan hasta saber quién fuese. Viendo, pues, el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo:

— Bien sé, señor, á lo que venís, que es á saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, qué á mí me llaman el Bachiller Sansón Carrasco. Soy del mismo lugar de Don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que más se la han tenido uno he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella; y así, habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el Ca-

*locado*, con los huesos fuera de su lugar. En el segundo quiere decir privado de su locura.

ballero de los Espejos, con intención de pelear con él y vencerle sin hacerle daño; poniendo por condición de nuestra pelea, que el vencido quedase á discreción del vencedor. Y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar y que no saliese de él en todo un año, en el cual tiempo podría ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí y me derribó del caballo, y así, no tuvo efecto mi pensamiento; él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caída, que fué además peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que decirnos otra cosa alguna. Suplícoos no me descubráis ni le digáis á Don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería.

— ¡ Oh señor! dijo don Antonio, Dios os perdone el agravio que habéis hecho á todo el mundo, en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él. ¿ No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de Don Quijote, á lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo imagino que toda la industria del señor Bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diría que nunca sane Don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera de ellas puede volver á alegrar á la misma

melancolía. Con todo esto, callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco.

El cual respondió que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso; y habiéndose ofrecido don Antonio de hacer lo que más le mandase, se despidió de él; y hechas liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo con que entró en la batalla, se salió de la ciudad aquel mismo día, y se volvió á su patria, sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó don Antonio al Visorey todo lo que Carrasco le había contado, de lo que el Visorey no recibió mucho gusto, porque con el recogimiento de Don Quijote se perdía el que podían tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia.

Seis días estuvo Don Quijote en el lecho, marrido<sup>1</sup>, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho y entre otras razones le dijo:

— Señor mío, alce vuestra merced la cabeza, y alégrese, si puede, y dé gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidoso, aunque es vuesa merced el más mal parado. Yo, que dejé con el gobierno los deseos de ser

1 Esto es, amarrado, melancólico, triste, afligido.

más gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey, dejando el ejercicio de su caballería; y así, vienen á volverse en humo mis esperanzas.

—Calla, Sancho, pues ves que mi reclusión y retirada no ha de pasar de un año; que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane y algún condado que darte.

—Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo; que siempre he oído decir que más vale buena esperanza que ruin posesión.

Llegóse el día de la partida de Don Quijote y Sancho, que fué de allí á otros dos; que la caída no le concedió que más presto se pusiese en camino. D. Quijote desarmado y de camino, Sancho á pie, por ir el Rucio cargado con las armas.

## CAPÍTULO LXIII

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

Al salir de Barcelona volvió Don Quijote á mirar el sitio donde había caído, y dijo:

—Aquí fué Troya<sup>1</sup>; aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la for-

1 Esta expresión habrá debido sin duda su origen á los versos 40 y 41 que Virgilio escribe en el libro tercero de la Eneida:

*Litora quum patriæ lacrymans portusque relinquo,  
Et campos ubi Troja fuit.*

En los 324 y 325 del libro segundo había escrito también:

*Venit summa dies, et ineluctabile tempus  
Dardanie! Fuimus Troës: fuit Ilium, et ingens  
Gloria Teucrorum.*

tuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se oscurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse.

Oyendo lo cual Sancho dijo:

—Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, ahora que soy escudero de á pie, no estoy triste; porque he oído decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo ciega; y así no ve lo que hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza.

—Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quijote; muy á lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es, que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía, pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarín <sup>1</sup> mis presunciones; pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podía resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme, en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos, y ahora, cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa. Camina, pues, amigo Sancho, y vamos á te-

<sup>1</sup> Palabra anticuada que significa *pérdida ó ganancia exorbitante*; y salir al *gallarín*, frase familiar, suceder á uno alguna cosa mal ó vergonzosamente.

ner en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mí olvidado ejercicio de las armas.

— Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pie, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algún árbol en lugar de un ahorcado <sup>1</sup>, y ocupando yo las espaldas del Rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere; que pensar que tengo de caminar á pie y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado.

— Bien has dicho, Sancho, respondió Don Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pie de ellas ó al rededor de ellas, grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldán estaba escrito:

Nadie las mueva  
Que estar no pueda  
Con Roldán á prueba.

— Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho y si no fuera por la falta que para el camino nos había de hacer Rocinante, también fuera bien dejarle colgado.

— Pues ni él ni las armas, replicó D. Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buen servicio mal galardón.

— Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho; porque, según opinión de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda; y pues de este suceso vuesa merced tiene la culpa, castíguese á sí mismo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la

<sup>1</sup> Alude aquí Sancho á los ahorcados con que se encontró en el bosque donde residía Roque Guinart.

blandura de mis pies, queriendo que camine más de lo justo.

En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel día, y aun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbare su camino; y al quinto día, á la entrada de un lugar, hallaron á la puerta de un mesón mucha gente, que, por ser fiesta, se estaba allí solazando.

Cuando llegaba á ellos Don Quijote, un labrador alzó la voz, diciendo:

—Alguno de estos dos señores que aquí vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta.

—Sí, diré por cierto, respondió Don Quijote, con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla.

—Es, pues, el caso, dijo el labrador, señor bueno <sup>1</sup>, que un vecino de este lugar, tan gordo que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino, que no pesa más que cinco. Fué la condición que habían de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales, y habiéndole preguntado al desafiador, cómo se había de igualar el peso, dijo que el desafiado, que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro á cuestras, y así se igualarían las once arrobas del flaco con las once del gordo.

—Eso no, dijo á esta sazón Sancho, antes que Don Quijote respondiese; y á mí, que ha pocos días que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas y dar parecer en todo pleito.

—Responde en buen hora, dijo Don Quijote, Sancho amigo; que yo no estoy para dar migas á un gato <sup>2</sup>, según traigo alborotado y trastornado el juicio.

—Con esta licencia, dijo Sancho á los labradores (que

1 Modo de hablar á una persona desconocida.

2 Expresión proverbial.

estaban muchos alrededor de él, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya):

— Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino ni tiene sombra de justicia alguna; porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que éste las escoja tales que le impidan ni estorben de salir vencedor. Y así es mi parecer que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes, de aquí ó de allí de su cuerpo, como mejor le pareciere, y de esta manera, quedando en cinco arrobas de peso se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y así podrán correr igualmente.

— ¡Voto á tal, dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un canónigo! Pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, cuanto más seis arrobas.

— Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muele con el peso, ni el gordo se descarne; y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro <sup>1</sup>, y sobre mí la capa cuando llueva.

— Yo, señores, respondió Don Quijote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés y caminar más que de paso.

Y así dando de las espuelas á Rocinante, pasó adelante, dejándolos admirados el haber visto y notado,

<sup>1</sup> Esto es: del vino caro, ó del mejor vino, porque había en muchos pueblos una taberna ó casa dondese vendía vino de mejor calidad, y por consiguiente valía á precio más alto ó caro que el común.

así su extraña figura como la discreción de su criado, que por tal juzgaron á Sancho; y otro de los labradores dijo:

—Si el criado es tan discreto, ¿cuál debe de ser el amo? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca que á un tris han de venir á ser alcaldes de Corte, que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura, y cuando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano ó con una mitra en la cabeza.

## CAPÍTULO LXIV

De la cerdosa aventura que le aconteció á  
Don Quijote.

Era la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista; que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió Don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexión y pocos cuidados.

Los de Don Quijote le desvelaron de manera que despertó á Sancho, y le dijo:

—Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condición. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando tú cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú

estás perezoso y desalentado de puro harto <sup>1</sup>. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad de esta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desvíate algún trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea; y esto, rogando te lo suplico; que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Después que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza.

—Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme; que me hará hacer juramento de no tocarme jamás el pelo del sayo, no que al de mis carnes.

—¡Oh alma endurecida! ¡oh escudero sin piedad! ¡oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propincuas de ser conde ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento de ellas más de cuanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem*.

—No entiendo eso, replicó Sancho; sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y ¡bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, man-

1 Hermosísimo ejemplo de antítesis.

jar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templá el ardor, y finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto! Sólo una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es, que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia.

—Nunca te he oído hablar, Sancho, dijo Don Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: «no con quien naces, sino con quien paces.»

—¡Ah, pesia tal! replicó Sancho. Señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que también á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos, mejor que á mí; sino que debe de haber entre los míos y los suyos esta diferencia, que los de vuesa merced vendrán á tiempo, y los míos á deshora; pero, en efecto, todos son refranes.

En esto estaban, cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido, que por todos aquellos valles se extendía. Levantóse en pie Don Quijote y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del Rucio, poniéndose á los lados el lío de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quijote. De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca de los dos temeroso; á lo menos al uno, que al otro ya se sabe su valentía. Es, pues, el caso, que llevaban unos hombres á vender á una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas; y era tanto el ruido que llevaban, y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de Don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser po-

día. Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara; y sin tener respeto á la autoridad de Don Quijote ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos deshaciendo las trincheras de Sancho y derribando, no solo á Don Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusión y por el suelo á la albarda, á las armas, al Rucio, á Rocinante, á Sancho y á Don Quijote.

Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciendo que quería matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos, que ya había conocido que lo eran.

Don Quijote le dijo:

—Déjalos estar, amigo; que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que, á un caballero andante vencido, le coman adivas<sup>1</sup> y le piquen avispas, y le huellen puercos.

—También debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos les piquen moscas, les coman piojos y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? tornémonos á acomodar y durmamos lo poco que queda de la noche, y amaneceará Dios y medraremos.

—Duerme tú, Sancho, respondió Don Quijote, que naciste para dormir; que yo nací para velar.

<sup>1</sup> Adiva, dice Covarrubias, es una enfermedad de las bestias en la garganta, que las ahoga.

## CAPÍTULO LXV

De lo que á Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea.

Iba el vencido y asendereado Don Quijote pensativo además á causa del vencimiento, cuando dijo á su escudero:

—Feliz tú Sancho amigo, que tienes una virtud *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, más que estudios de recibir martirios en tu persona. De mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querría que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo. Mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros míos.

A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo <sup>1</sup>, y dió consentimiento en su corazón á azotarse de buena gana, y dijo á su amo:

—Ahora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced, en lo que desea, con provecho mío; que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuánto me dará por cada azote que me diere.

—Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió Don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad

<sup>1</sup> Mejor dicho está *un palmo* que *de un palmo*, pues se refiere á los ojos ya que las orejas no se abren ni se cierran.

de este remedio, el tesoro de Venecia <sup>1</sup>, las minas del Potosí <sup>2</sup> fueran poco para pagarte. Toma tú el tanto de lo que llevas mío, y pon el precio de cada azote.

—Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trescientos azotes; de ellos me he dado hasta cinco, quedan los demás. Entren en la cuenta estos cinco, y vengamos á los tres mil y trescientos, que á cuartillo cada uno (que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase), montan tres mil y trescientos cuartillos; que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trescientos hacen ciento cincuenta medios reales, que vienen á hacer setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinticinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas... y no digo más <sup>3</sup>.

—¡Oh Sancho bendito! ¡oh Sancho amable! respondió Don Quijote, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los días que el cielo nos diere la vida! Si ella vuelve al ser perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha; y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuando quieras comenzar la disciplina; que porque la abrevies te añado cien reales.

1 Considerable era el que tenía acaudalado el senado de Venecia en los sótanos del palacio de San Marcos durante los días de su pujanza y dominación.

2 El descubrimiento de estas ricas minas del Perú se debió á una casualidad. Un indio llamado Hualpa estando cazando por aquellos contornos descubrió un pedazo de oro nativo. Confió este secreto á un vecino suyo, quien lo comunicó á otro hasta que llegó á oídos de Francisco Pizarro, el cual mandó explotar la mina, y fundó una población en 1545.

3 El refrán entero es: *no se cogen truchas á bragas enjutas.*

—¿Cuándo? replicó Sancho: esta noche sin falta. Procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes.

Llegó la noche, esperada de Don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habían quebrado, y que el día se alargaba más de lo acostumbrado.

Finalmente, se entraron entre unos amenos árboles <sup>1</sup>, que poco desviados del camino estaban, donde, dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el Rucio, se tendieron sobre la verde yerba y cenaron del repuesto de Sancho, el cual, haciendo del cabestro y de la jáquima del Rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas.

Don Quijote, que le vió ir con denuedo y con brío, le dijo:

—Mira, amigo, que no te hagas pedazos; da lugar que unos azotes aguarden á otros; no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad de ella te falte el aliento; quiero decir, que no te des tan recio que te falte la vida antes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de más ni de menos, yo estaré desde aparte <sup>2</sup> contando con este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo, conforme tu buena intención merece.

—Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho, yo pienso darme de manera que sin matarme me duela; que en esto debe de consistir la sustancia de este milagro.

Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arreba-

<sup>1</sup> *Amenos* se dice de campos y prados: de los árboles se dice *frondosos*.

<sup>2</sup> *Desde aparte*, modo adverbial poco usado.

tando el cordel, comenzó á darse, y comenzó Don Quijote á contar los azotes.

Hasta seis ú ocho se habría dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla y muy barato el precio de ella; y deteniéndose un poco, dijo á su amo que se llamaba á engaño, porque merecía cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo.

—Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo Don Quijote; que yo doblo la parada del precio.

—De ese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios y lluevan azotes. Pero el socarrón dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecía que con cada uno de ellos se le arrancaba el alma.

Tierna la de Don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo:

—Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo; que no se ganó Zamora en una hora <sup>1</sup>. Más de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado; bastan por ahora; que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga.

—No, no, señor, respondió Sancho, no se ha decir por

<sup>1</sup> Refrán con que se significa que las cosas grandes y arduas necesitan de tiempo para ejecutarse ó lograrse, y al que hubo de dar origen la obstinada resistencia que experimentó el rey Don Sancho II de Castilla, en el cerco de la ciudad de Zamora, que pretendía quitar á su hermana Doña Urraca: cerco que duró aun después de haber sido el Rey muerto á traición, por Bellido Dolfos, hasta que la misma Doña Urraca se puso en manos de su hermano D. Alonso VI, que sucedió al difunto. CLEMENCÍN.

mí: á dineros pagados brazos quebrados <sup>1</sup>. Apártese vuesa merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera, que á dos lavadas de estas habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa.

—Pues tú te hallas con tan buena disposición, dijo Don Quijote, el cielo te ayude, y pégate que yo me aparto.

—Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya había quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo: «aquí morirá Sansón y cuantos con él son.»

Acudió Don Quijote luego al són de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro, que le servía de corbacho <sup>2</sup> á Sancho le dijo:

—No permita la suerte <sup>3</sup>, Sancho amigo, que por el gusto mío pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos. Espere Dulcinea mejor coyuntura; que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas para que se concluya este negocio á gusto de todos.

—Pues vuesa merced, señor mío, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora; y écheme su ferreuelo sobre estas espaldas; que estoy sudando y no querría resfriarme; que los nuevos disciplinantes corren este peligro.

1 Significa este refrán que cuando el oficial tiene la paga adelantada, tiene más pereza en concluir la obra.

2 Lo mismo que rebenque, látigo ó azote.

3 Permitir no se dice con propiedad de la *suerte* sino de la *Providencia*. El permitir supone intención, designio, y esto no cabe en la suerte. *Permitir* y *suerte* presentan dos ideas desacordadas que no pueden amalgamarse. CLEMENCÍN.

Hízolo así Don Quijote y abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol; y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un mesón, que por tal le reconoció Don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza; que después que le vencieron, con más juicio en todas las cosas discurría, como ahora se dirá. Alojáronle en una sala baja, á quien servían de guadameciles <sup>1</sup> unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas. En una de ellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena, cuando el atrevido huésped <sup>2</sup> se la llevó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas: ella sobre una alta torre, como que hacía de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata ó bergantín se iba huyendo <sup>3</sup>. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía á socapa, y á lo socarrón; pero Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos.

Viendo lo cual Don Quijote, dijo:

—Estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya; pues si yo encontrara aquestos señores, ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruída, porque con sólo que matara á Paris, se excusaran tantas desgracias.

1 *Guadameciles* eran los cueros delgados en que se estampaban por medio de la prensa figuras ó adornos de diversos colores, y con los cuales se solían cubrir las paredes de las habitaciones como con tapices ó telas de otra clase.

2 Este era Paris, hijo de Príamo, rey de Troya.

3 Extensamente se describe en la Eneida la desesperación de Dido, al ver partir á Eneas con rumbo á Italia.

—Yo apostaré, dijo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta, ni mesón ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á éstas.

—Tienes razón, Sancho, dijo Don Quijote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que cuando le preguntaban lo que pintaba, respondía: «Lo que saliere;» y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: *Este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. De esta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor (ó escritor que todo es uno), que sacó á luz la historia de este nuevo Don Quijote que ha salido, que pintó ó escribió lo que saliere; ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la corte, llamado Mauleón, el cual respondía de repente á cuanto le preguntaban; y preguntándole uno qué quería decir *Deum de Deo*, respondió: *De donde diere*. Pero, dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto.

—Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa que en el campo; pero, con todo eso, querría que fuese entre árboles; que parece que me acompañan y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente.

—Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió Don Quijote, sino que, para que tomes fuerza, lo hemos de guardar para nuestra aldea; que, á lo más tarde, llegaremos allá después de mañana.

Sancho respondió que hiciese su gusto; pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre

caliente, y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que más valía un toma que dos te daré, y un pájaro en la mano que buitre volando.

—No más refranes, Sancho, dijo Don Quijote, que parece que te vuelves al *sicut erat*. Habla á lo llano, á lo liso, á lo no intrincado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento.

—No sé qué mala ventura es esa mía, respondió Sancho, que no sé decir razón sin refrán, ni refrán que no me parezca razón; pero ya me enmendaré, si pudiere; y con esto cesó por entonces su plática.

## CAPÍTULO LXVI

De como Don Quijote y Sancho llegaron á su aldea.

Todo aquel día, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y mesón Don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin de ella, en el cual consistía el de su deseo. Llegó en esto al mesón un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor de ellos parecía:

Aquí puede vuesa merced, señor don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.

Oyendo esto Don Quijote le dijo á Sancho:

—Mira, Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe.

— Bien podría ser respondió Sancho, dejémosle apear; que después se lo preguntaremos.

El caballero se apeó, y frontero del aposento de Don Quijote, la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas. como las que tenía la estancia de Don Quijote. Púsose el recién venido caballero á lo de verano; y saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba Don Quijote, le preguntó:

—¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentil-hombre?

Y Don Quijote le respondió:

—Á una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuesa merced, ¿adónde camina?

—Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria.

—Y buena patria, replicó Don Quijote; pero dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buena-mente podré decir.

—Mi nombre es don Álvaro Tarfe, respondió el huésped.

Á lo que replicó Don Quijote:

—Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la historia de Don Quijote de la Mancha, recién impresa y dada á luz del mundo por un autor moderno.

—El mismo soy, respondió el caballero, y el tal Don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mío, y yo fuí el que le sacó de su tierra, ó á lo menos le moví á que viniese á unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad, en

verdad, que hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido.

—Y dígame vuesa merced, señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal Don Quijote que vuesa merced dice?

—No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera.

—Y ese Don Quijote, dijo el nuestro, ¿traía consigo á un escudero llamado Sancho Panza? Sí traía, respondió don Álvaro, y aunque tenía fama de gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

—Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazón Sancho, porque el decir gracias no es para todos, y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentil hombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente; que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas, y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo lo que me digo, hago reír á cuantos me escuchan. Y el verdadero Don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el desfaceador de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente que es mi amo. Todo cualquier otro Don Quijote y cualquier otro Sancho Panza, es burlería y cosa de sueño.

—Por Dios que lo creo, respondió don Álvaro, porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar que fueron muchas. Más tenía de

comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á Don Quijote el bueno, han querido perseguirme á mí con Don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga; que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio en Toledo <sup>1</sup> para que le curen, y ahora remanece aquí otro Don Quijote, aunque bien diferente del mío.

—Yo, dijo Don Quijote, no sé si soy bueno; pero sé decir que no soy el malo; para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes, por haberme dicho que ese Don Quijote fantástico se había hallado en las justas de esa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira; y así, me pasé de largo á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto. Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy Don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre. Á vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde de este lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta ahora, y de que yo no soy el Don Quijote impreso en la segunda

<sup>1</sup> Hospital de dementes en Toledo. Hamado comunmente *el Nuncio*.

Parte, ni este Sancho Panza, mi escudero, es aquel que vuesa merced conoció.

—Eso haré yo de muy buena gana, respondió don Álvaro; puesto que causa admiración ver dos Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones; y vuelvo á decir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

—Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado, como mi señora Dulcinea del Toboso; y ¡plugiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interés alguno.

—No entiendo eso de azotes, dijo don Álvaro; y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaría si acaso iban un mismo camino.

Llegóse en esto la hora de comer: comieron juntos Don Quijote y don Álvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón con un escribano, ante el cual alcalde pidió Don Quijote por una petición, de que á su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocía á Don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda Parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas*.

Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente. La declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse, con lo que quedaron Don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración, y no mostrara claro la diferencia de los dos Don Quijote y la de los dos Sanchos, sus

obras y sus palabras. Muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre don Álvaro y Don Quijote, en las cuales mostró el gran Manchego su discreción, de modo que desengañó á don Álvaro Tarfe del error en que estaba; el cual se dió á entender que debía de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios Don Quijotes.

Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de Don Quijote, y el otro el que había de llevar don Álvaro. En este poco espacio le contó Don Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiración á don Álvaro, el cual abrazando á Don Quijote y á Sancho siguió su camino, y Don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche, á costa de las cortezas de las hayas, harto más que de sus espaldas; que las guardó tanto que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado Don Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veintinueve. Parece que había maldrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don Álvaro, y de cuán bien acordado había sido tomar su declaración ante la justicia, y tan auténticamente. Aquel día y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó Don Quijote contento sobre modo; y esperaba el día por ver si el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora; y siguien-

do su camino, no topaba mujer ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlín.

Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo:

—Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza, tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe también á tu hijo Don Quijote; que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba.

—Déjate de esas sandeces, dijo Don Quijote, y vamos con pie derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones. Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron á su pueblo.

## CAPÍTULO LXVII

De los agüeros que tuvo Don Quijote al entrar en su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

Á la entrada del cual <sup>1</sup>, según dice Cide Hamete, vió Don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos muchachos, y el uno dijo al otro:

—No te canses Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida.

<sup>1</sup> Refiérese á *pueblo*, que es la última palabra del capítulo anterior, como si no mediara el epígrafe. Lo mismo hace Cervantes en otros capítulos de su obra.

Oyólo Don Quijote, y dijo á Sancho:

—¿No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho? «No la has de ver en todos los días de tu vida.»

—Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el muchacho?

—¿Qué? replicó Don Quijote: ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi intención, quiere significar que no tengo que ver más á Dulcinea?

Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venía huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual, temerosa, se vino á recoger y agazapar debajo de los pies del Rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósele á Don Quijote, el cual estaba diciendo: *Malum signum, malum signum*; liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece.

—Extraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora. Ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí?

Los dos muchachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno de ellos preguntó Sancho que por qué reñían. Y fuéle respondido por el que había dicho: «No la verás más en toda tu vida,» que él había tomado al otro muchacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida.

Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera y dióselos al muchacho por la jaula, y púosela en las manos á Don Quijote, diciendo:

—Hé aquí, señor, rotos y desbaratados estos agüeros.

que no tienen que ver más con nuestros sucesos (según que yo imagino, aunque tonto) que con las nubes de antaño: y si no me acuerdo mal, he oído decir al Cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea.

Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y dióselo Don Quijote; pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo, rezando, al Cura y al Bachiller Carrasco. Fueron luego conocidos los dos del Cura y del Bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse Don Quijote, y abrazólos estrechamente, y los muchachos, que son linceos no excusados, divisaron el jumento y acudieron á verle, y decían unos á otros: Venid muchachos y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de Don Quijote más flaca hoy que el primer día. Finalmente, rodeados de muchos y acompañados del Cura y el Bachiller entraron en el pueblo, y se fueron á casa de Don Quijote, y hallaron á la puerta de ella al Ama y á la Sobrina, á quien ya habían llegado las nuevas de su venida.

Ni más ni menos, se las habían dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual, desgrenaada, trayendo de la mano á Sanchica, su hija, acudió á ver á su marido; y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que había de estar un gobernador, le dijo:

—¿Cómo venís así, marido mío, que me parece que venís á pie y despeado. y más traéis semejanza de desgobernado que de gobernador?

—Calla, Teresa, respondió Sancho; que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos; y vámonos á nuestra casa; que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por industria y sin daño de nadie.

—Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y serán bien recibidos.

Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traía algo; que le estaba esperando como el agua de Mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija del Rucio, se fueron á su casa, dejando á Don Quijote en la suya, en poder de su Sobrina y de su Ama, y en compañía del Cura y del Bachiller.

Don Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el Bachiller y el Cura, y en breve les contó su vencimiento y la obligación en que había quedado de no salir de su aldea en un año; la cual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarlo en un átomo, bien así como caballero andante obligado por la puntualidad y orden de la andante caballería; y que tenía pensado de hacerse aquel año pastor y éntretenerse en la soledad de los campos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y que les suplicaba, si no tenían mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros; que él compraría ovejas y ganado suficiente que les diese nombre de pastores; y que les hacía saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenía puestos los nombres, que les vendrían como de molde.

Díjole el cura que los dijese.

Respondió Don Quijote que él se había de llamar el pastor Quijótiz; y el Bachiller, el pastor Carrascón; y

el Cura, el pastor Curiambro; y Sancho Panza, el pastor Pancino.

Pasmáronse todos de ver la nueva locura de D. Quijote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podría ser curado, concedieron con su nueva intención y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndoseles por compañeros en su ejercicio.

Con esto, se despidieron de él, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno.

Quiso la suerte que su Sobrina y el Ama oyeran la plática de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con Don Quijote, y la Sobrina le dijo:

—¿Qué es esto, señor tío? Ahora, que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, ¿se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas! Pues en verdad que está ya duro el alcacer para zamponas.

Á lo que añadió el Ama:

—¿Y podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno? No, por cierto; que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados por tal ministerio casi desde las fajas y mantillas; aun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estese en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima, si mal le fuere.

—Callad, hijas, les respondió Don Quijote: que yo sé

bien lo que me cumple. Llevadme al lecho; que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que, ahora sea caballero andante ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra. Y las buenas Ama y Sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

## CAPÍTULO LXVIII

De cómo Don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque, ó ya fuese melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del Cura, del Bachiller y del Barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. Éstos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, le tenía de aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el Bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una égloga.

que ; mal año para cuantas Sanázaro <sup>1</sup> había compuesto! y que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino <sup>2</sup> y el otro Butrón, que se los había vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por eso dejaba Don Quijote sus tristezas.

Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que, por sí ó por no, atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyólo Don Quijote con ánimo sosegado; pero

<sup>1</sup> Jacobo Sanázaro, célebre poeta latino é italiano, conocido también con el nombre de *Actio Sincero*, nació en Nápoles el año 1438. Descolló en las églogas bucólicas, y es considerado como inventor de las piscatorias. En tiempo de Cervantes, en el que vivía Sanázaro en su patria, frecuentaba éste la sociedad del sabio de aquella época Juan Pontano, y asociado con los más esclarecidos ingenios, formó en Nápoles una especie de academia literaria. Propúsose que para pertenecer á ella, debieran los socios cambiar los nombres con otros tomados de la antigüedad. Para darles ejemplo el mismo Pontano se intituló *Joviano*. Esta moda, que algunos timoratos criticaron, fué seguida también por Antonio de Nebrija adoptando el de Elio. Sanázaro se llamó *Actio* con alusión á que fué el primero que introdujo á los pescadores por interlocutores de las églogas, y *Sincero*, aludiendo á la sinceridad de su ánimo é ingenuidad de su condición. Sanázaro fué tan apasionado de Virgilio que celebraba todos los años el día de su nacimiento con un convite, reunido con sus amigos, pero lo era mucho más de María Santísima, á quien con el título de *pesebre* erigió un templo en su amena casa de campo, llamada la *Mergillina* cerca de Nápoles, y en cuyo obsequio compuso un famoso poema que estuvo limando por espacio de veinte años. De él publicó una elegante traducción castellana Gregorio Hernández de Velasco, traductor de Virgilio. Sanázaro murió en su patria el año 1530 y á los 72 de su edad. BASTÚS.

<sup>2</sup> *Barcino* se llama al perro ó al buey que tiene el pelo mezclado de blanco y pardo ó rojo. Según el refrán, *galgo barcino ó malo ó muy fino*.

no lo oyeron así su Ama, su Sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó Don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas, tanto que pensaron el Ama y la Sobrina que se había de quedar en el sueño.

Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo:

—¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

Estuvo atenta la Sobrina á las razones del tío, y parecióle más concertadas que él solía decirlas, á lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle:

—¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas, ó qué pecados de los hombres?

—Las misericordias, respondió Don Quijote, Sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impedían mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron, por mi amarga afición y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecocos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, Sobrina, á punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese á entender que no había sido mi vida tan mala que dejase renombre de loco; que puesto caso que lo he sido, no querría con-

firmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buenos amigos el Cura, el Bachiller Sansón Carrasco, y á Maese Nicolás el barbero; que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero de este trabajo se excusó la Sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió Don Quijote, cuando dijo:

—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad, y el peligro en que me puse con haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino. Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado. Y Sansón le dijo:

—Ahora, señor Don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, ¿sale vuesa merced con eso! Y ahora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, ¿quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos.

—Los de hasta aquí, replicó Don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa; déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento; que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma; y así, suplico que, en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el escribano.

Miráronse unos á otros admirados de las razones de

Don Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo; porque á las ya dichas razones añadió otras muchas, tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el Cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El Bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza el cual Sancho (que ya sabía por las nuevas del Bachiller en qué estado estaba su señor), hallando á la Ama y á la Sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas.

Acabóse la confesión, y salió el Cura diciendo:

—Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.

Estas nuevas dieron un terrible empujón á los ojos cargados de Ama, Sobrina y de Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera que les hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que Don Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué Don Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condición y de agradable trato; y por esto, no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían.

Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma Don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo: «Ítem, es mi voluntad que... de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero,

tiene... que, porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares... quiero que no se le haga cargo de ellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobraren algunos después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga. Y si como, estando yo loco, fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera ahora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece. Y volviéndose á Sancho, le dijo: Perdóname, amigo, la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

—¡Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo, vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron; cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana.

—Así es, dijo Sansón, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad de estos casos.

—Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño.

Yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí Don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuestas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano.

«Ítem, mando toda mi hacienda, á puerta cerrada <sup>1</sup>, á Antonia Quijana <sup>2</sup>, mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado de ella lo que fuera menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfacción que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi Ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido.

Dejo por mis albaceas al señor Cura y al señor Bachiller Sansón Carrasco, que están presentes.

Ítem, es mi voluntad, que si Antonia Quijana, mi sobrina, quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosa sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiera casarse con él, y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual pueden mis albaceas distribuir en obras pías á su voluntad.

Ítem, suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trajera á conocer el autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda Parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente se pueda, perdone la ocasión que, sin yo pensarlo, le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en

1 *Á puerta cerrada*, quiere decir á la Sobrina *sola* sin dar participación en la herencia á otra persona alguna.

2 Era costumbre muy común en tiempo de Cervantes dar terminación en *a* á los apellidos en las mujeres, cuando acababan en *o* los de sus padres.

ella escribe; porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos <sup>1</sup>.

Cerró con esto el testamento; y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos y acudieron á su remedio, y en tres días que vivió después de este, donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comía la sobrina, brindaba el Ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templea en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto.

En fin, llegó el último de Don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos, y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como Don Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu, quiero decir que se murió.

Viendo lo cual el Cura, pidió al escribano le diese por testimonio cómo Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente Don Quijote de la Mancha, había pasado de esta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente é hiciese inacabables historias de sus hazañas.

Este fin tuvo EL INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete pun-

<sup>1</sup> Cervantes no pierde ocasión de zaberir á Avellaneda. Aquí los hace con mucha gracia y sin el acoloramiento de otras veces, como por boca de un moribundo restituído á la razón y naturalmente discreto y de buenos sentimientos.

tualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.

Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, Sobrina y Ama de Don Quijote, y los epitafios de su sepultura; aunque Sansón Carrasco le puso este:

Yace aquí el hidalgo fuerte,  
que á tanto extremo llegó  
de valiente, que se advierte  
que la muerte no triunfó  
de su vida con su muerte.

Tuvo á todo el mundo en poco,  
fué el espantajo y el coco  
del mundo en tal coyuntura,  
que acreditó su ventura  
morir cuerdo y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma:

—Aquí quedarás colgada de esta espetera y de este hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero, antes que á ti lleguen, les puedes advertir y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate folloncicos  
de ninguno sea tocada,  
porque esta empresa, buen Rey,  
para mí estaba guardada.

Para mí solo nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á

despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever, á escribir con pluma de avestruz, grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero; porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida<sup>1</sup> nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos<sup>2</sup>: y con

1 Querrá decir tercera parte, no salida, porque realmente Don Quijote hizo tres salidas.

2 Es muy digno de notar con este motivo que no hay predicción de cuantas hizo Cervantes sobre la celebridad y singular acogida que en todas partes y en todos tiempos había de tener su inmortal QUIJOTE, que no se haya cumplido aún más allá de lo que él anunció. El fué el primero y quizás el único entre todos los escritores que, sin que le alucinase su amor propio, conoció y supo apreciar el grande y eminente mérito de su obra, la cual tiene, entre otras prendas, el privilegio que no ha logrado otra alguna de ser su lectura agradable á toda clase de personas, en todas las épocas y situaciones de la vida. Su memoria será siempre grata á todos los hombres que tengan la dicha de leer y entender sus obras, y sepan apreciar sus talentos y sus virtudes; pues Cervantes poseyó éstas en tan alto grado como aquéllos. Por esto le llamó con razón el inglés Bowle *honor y delicia del género humano*. Penetrado de igual sentimiento un poeta español, coetáneo de nuestro autor (D. Fernando de Lodeña) escribió en su elogio el siguiente soneto, el mejor sin duda de cuantos se conocen y han publicado en loor suyo, y que podremos intitular corona poética de Cervantes:

esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien á quien mal te quiere. Y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente como deseaba; pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero Don Quijote van tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna.

VALE.

Dejad, nereidas, del albergue umbroso  
Las piezas de cristales fabricadas,  
De la espuma ligera mal tachadas,  
Si bien guarnidas de coral precioso:  
Salid del sitio ameno y deleitoso,  
Driadas de las selvas, no tocadas;  
Y vosotras, oh musas celebradas,  
Dejad las fuentes del licor copioso.  
Todas juntas traed un ramo solo,  
Del árbol en que Dafne convertida,  
Al rubio dios mostró tanta dureza:  
Que cuando no lo fuera para Apolo,  
Hoy se hiciera laurel, por ver ceñida  
De Miguel de Cervantes la cabeza.

ARRIETA.





# ÍNDICE



## PARTE SEGUNDA

Capítulo XXX. De lo que le avino á Don Quijote con una cazadora. . . . .	<i>Pág.</i>	3
» XXXI. Que trata de muchas y grandes cosas. . . . .	»	11
» XXXII. De la respuesta que dió Don Quijote á su reprensor, con otros graves y graciosos sucesos. . . . .	»	25
» XXXIII. De la sabrosa plática que la Duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note . . . . .	»	46
» XXXIV. Que da cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas de este libro. . . . .	»	58
» XXXV. Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quijote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos . . . . .	»	69
» XXXVI. Donde se cuenta la extraña y jamás imaginada aventura de la dueña Dolorida, alias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza. . . . .	»	80

Capítulo XXXVII. Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña Dolorida. . . . .	Pág.	89
» XXXVIII. Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la dueña Dolorida . . . . .	»	92
» XXXIX. Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia . . . . .	»	100
» XL. De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia. . . . .	»	104
» XLI. De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura. »	»	113
» XLII. De los consejos que dió Don Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas . . . . .	»	128
» XLIII. De los segundos consejos que dió D. Quijote á Sancho Panza. »	»	136
» XLIV. Cómo Sancho Panza fué llevado al gobierno. . . . .	»	144
» XLV. De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula, y del modo que comenzó á gobernar. . . . .	»	151
» XLVI. Del temeroso espanto concerril y gatuno que recibió Don Quijote. . . . .	»	159
» XLVII. Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno . . . . .	»	162
» XLVIII. De lo que sucedió á Sancho Panza rondando su ínsula. . .	»	175
» XLIX. Donde se declara el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á		

	Teresa Panza, mujer de Sancho Panza . . . . .	<i>Pág.</i> 184
Capítulo L.	Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos . . . . .	» 196
»	LI. Donde se da cuenta de las cartas de Teresa Panza á la Duquesa y á su marido Sancho Panza el Gobernador. . . . .	» 207
»	LII. Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza . . . . .	» 213
»	LIII. Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna . . . . .	» 221
»	LIV. De cosas sucedidas á Sancho en el camino y otras que no hay más que ver . . . . .	» 231
»	LV. Que trata de como Don Quijote se despidió del Duque . . . . .	» 242
»	LVI. Que trata de como menudearon sobre Don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras. . . . .	» 244
»	LVII. Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á Don Quijote. . . . .	» 250
»	LVIII. De lo que sucedió á Don Quijote, yendo á Barcelona . . . . .	» 261
»	LIX. De lo que sucedió á Don Quijote en la entrada de Barcelona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto. . . . .	» 270
»	LX. Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras ni-	

	ñerías, que no pueden dejar de contarse . . . . .	<i>Pág.</i> 282
Capítulo LXI.	Que trata de la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuentas hasta entonces le habían sucedido . . . . .	» 298
»	LXII. Donde se da noticia de quién era el de la Blanca Luna . . .	» 303
»	LXIII. Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer. . . . .	» 306
»	LXIV. De la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote . . .	» 311
»	LXV. De lo que á Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho, yendo á su aldea . . . . .	» 315
»	LXVI. De como Don Quijote y Sancho llegaron á su aldea . . . . .	» 322
»	LXVII. De los agüeros que tuvo Don Quijote al entrar en su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia. »	328
»	LXVIII. De cómo Don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte. . . . .	» 333





66694

LS.

C419dA

Author ... **Cerrantas Saavedra, Miguel de**

Title ... **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**

UNIVERSITY OF TORONTO  
LIBRARY

—  
Do not  
remove  
the card  
from this  
Pocket.  
—

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File."  
Made by LIBRARY BUREAU

